
Jefe,
NO SOY UNA
IMPOSTORA
Jenny Del

Jefe, NO SOY UNA IMPOSTORA

Jenny Del

Primera edición.

Jefe, no soy una impostora

©Jenny Del.

©noviembre, 2025

©imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Epílogo

Capítulo 1



Evelyn

Mi nombre es Evelyn, y tengo veinticinco años. A pesar de tener un nombre de lo más exótico, nací en un pueblecito de Badajoz, perdido en la sierra, allá donde Cristo perdió el merchero. Vamos, que lo más tropical y que había en mi vida eran los yogures que compraba en el supermercado que hay en la acera de enfrente de mi casa.

Cuando terminé el bachillerato, me marché a Sevilla para estudiar la carrera, con la oposición de mi tía, que era la persona que me había criado, ya que mi madre, cogió carretera y manta en cuanto que me escuchó llorar por primera vez, y todavía la estamos buscando.

Begoña, mi tía, era hermana de mi madre, que tenía diecisiete años cuando se quedó embarazada de mí, fue la que se ocupó y se sacrificó para que creciera como una niña feliz. Ella me llevaba a los cumpleaños, me compraba la ropa, incluso fue la encargada de explicarme como se hacían los niños, con quince años, para que no me ocurriera como a mi madre.

Ella tenía un novio, Nicolás, pero en cuanto vio que su vida iba a cambiar por una niña que no le tocaba nada, hizo como mi madre, se largó del pueblo con la excusa de un trabajo mejor en el extranjero y cuando volvió, lo hizo de la mano de una sueca con la que estaba a punto de casarse.

Me había licenciado con honores en Económicas y Empresariales, y me quedé en Sevilla, pues en el pueblo no conseguiría trabajo.

—Es que no me lo puedo creer, Evelyn, pensé que, cuando terminaras la carrera, volverías a casa —me decía mi tía enfadada, el mismo día de la graduación.

—¿Crees que encontraré trabajo allí? Vamos tía Bego, por favor. Allí, a lo máximo que puedo aspirar es a trabajar en el supermercado de reponedora, porque hasta la caja está cubierta ya. Si el pueblo tiene dos calles… le tenemos que dar gracias al cielo de que haya una farmacia —le contesté, indignada, porque no me había matado a estudiar para terminar así.

—Yo me creeré eso, pero tú te has pensado que aquí, atan a los perros con longanizas. No sé cuántas personas con carrera he conocido yo que trabajan en un local de comida rápida o de limpiadora —me dijo ella, que no sabía cómo convencerme.

—Mira, te propongo una cosa. Cierra la casa del pueblo y vente aquí conmigo, así ninguna de las dos estaremos solas. Si en un año no encuentro trabajo, nos volvemos, te lo prometo —le dije, y la vi pensárselo.

—Un año, Evelyn, ni un día más. Si en trescientos sesenta y cinco días no estás trabajando, recogemos todo y nos volvemos —me dijo, y le correspondí con una sonrisa.

—Perfecto, entonces, vayamos a recoger tus cosas. Eso sí, no te traigas mucha ropa de abrigo porque aquí no te va a hacer falta —le dije, dándole un montón de besos por la cara.

En el pueblo, ni aun de adolescente, me había implicado sentimentalmente con nadie, pues mi idea, en cuanto tuve uso de razón, era huir de ahí y llevarme a mi tía conmigo, y lo conseguí, al menos de momento.

Mi regalo de Reyes del año anterior había sido un coche, de segunda mano, por supuesto, porque ni mi tía ni yo éramos parientes de Onassis, que la pobre trabajó en todo lo que pudo y más para sacarme adelante.

Era la niña en la que más extraescolares estaba apuntada, y todo para que ella pudiera aprovechar todos los trabajos. Aun así, siempre fui una estudiante brillante, pero entraba en el colegio a las nueve menos cuarto de la mañana y salía casi a las siete de la tarde.

Nos montamos en mi coche, que era uno de tres puertas, y nos pusimos rumbo al pueblo. Teníamos unas cuatro horas de coche por delante. Pasaríamos allí varios días, para dejar todo a punto y volveríamos a Sevilla, donde me encargaría de repartir currículos hasta por las alcantarillas, pero que yo encontraba un trabajo de lo mío, lo sabían hasta los hebreos.

—Tengo unas ganas de llegar, que no te puedes ni imaginar —me dijo mi tía, que se mareaba hasta en los coches de la feria.

—Venga, tía, que no puedo ir más rápido. Además, he cogido por la autopista para que no hubiera baches. En una horita estamos ya sentadas en el bar de Antonio —le dije.

—¿El bar de Antonio? Pero si está siempre lleno. Querrás decir, mejor, ya estoy yo sentada en mi salón— dijo mi tía.

El bar de Antonio no es que fuera nada del otro mundo, pero estaba siempre lleno porque no había otro en el pueblo. Si había una boda, el banquete era en los salones de Antonio. Un cumpleaños, Antonio te ponía hasta la piñata. El día que Antonio se jubilara, me veía a todos sentados en la plaza del pueblo con una latita del supermercado y comiendo pipas.

Llegamos sobre las diez de la noche, y con un hambre que me comía una vaca al ajillo. Por mucho que dijo mi tía, al final, soltamos las cosas y nos sentamos en la terracita. Era junio, pero hacía un calor de muerte. Eso no lo iba a echar de menos mi tía, porque en Sevilla también apretaba el calor con ganas.

—Pero bueno, mira a quién tenemos aquí, a la universitaria —me dijo Nono, el camarero e hijo de Antonio, con cierta guasa, vamos a dejarlo ahí...

—Por poco tiempo, chaval. Que en una semana nos vamos las dos de vuelta a Sevilla —le contesté.

—Vamos, que no me va a dar tiempo a conquistarte —me respondió.

—Ni en tus mejores sueños —le dije, harta ya de su actitud.

Nono siempre había mostrado interés por mí, hasta el punto de llegar a ser un poquito pesado. Desde que teníamos quince años, había intentado que me liara con él, sin conseguirlo, por supuesto.

Tan solo había tenido un novio, y fue en la universidad. Con él perdí la virginidad, porque como he dicho antes, en mis pensamientos no estaba liarme con nadie del pueblo. Estuvimos juntos dos años, pero con idas y venidas, hasta que corté la relación definitivamente. Tampoco diré que fue el amor de mi vida. Digamos que fue el elegido para coger experiencia con los chicos. Era guapo, tenía carisma, pero también más cara que un puesto de caretas. Cuando veía a alguna que le gustaba, y para no ponerme los cuernos, discutía conmigo y lo dejábamos, en el momento que ya se había acostado con la otra, volvía a mí, hasta que me cansé de sus jueguecitos.

Nono había sido uno de los que más le había insistido a mi tía en que no me dejara ir a la universidad, alegando que allí, lo único que iba a hacer era perderme. Que, con los estudios que ya tenía, podía buscar trabajo en el supermercado o en la gestoría que tenían allí, y no tenía la necesidad de irme tan lejos.

—Déjate de rollos, Nono, y ponnos dos cervezas y dos montaditos de lomo, que venimos desmayadas de hambre —le dijo mi tía, que también se lo quería quitar de en medio.

Capítulo 2



Aday

Mi nombre es Aday, tengo veintisiete años y me acabo de hacer con la dirección de la empresa farmacéutica que fundó mi tatarabuelo, y de la que, hasta la semana pasada, estaba al frente mi padre.

No es que tuviera edad para jubilarse, sino que se había casado de nuevo y decía que tenía que disfrutar de su nueva mujer, que ya había trabajado bastante.

Ella tenía cuarenta y dos años, quince menos que mi padre, que tenía cincuenta y siete, y tengo que decir que era una mujer tan espectacular como fría. Nunca me había gustado, pues me parecía una trepa de mucho cuidado. Se negaba a hablar de su pasado, y lo único que decía era que no quería saber nada de su familia, que, para ella, estaban todos muertos y enterrados.

Su única preocupación era llevar la melena con las mechas y el corte perfecto, y las uñas hechas por las mejores manicuristas de Sevilla. No había dado un golpe ni en una pelea, ni tenía oficio ni beneficio. Se habían conocido hacía seis meses en un evento que organizaba uno de los amigos de mi padre, y al que ella acudió con otro hombre.

Mi padre era un hombre guapo, y elegante, la mayoría de los que nos conocían decían que era como verme a mí con treinta años más, y no aparentaba la edad que tenía. En cuanto la vio, quedó deslumbrado por ella, y

ella aprovechó para cazarlo al vuelo. Tanto que acababan de venir de dar la vuelta al mundo como luna de miel.

—Hijo, espero que estés a la altura del cargo que vas a ejercer —me dijo, cuando me entregó las llaves de su despacho.

—Me he preparado para ello, no creo que tenga ningún problema —le dije, algo distante.

Mis padres se separaron cuando yo tenía quince años, y la verdad es que no fue uno de esos divorcios traumáticos, ni mucho menos. Mi padre siempre estuvo presente en todos los momentos importantes de mi vida, al igual que mi madre, y eran grandes amigos, hasta que apareció ella, Virginia.

Le tenía unos celos horrorosos a mi madre, y hasta que no consiguió que mi padre la apartara de su vida, no paró, y eso me había dolido mucho, y había sido motivo de muchas de las discusiones que había tenido con él.

—Me parece que deberías dejar los celos a un lado, Aday. Ya eres lo suficientemente mayorcito como para darte cuenta de que mis sentimientos por ti no van a cambiar nunca —me dijo, pues me quedé un tanto pensativo.

—¿Ahora piensas que tengo celos de tu mujer? Venga ya, papá, el que no te das cuenta de lo que pasa eres tú. Esa mujer está contigo tan solo por tu dinero…

—Deberías hacer como tu novia, Sandra, que la adora. Ahora mismo están las dos en la peluquería y de compras —me interrumpió.

—Como que son las dos iguales —murmuré, pero se enteró.

—Entonces, ¿por qué estás con ella? Déjala y búscate otra mejor, es así de sencillo —me respondió, pues por mucho que intenté que no me escuchara, lo hizo.

Sandra y yo llevábamos cuatro años juntos, dos de ellos conviviendo bajo el mismo techo. En realidad, me pregunté muchas veces lo que me había dicho mi padre, el por qué seguía ahí, porque ni siquiera el sexo era ya satisfactorio. Al principio, derrochábamos fogosidad, ambos, y nos encantaba

hacerlo en cualquier momento. Ahora, casi tengo que mirar la agenda para cuadrar un día, porque me apetece entre cero y nada acostarme con ella. Creo que lo hacía más por obligación que por apetencia, y pienso que a ella le pasaba lo mismo, solo que Sandra si tenía un motivo para no marcharse.

Ella trabajaba en una tienda de diseño cuando nos conocimos, pero en el momento en que nos fuimos a vivir juntos, me dijo que quería dejar el trabajo que, ahora que tenía la oportunidad, le gustaría volver a estudiar. Yo, como un tonto, le dije que lo hiciera, que persiguiera sus sueños, que yo me encargaba de proveer la casa de todo. Craso error por mi parte, porque se matriculó en mil cosas, todas en centros privados, y que, por supuesto, costeaba yo, y no terminó ninguna. A los dos o tres meses, se aburría y decía que ya no le gustaba y buscaba otra, hasta que ya no se matriculó en ninguna más.

Desde ese momento, se dedicó a vivir la vida. Se levantaba a las doce, según ella, porque si no dormía las horas que su piel necesitaba, se iba a arrugar antes de tiempo. Tiene cojones que eso lo diga una mujer de veintiséis años. Desayunaba un batido de esos de proteínas y porquerías que había visto promocionar a un *influencer*, y se marchaba al gimnasio.

Como yo trabajaba durante todo el día, ella lo pasaba con sus amigas o, como hoy, con mi madrastra, bien de compras, bien de cervecitas o en la peluquería, a la que iba todas las semanas. Pero no os vayáis a pensar que iba a una de barrio, de eso nada, iba a una de las mejores de toda la ciudad, en la que, por unas mechas y un cortecito te podían cascar quinientos euros fácilmente.

Justo en ese momento, sonó mi teléfono, y era ella. Respiré hondo, y contesté.

—¿Se puede saber que le pasa a mi tarjeta? He ido a pagar en la tienda unos vaqueros, y me ha dicho la chica que salía denegada. No he pasado más vergüenza en mi vida, Aday. Menos mal que iba con Virginia y ella ha pagado lo de las dos, sino me habría desmayado —me dijo, con un tono demasiado dramático, para mi gusto.

—Si te ha salido denegada, será porque el límite semanal que le he puesto a la tarjeta ya ha sido alcanzado —le respondí, con mucha tranquilidad.

—¿Cómo qué le has puesto un límite semanal? ¿Te has vuelto loco? Si todavía estamos a martes, ¿qué hago yo el resto de la semana? — dijo, completamente indignada.

—Buscar un trabajo, como todo el mundo. ¿Te has pensado que tú eres Georgina y yo Cristiano Ronaldo? No puedes gastar el dineral que gastas al mes. Te he puesto mil euros a la semana, y con eso te tendrás que apañar —le contesté, empezando a enfadarme.

—Con mil euros a la semana no tengo ni para ir a la peluquería, así que, ya sabes, llama al banco y quita esa gilipollez —exigió, como si yo fuera su mecenas o algo parecido.

—Hay familias que viven con esa cantidad durante todo un mes, incluyendo el pago de una casa, la alimentación y los suministros básicos. Si no tienes ni para la peluquería, será mejor que cambies a una más barata.

—Esto no se va a quedar así, te lo aseguro. En cuanto llegues a casa, hablaremos de todo esto, no me puedes tener viviendo como si fuera una indigente —respondió, justo antes de colgar.

Como una indigente, decía encima, había que tener una boquita prestada en estos casos.

Capítulo 3



Evelyn

Tal y como me levanté, hice una videollamada con mis mejores amigos, Carla y Dani, a los que conocí en mi primer curso de universidad, y hasta ahora no nos habíamos distanciado nunca.

Ellos se hicieron pareja al poco tiempo, pero eso no supuso que me apartaran de ellos, más bien todo lo contrario, pues éramos como los tres mosqueteros, donde iba uno, iba el resto.

—Hola, petarda. ¿Qué tal la vida rural? —me preguntó Carla, entre risas.

—Hola, asquerosa. Pues nada, no sé si me parezco a Heidi buscando a Pedro o al abuelo, porque todavía no he salido de la casa —le contesté, riendo a carcajadas.

—Tú piensa que ya te queda menos para volver a la civilización. Por cierto, cuando vuelvas te está esperando una entrevista de trabajo. En la empresa donde trabaja Dani, hay un puesto vacante de asistente de dirección —me dijo, y empecé a saltar de alegría.

—No sé cómo te lo voy a agradecer —respondí, emocionada y contenta por la oferta.

—Eh, eh, que eso no significa que te vayan a contratar, y quiero que lo tengas claro. Es tan solo una entrevista, porque tienen director general nuevo y la asistente se marcha —me contaba Carla.

—¿Tan malo es el CEO? A ver si voy a ir a la entrevista y me va a recibir el primo de Shrek —empecé con la broma, porque, aunque me recibiera el mismo Diablo, yo iba a conseguir ese trabajo por huevos.

—Es… un tanto especial, digámoslo así. Eso sí, es guapo hasta decir basta — dijo ella, apareciendo Dani por detrás.

—Que sepas que me estoy enterando. Como te escuche reprocharme algo cuando le diga guapa a otra mujer, no vas a tener calle para correr —le dijo él, en tono de broma, y ella le sacó la lengua.

Estuvimos un rato más especulando sobre como sería que encontrara trabajo a la primera, que fuera fructífera esa entrevista, y como me cambiaría la vida, en todos los aspectos.

Cuando colgué, bajé a la cocina, donde estaba mi tía trasteando entre fogones, y le di un abrazo por la espalda y un beso en la mejilla.

—Anda, zalamera, que seguro que quieres algo —me dijo, sonriente.

—Para nada, pero estoy contenta. Carla me acaba de llamar, el miércoles de la semana que viene tenemos que estar en Sevilla, porque tengo una entrevista de trabajo en la misma empresa en la que trabaja Dani. No quiere decir que me vayan a coger, pero, por lo menos, lo voy a intentar con todas mis fuerzas —le dije, y ahora fue ella la que me abrazó, con orgullo.

—Estoy segura de que lo vas a conseguir, porque, todo lo que te propones, hasta que no lo consigues, no paras —me dijo ella, que me conocía mejor que nadie.

—Solo por eso, hoy la cocina se cierra por descanso del personal, y nos vamos a ir a comer al bar de Antonio —respondí, quitándole la olla de las manos.

Durante los años de universidad, y para ayudar con todos los gastos, aparte de la beca completa que tenía, me puse a trabajar en una tienda del centro, cuyo horario me permitía acudir a la facultad por la mañana. Cuando tenía un examen cerca, me quedaba estudiando por la noche y no iba a clase por las

mañanas. Jamás le pedí a mi tía un céntimo para nada, con mi beca pagaba la matrícula y el alojamiento, y con mi dinero, comía y pagaba el transporte.

Llegamos al bar de Antonio sobre las dos de la tarde, y le dijimos que queríamos una mesita para comer. Lo hicimos en el salón de dentro, donde el aire acondicionado estaba a tope, porque fuera no se podía estar, estaba cayendo fuego.

—Joder, que bien se está aquí dentro. Ahí fuera me he sentido un chorizo criollo a la parrilla —le dije a mi tía, que soltó una carcajada.

—Desde luego, hija, que haces cada comparación… Tu jefe va a estar de lo más entretenido como te contrate —me contestó.

—No sé a qué atenerme. Cuando lo tenga delante, te contaré, porque Dani dice que es un poquito ogro. Lo mismo es que le hace falta una pequeña dosis de alegría y, conmigo, va a tener de sobra —le dije.

—Por favor te lo pido, Evelyn, no vayas a montar una de las tuyas, que no conoces las circunstancias que llevan a ese hombre a ser así —me dijo mi tía, y la entendí.

—Estoy de broma, tía. Sabes que mi carácter es ese, tapar mis miedos con mis ocurrencias y mi risa, porque, si te soy sincera, estoy un poquito cagada por lo que me pueda encontrar —me sinceré, abriendo mi corazón.

—Tienes que mostrarte tal y como eres. No finjas ser alguien que no seas tú, porque entonces, empezarás con muy mal pie. Si te quiere contratar, debe saber a lo que se enfrenta, o el resultado puede ser peor de lo que te imaginas —me aconsejó ella.

—Eso lo tengo claro, tía. Además, que, si no es este trabajo, pues será otro. El caso es que ya empiece a moverme y encuentre algo prontito.

Estábamos hablando, cuando llegó Nono, con su tontería de siempre, algo que empezaba a hastiarme. Gracias al cielo, me quedaba poco tiempo, porque el domingo nos volvíamos a Sevilla. Ya teníamos todo preparado, y poco nos quedaba ya por empaquetar.

—¿Qué le pongo a la señorita universitaria y a su familia? —preguntó, y no me pude callar.

—A mi familia, no sé, a mí me pones de los nervios, porque no se puede ser más gilipollas que tú —le dije, y recibí un puntapié por parte de mi tía.

—Desde luego, hija, sé ve que no se te ha pegado nada de la gracia andaluza en estos años que has estado allí —me respondió, y si callé y no le volví a contestar, fue por mi tía.

—Lo que tú digas, chico. Ponnos dos cervezas bien frías y tráenos la carta, que vamos a comer —le dije, ignorando su comentario.

Se dio media vuelta y se fue tras la barra. Cuando llegó, puso los botellines encima de la mesa y dejó la carta de muy malas formas. Al tomar el mío y darle un sorbo, casi me muero de asco, porque el muy cabrón, para vengarse, me había puesto la cerveza caliente.

—No se puede ser más desgraciado, pero este me va a oír, por supuesto que sí —dije, levantándome, con el botellín en la mano.

Cuando me vio llegar, soltó una carcajada, que me enervó tanto, que terminé vertiendo el contenido de la botella sobre su cabeza, y ahora la soltó la carcajada fue mi tía.

—Chico, si pretendías reírte de ella o humillarla, te ha salido el tiro por la culata. No la he educado para que calle ante la humillación de nadie y, al parecer, lo he hecho estupendamente —dijo mi tía, con orgullo.

—Nono, ve a cambiarte y quédate detrás de la barra, de esa mesa me ocupo yo —le dijo el padre, viniendo a disculparse personalmente, y a decirnos que la comida corría de su bolsillo.

Capítulo 4



Aday

Después de la visita de mi padre y de la llamada de mi novia, la cosa no mejoró, pues mi asistente personal, que anteriormente había sido la de mi padre, entró para comunicarme que se marchaba y dejaba la empresa.

—Señor Vila, antes que nada, quiero que sepa que esto no tiene nada que ver con la marcha de su padre de la empresa. Si me voy es porque a mi marido lo han destinado a Madrid, por tiempo indefinido, y no me pienso quedar aquí sola con un niño pequeño —me dijo, algo apurada por el poco tiempo que tenía de margen para encontrar a alguien hasta que se marchara.

—No se preocupe, Amalia, es lo lógico, mantener a la familia unida. Ahora mismo llamaré al departamento de recursos humanos para que busque una sustituta, aunque será prácticamente imposible, porque como usted conoce la empresa… —le dije.

—Me he permitido hablar con Dani, el responsable, y me ha dicho que tiene una amiga que es licenciada en Económicas y Empresariales, que estaría encantada de hacer una entrevista, si usted está de acuerdo, por supuesto —me dijo ella, y agradecí que se hubiera adelantado, porque me había quitado un dolor de cabeza.

—Si es la adecuada, me da igual que venga recomendada o no, será contratada. Y, con sinceridad, espero que lo sea, porque me evitará seguir buscando —le dije.

Tenía un dolor de cabeza horrible, pero lo que menos me apetecía era tener que volver a mi casa y escuchar a Sandra con sus quejas y reproches para que la cosa fuera a más, por lo que me mantendría en la empresa un par de horas más, al menos.

Me rodeé de informes y estadísticas, cuando miré el reloj y vi que eran casi las diez de la noche, por lo que, apagué el ordenador, dispuesto a enfrentarme al demonio que me esperaba en casa.

—Iba a buscarte, porque, si sigues así, te tendremos que poner una camita plegable en tu despacho —me dijo Javier, uno de mis mejores amigos y que ejercía de abogado en la empresa, al igual que su pareja, Kiko, que era su secretario, barra asistente, barra lo que a él le salía de los cojones.

—¿Dónde está tu media naranja? —pregunté, porque solían ir juntos hasta al baño. Pocas parejas tan bien avenidas conocía como ellos dos.

—Con mi media naranja se han hecho un zumo, pero si te refieres a Kiko, se fue temprano porque tenía jaqueca —me respondió, y solté una risotada, porque no se podía tener más arte que él.

—Anda, vamos, que, seguro que Sandra me está esperando detrás de la puerta de mi casa con el rodillo en alto, para darme un buen estacazo en cuanto que atraviese el umbral —le dije, y me miró extrañado.

—¿Qué has hecho esta vez? Si no te conociera, pensaría que le has puesto los cuernos, pero tu moralidad no te lo permite —me preguntó, y es que me conocía demasiado bien.

Le conté lo del dinero, la cantidad tan indecente que se había gastado el mes anterior y la bronca que habíamos tenido. Él me escuchaba atentamente, sabía que necesitaba desahogarme, y por eso no me interrumpió en ningún momento, aunque sabía que me daría su opinión en cuanto yo guardara silencio.

—Chico, ya sabes lo que pienso de esa relación que lleváis. Ella no te quiere, al igual que tú no la quieres a ella, por lo menos no de la manera en la que deberíais hacerlo. Sandra ve en ti un cajero automático, y tú una compañera de piso, que te está saliendo muy cara, por cierto —reflexionó.

—Sí que la quiero, pero no la amo —respondí.

—Lo que yo te decía. Déjame darte un consejo, termina con esa relación antes de que llegue la mujer adecuada y te veas entre la espada y la pared. Si eso ocurre, créeme que te dará igual Sandra y terminarás poniéndole los cuernos, por mucho que tu manera de ser no te lo permita.

Eso lo veía como si estuviera hablando de una película ajena a mi vida, pero sabía que tenía razón, aunque tenía claro que, si lo dejaba con Sandra, no quería nada con otra mujer hasta que no pasara bastante tiempo.

Me monté en el coche y me dirigí a mi casa, rezando por el camino para que, cuando llegara, Sandra ya estuviera dormida, pero no tuve suerte. Antes de meter la llave en el portón, escuché música en el interior de mi casa, lo que no me esperaba era lo que iba a encontrarme cuando entré.

—Menos mal que ya has llegado, amor, empezaba a enfriarme —me dijo Sandra, de manera muy insinuante.

Estaba esperándome con un conjunto de ropa interior de lo más sugerente, y que me puso a mil en cero con dos. No podía decir que mi novia fuera una mujer que pasara desapercibida, sino más bien todo lo contrario. Tenía una piernas largas y perfectamente torneadas, que se acentuaban aún más con esos tacones que se había puesto, y un pecho turgente y no demasiado grande al que era imposible resistirse.

—¿Y esto? —pregunté, pues el salón estaba adornado con velas y sonaba una música muy estimulante.

—Nos estamos perdiendo en la rutina, amor, y tenemos que mantener viva la llama de la relación —me dijo, con una sonrisa lobuna.

Se sentó en el sofá, con las piernas abiertas, y me atrajo hacia ella. Quitó la hebilla de mi cinturón y el botón de mi pantalón, bajándolo, junto a mi bóxer, de un solo tirón.

En ese momento, mi miembro ya estaba preparado para entrar a matar, por lo que le saltó en la cara sin poderlo remediar. A ella, lejos de molestarle, la

empoderó, sacó su lengua y lo lamió de abajo arriba, hasta introducírselo en la boca, donde chupó y lamió como le dio la gana.

Enredé su pelo en mi mano, e impuse el ritmo que a mí me gustaba, sin que ella pusiera ningún impedimento, y eso sí que me extrañó. Estaba a punto de correrme, pero no quería que fuera así, por lo que la aparté, la levanté del sofá y la puse con las rodillas apoyadas, partí su tanga de un tirón, y la penetré salvajemente.

Ella gritaba de placer, poniéndome todavía más duro, si es eso era posible. La embestí varias veces y, como estaba a punto de correrme, llevé mis dedos a su clítoris, donde empecé a hacer círculos, porque no quería que se quedara a medias, hasta que la vi convulsionar, alcanzando su orgasmo y llevándome a un lugar sin retorno, que me hizo gritar del placer que sentí.

—Joder, Sandra, hacía mucho tiempo que no teníamos sexo de esta manera —le dije, subiéndome la ropa para poder llegar al dormitorio a ducharme.

—Ya me lo dijo tu madrastra, que a los hombres hay que tenerlos contentos para que nos traten como reinas, y nada mejor para eso que un buen sexo —me dijo, y supe que ya sabía el motivo, pero lo tenía muy crudo, y así se lo hice saber.

—Si has hecho esto para que te quite el límite de la tarjeta, siento decirte que no pienso hacerlo —le respondí, y vi la rabia en sus ojos.

Capítulo 5



Aday

Esa noche tuvimos una bronca de campeonato, sobra decir que me dijo absolutamente de todo, incluso llegó a insinuar que me pondría los cuernos en cuanto encontrara a alguien que estuviera dispuesto a mantener su ritmo de vida.

—¿Sabes una cosa, Sandra? Haz lo que te venga en gana, pero como sigas en este plan, a lo mejor, hasta me pienso cancelar tu tarjeta y que te busques la vida. Estoy harto de que me veas como un cajero automático —le dije, y me metí en la ducha, dejándola en el salón despotricando lo más grande.

Cuando salí de la ducha, ya estaba ella acostada en la habitación de invitados, sabía que yo no me iría a ninguna parte que no fuera a dormir en mi cama, con mi colchón ergonómico y mi almohada especial para descargar la tensión de las cervicales, y que hoy me vendría de miedo.

Podéis pensar que soy un poco pijo y esnob, pero es que, en temas de salud no escatimaba en gastos. Desde muy pequeño había tenido problemas de espalda, por lo que tenía una rutina de natación a diario, a la que acudía todos los días a las seis de la mañana. Luego de eso, me ponía mi traje de chaqueta y me iba al trabajo.

Cuando tenía que salir de viaje y dormir en hoteles, siempre buscaba que el colchón fuera, si no el mismo que tenía en mi casa, de las mismas

características, y cargaba con una almohada como la que tenía en mi cama, o al día siguiente me levantaba como un robot.

Me desperté y salí de mi casa sin hacer ruido, no quería que la fiera se lanzara de nuevo a mi cuello, y me dirigí al gimnasio donde entrenaba a diario. Ese día hice más largos de los que estaba acostumbrado, pues tenía que liberar tensión y era la mejor manera que encontraba de hacerlo.

Recordé que hoy tenía la entrevista con la posible sustituta de Amalia, y le pedí al cielo que no me lo pusiera muy difícil, porque tenía cero energías para ponerme a buscar a una asistente ahora. Casi prefería quedarme sin ella y hacerlo yo todo que tener que hacer una lista interminable de entrevistas.

—Buenos días, señor Manuel —le dije al guardia de seguridad de la empresa, que llevaba con nosotros toda la vida.

—Buenos días, señorito Aday. ¿Qué tal va la cosa? —me preguntó, como todos los días al entrar.

—Ahí vamos, ¿y usted? Ya le queda poco para jubilarse, ¿cierto? —me interesé.

—De eso me gustaría hablar con usted, si es posible que me pueda dedicar un momento —me dijo, y lo vi preocupado.

—Claro, deme un minuto que suba a mi despacho y me instale. Dígale a Rafael que lo sustituya durante el tiempo que hablamos, y lo espero allí —le respondí.

Nosotros no contábamos con un servicio ajeno en el tema de seguridad, sino que formábamos y contratamos a nuestro propio personal, tanto el que estaba de cara al público como el que estaba revisando las imágenes.

—Buenos días, Amalia, ¿qué tenemos hoy? —le pregunté, aunque yo había revisado mi agenda antes de salir de casa.

—Buenos días, señor Vila. A las diez tiene la entrevista a la candidata a asistente, luego, tiene una reunión con el equipo del departamento de calidad,

y, a última hora, otra con el señor Zamudio, del consejo farmacéutico —me dijo, leyendo todo en la Tablet.

—Perfecto, pero por favor, llámame, Aday, el señor Vila es mi padre. Por cierto, ahora subirá Manuel, de seguridad, hazlo pasar en cuanto esté aquí, si es tan amable —le dije, sonriendo.

—No es cuestión de amabilidad, Aday, es mi trabajo — contestó, con una sonrisa.

Tan solo tuve tiempo de dejar mi chaqueta en el armario, cuando escuché que llamaron a la puerta, dándole paso a Manuel, que venía a comentarme lo que me había insinuado en la puerta de entrada.

—Aday, me queda entre poco y nada para obtener ya mi jubilación, y quería pedirle un favor —me dijo, temblando.

—Tutéame, por favor. Y dime, si está en mi mano, no dudes que lo haré —le contesté.

—Es mi hijo Manel, se ha quedado en paro y sabes que tiene dos niños pequeños. Está desesperado y no encuentra nada. Había pensado que él podría ocupar mi lugar, o algún otro dentro de la seguridad, porque a lo mejor has pensado ya en alguien para sustituirme —me dijo, y lo miré sonriente.

—No hay ningún problema, Manuel. Me lo deberías haber dicho antes, y ya estaría trabajando. Dile que se pase por aquí mañana, con un currículo, y veremos que puesto es más adecuado para él —contesté, feliz de poder hacer algo por ese hombre y su familia.

—No sé cómo se lo voy a agradecer, Aday…

—De momento, con tutearme, ya te lo he dicho antes. Manuel, me conoces desde que no levantaba dos palmos del suelo, llevas con nosotros, más tiempo que las cerraduras de las puertas. Anda, ve a llamar a tu hijo y dale la noticia, que seguro que se pone muy contento —le contesté, y me dio un abrazo.

Uno de los nietos de Manuel, hijo de Manel, tenía una discapacidad psíquica, y era un niño adorable, pero necesitaba muchos cuidados y

atenciones especiales, por lo que pensé en crear una especie de beca para ayudarlo, pero tenía que hacerlo de manera que no se sintiera mal, porque que alguien te de dinero, así porque sí, no tenía que ser plato de buen gusto para nadie.

Me sumergí tanto en la documentación, que no me di ni cuenta de que era la hora de la entrevista, hasta que Amalia llamó a la puerta para avisarme.

—Dale paso, por favor —le dije, pero no me esperaba lo que me encontré.

—Buenos días, señor Vila, mi nombre es Evelyn, y aquí tiene mi currículo —me dijo, pero por un momento no pude ni pestañear.

Delante de mis ojos tenía a una mujer que, sin ser tan espectacular como era Sandra, me llamó bastante la atención. Se veía que era una mujer racial, con temperamento, y que estaba acostumbrada a sacarse las castañas del fuego. Tomé el documento que me acababa de dar, y me puse a leerlo, sorprendiéndome del expediente académico que tenía.

—Según esto, acaba de terminar la carrera, ¿no es cierto? —le pregunté, pues quería que me demostrara de qué era capaz.

—Exactamente. Sé que no tengo experiencia como tal, pero no dude en que me adaptaré de lo más rápido a las nuevas circunstancias. No le voy a engañar, me muero por trabajar, aquí o en Pekín, o me veré obligada a volver a mi pueblo, y eso no lo considero viable —me dijo, y me gustó su sinceridad.

—Explíqueme eso, por favor —le dije, porque quería saber más de ella, y ese era el momento y las circunstancias perfectas para eso.

Me contó todo, desde que había salido para estudiar, hasta el acuerdo al que llegó con su tía, que era la persona que se había ocupado de ella, y no dudé en mi decisión.

Capítulo 6



Evelyn

Madre mía de mi alma, vaya espécimen de hombre tenía delante de mis ojos. No solamente era guapo, sino que tenía carisma, y eso era algo que me encantaba en las personas.

Sería una mezcla de tortura y placer trabajar para él, porque me daban ganas de lanzarme a su boca, a esos labios tan jugosos que tenía y que provocaba la sensación de querer lamerlos.

Me centré en lo que me estaba preguntando, que pasó de las cuestiones meramente laborales a las más personales, pero, tal y como dijo mi tía, me mostré de lo más natural. No tenía dobleces ni nada que esconder, así que respondí a todas y cada una de las preguntas que me hizo.

Cuando ya pensaba que me diría eso tan típico de "ya te llamaremos", que se decía para quitarte de en medio a un candidato que no te interesaba, pero al que te daba pena o vergüenza decírselo directamente, su respuesta me dejó completamente anonadada.

—Tienes el perfil justo de la persona que estoy buscando, Evelyn. Eres joven, con ambición y ganas de trabajar. Desde ya te diré que no será fácil, porque tendrás que viajar conmigo, acudir a diferentes reuniones y organizar mi agenda. Por todo ello, te pido que te quedes ahora, pues tengo una reunión y necesito ver cómo te desenvuelves —me dijo, y asentí.

—Perfecto, no tengo ningún problema. Pero… ¿eso significa que, si lo hago bien, me quedaré con el puesto? —pregunté, porque necesitaba que todo me quedara claro.

—No, el puesto ya es tuyo, lo hagas ahora como lo hagas, para eso también estará Amalia. Después, analizaremos como lo has hecho y ella se ocupará de corregirte y enseñarte la manera de hacerlo correctamente —me dijo, y juro por Dios que no me lancé a darle un beso porque temía que me echara y quedarme sin trabajo.

—Gracias, de verdad. Me voy fuera con ella y que me vaya instruyendo —le dije, y él sonrió.

—Me parece una idea fantástica. Déjale también tu documentación a Dani, para que te vaya preparando el contrato y te dé de alta en la Seguridad Social. De todos modos, tienes tiempo de tomarte un buen desayuno, porque pensé que la entrevista duraría más, y la programé para dentro de una hora —me contestó, y supe lo que quería hacer.

—Pues nos vemos dentro de una hora menos diez minutos, jefe, que no me gusta la impuntualidad —respondí, y vi como soltaba una carcajada y negaba con la cabeza.

Salí del despacho con una sonrisa que me llegaba de oreja a oreja, y Amalia, la mujer que me había dado paso y a la que sustituiría, me miró de manera amable.

—Veo que todo ha ido bien —me dijo, con una sonrisa.

—Mejor que bien, ha ido como la seda. Ahora voy a ir a ver a Dani para darle mi documentación y a desayunar algo, porque de los nervios no he podido tomarme ni un café. Luego, vuelvo y me pones al día de todo lo que tengo que hacer en la reunión, que me ha dicho el jefe que tengo que estar presente. Me va a hacer una pequeña evaluación —le dije, y ella asintió con la cabeza.

—Ve tranquila que tienes tiempo, ahora nos vemos.

Amalia me indicó cuál era el despacho de Recursos Humanos, donde trabajaba Dani, que, al verme entrar de esa manera, ni siquiera me preguntó, me cogió en brazos y empezó a dar vueltas conmigo, mientras yo me reía.

—Venga, toma mi DNI y mi cuenta bancaria, que tengo que estar arriba en una hora y quiero invitarte a desayunar —le dije a mi amigo.

—¿Ahora? ¿Tan pronto? —me preguntó.

Le conté todo y nos fuimos a la cafetería que había en frente del edificio, y que, según mi amigo, era el lugar en el que todos desayunaban, a excepción del jefe, que como mucho le pedía a su asistente que le subiera un café, pero muy de vez en cuando.

—No me habías dicho que estaba tan bueno, Danielito —le dije, sonriendo.

—Tiene novia, y es una arpía, desde ya te lo adelanto. En la empresa no la puede ver nadie, es altiva, prepotente y una clasista de cuidado. Se llama Sandra, y te lo digo porque, a veces, viene por aquí —me informó mi amigo.

—Pues ya sabes como soy, a mí que no intente pisotearme porque, por mucho dinero que tenga, la pongo en su sitio sin despeinarme —le contesté.

—¿Ella dinero? Esa no tiene ni mierda en las tripas. Aquí, el que tiene dinero es Aday y su familia, ella vive del cuento.

—¿Tan enamorado está que aguanta eso? —pregunté, porque ya había dicho que me pareció un hombre con carisma.

—Para nada, yo creo que están juntos por costumbre, más que por otra cosa. Pero yo no me meto en nada, es más, cada vez que viene intento evitarla en lo más posible, para que no me meta en ningún lío. No sería el primero que se lleva una buena bronca por su culpa —me dijo, y sin conocerla, ya me caía mal.

Terminamos de desayunar, que por cierto estaba delicioso, tanto el café como el croissant calentito con jamón serrano que me había pedido, y nos volvimos a la oficina.

—Evelyn, en cuanto termines la reunión, si no te indican otra cosa, baja a mi despacho para firmar el contrato, que ya me han llegado las condiciones al correo. Será cuestión de minutos que lo tenga listo —me dijo mi amigo, antes de bajarse del ascensor en su planta.

—A sus órdenes, amigo. Por cierto, si hablas con Carla, dile que avise a mi tía y que nos esperen en mi casa, que hoy invito yo a comer —le dije, y asintió sonriente.

Subí las plantas que me quedaban, ya mucho más tranquila que la primera vez, y me acerqué a la mesa de Amalia, que ya me estaba esperando.

Me explicó un poco por encima como funcionaba el programa de gestión de la agenda, y me quedé con el funcionamiento sin esfuerzo. Tanto, que ella misma me dijo que la había sorprendido, puesto que, cuando lo instalaron, le costó la misma vida acostumbrarse a él.

—Me encantan las tecnologías, así que supongo que por eso me resulta tan fácil —le dije, sonriendo.

—Vamos a ver si eres capaz de agendar esta reunión para la semana que viene. Todo tuyo —me dijo, levantándose para dejarme su sitio.

No tardé ni dos minutos en hacerlo, y cuando lo comprobó, vio que todo estaba correctamente ejecutado. De ahí, pasó a explicarme las notas que tenía que coger en las reuniones, dividiéndolas en varios apartados, para que, a la hora de hacer el informe me resultara más fácil.

En ello estábamos cuando nos dimos cuenta de que ya era la hora de la reunión, por lo que nos fuimos a la sala de reuniones para prepararlo todo antes de que llegara el personal con el que se iba a reunir.

Capítulo 7



Aday

Cuando llegué a la sala de reuniones, ya estaba todo preparado. Miré a Amalia, pues nos entendíamos con la mirada en la mayoría de las ocasiones, y noté que me decía que la contratación de Evelyn había sido todo un acierto.

—Veo que todo está preparado —les dije, sobresaltando a Evelyn, que soltó un improperio que me hizo reír.

—La madre que te parió, jefe, vaya susto me has dado —dijo, llevándose la mano al pecho.

—En su casa debe de estar, haciendo la comida por la hora que es —le contesté, y vi cómo se ponía roja.

—Lo siento, me ha salido solo —se disculpó, algo apurada.

Estaba tan harto de lidiar a diario con gente encorsetada, que ese soplo de aire fresco que había traído Evelyn a la empresa y, por qué no, también a mi vida, era algo de agradecer.

—No tienes que disculparte por nada, Evelyn. Lo que más me ha llamado la atención de ti ha sido tu naturalidad y frescura, así que no quiero que cambies nunca, por favor —le dije, de la mejor manera que me salió, para que entendiera que me encantaba como era.

Después de la reunión me reuní con Amalia, mientras que le dijimos a Evelyn que se encargara ella del informe. Estaba sorprendida, porque me contó que se había hecho con el programa en menos de cinco minutos, y sencillo no era, precisamente.

—Jefe, aquí está el informe —me dijo, diez minutos después.

—Perfecto, ya, si quieres, puedes irte. Mañana te espero aquí a las ocho, Amalia se encargará de formarte en lo que te queda por aprender —le dije, con una sonrisa.

Nos pusimos a revisar el informe, y puedo decir que era uno de los mejores y más completos que me habían entregado en mi vida. No es que quisiera tirar por tierra el trabajo de Amalia, que había sido impecable durante todos estos años, pero hasta ella lo reconoció.

—Me parece que le vas a tener que dar las gracias a Dani por su recomendación, porque una asistente mejor que ella no vas a encontrar —me dijo Amalia.

—Yo también lo pienso, y no es que esté devaluando tu trabajo, ni mucho menos, pero es que ella le ha dado un enfoque en el que no habíamos caído ninguno de los dos —le dije, y ella asintió.

Cuando Amalia se marchó y me quedé solo en el despacho, me puse a pensar que Evelyn iba a ser toda una tentación para mí, tanto a nivel personal como profesional. Si algún día me planteara terminar mi relación con Sandra, sin duda sería por una mujer como ella, lo tenía todo.

En ese momento entró Kiko en mi despacho, y no se mordió la lengua, precisamente, pues no dijo ni hola cuando entró.

—¡Menudo bombón con el que me acabo de cruzar! ¿Quién es? —me preguntó, con curiosidad.

—Mi nueva asistente personal. Amalia se marcha la semana que viene. Me la recomendó Dani, de Recursos Humanos, y ha sido todo un acierto —le dije, y lo vi sonreír con esa picardía de quien estaba tramando algo.

—¿Sabes si tiene algo con ella?

—Que yo sepa, no. Él está feliz con Carla, su chica. Al parecer, es una buena amiga de ambos —le respondí.

—Pues, chico, es ahora o nunca. Porque si tiene de inteligente lo mismo que de guapa, tiene que ser un portento. Aprovecha y dale la patada a Sandra, que ésta, seguro que no te saca el dinero que tu novia —me dijo, dando directo a la yugular.

—Anoche la tuve con ella, y fue de esas broncas que hacen época. Es la primera vez que dormimos en habitaciones separadas —le dije, y pasé a contarle todo.

—Chico, lárgala ya antes de que sea demasiado tarde, o terminarás loco, pero no por ella, precisamente —me dijo, y quise cambiar de conversación, antes de que se pusiera intenso, que era su especialidad.

—Bueno, creo que no has venido hasta aquí como consejero sentimental. Así que, ¿para qué has venido? —le pregunté.

—Ay, sí, que se me va el santo al cielo. Venía a traerte el contrato de Evelyn, para que lo firmes, y este dosier de las nuevas medidas de seguridad que la legislación nos obliga a cumplir en los laboratorios —me dijo, entregándome una carpeta.

—Sí, algo me han comentado los chicos en la reunión, pero ahora lo leeré con detenimiento y tomaré las medidas necesarias. Por cierto, mañana me vas a tener que preparar otro contrato, para el hijo de Manuel, pero ya te diré las condiciones, al igual que a Dani. Por cierto, también quería comentarte otra cosa —le dije, pensando en lo de la beca.

—Tú dirás —me respondió.

—Verás, estoy pensando en crear una especie de beca para ayudar a los hijos de los empleados con alguna discapacidad. ¿Cómo se podría hacer eso? —le informé.

—Pues tendría que mirarlo, porque le podrías sacar muchísimos beneficios fiscales, entre otras cosas. Tendrías que fijar las condiciones para su concesión, la cantidad y el tiempo de duración, así como si la ibas a hacer anual o mensual —me fue diciendo.

—Míramelo, por favor, quiero hacerlo lo antes posible.

—No sé por qué, pero creo que esa beca ya tiene destinatario. ¿Me equivoco?

—Para nada, estás en lo cierto. Es para uno de los nietos de Manuel, su hijo empezará a trabajar pronto con nosotros, y quiero que sea el beneficiario.

Le expliqué mis motivos, y lo vi llorar. Era intenso hasta para eso, el muy capullo, aparte de ser de lo más sentimental. Cuando se limpió las lágrimas, no dudó en decirme que lo tendría a la mañana siguiente, y que solo quedaría aprobarlo y firmarlo.

Por suerte para mí, la empresa no tenía ningún socio, las decisiones las tomaba solo yo. Como mucho, lo consultaba con mi padre, pues era quien mejor me podía aconsejar, siempre y cuando su querida esposa no estuviera delante, porque esa tan solo miraba el margen de beneficios.

A las tres de la tarde ya había terminado todo, por lo que no demoré mi salida de la empresa. Me apetecía ir a ver a mi madre y comer con ella, por lo que le envié un mensaje, le encantaba que lo hiciera, porque decía que era una señal inequívoca de que me acordaba de ella.

Aday: *Mamita linda, he terminado en el trabajo y me apetece que comamos juntos. ¿Comemos en tu casa o te llevo a comer a algún sitio?*

Mientras me ponía la chaqueta, noté mi móvil vibrar, y supe que era ella que me estaba contestando.

Mamá: *Mira que eres pelota, hijo mío. En otra ocasión, te diría que comíamos aquí, pero me has cogido que no tenía ganas de cocinar y pensaba pedir algo. Así que, como me vendrá bien tomar un poquito el aire, pasa a recogerme, te estaré esperando en la puerta.*

Solté una carcajada por la manera en la que me había contestado. Entre nosotros era habitual hablarnos de ese modo, y me encantaba. A mi madre, a parte del vínculo de sangre que teníamos, también nos unía una tremenda confianza, por lo que le contaría lo que me había pasado en cuanto la viera.

Capítulo 8



Evelyn

Recogí a mi tía y a Carla, que estaban ambas esperando en la puerta, y nos pusimos rumbo al restaurante que más me gustaba. Era uno que estaba junto al puente de Triana, desde el que se podía ver la Giralda, la plaza de toros y el río. Fue el primero en el que cené cuando llegué a Sevilla, y para mí era especial, tanto por su situación como por sus trabajadores, que atendían con todo el cariño y la amabilidad del mundo.

—¡Qué bonito! —dijo mi tía, una vez que nos bajamos del coche.

—Pues verás por dentro, estoy segura de que te va a encantar. Y eso, sin contar la comida, son auténticos manjares —le dije a mi tía, que me miraba sonriente.

Entramos y le dijimos a Juan, el encargado de la sala, que nos buscara una mesita con buenas vistas. Eso sí, en el interior, al fresquito del aire acondicionado, porque en la terraza íbamos a terminar como pollos asados.

—¿Qué pedimos de comer? —pregunté, y Carla me miró como si fuera nueva.

—De comer, me da exactamente igual, de momento que nos pongan cuatro cervezas con jarra helada, porque me va a dar algo —me dijo, sacando el abanico de su bolso.

—Y eso que todavía estamos a primeros de julio, no me quiero imaginar cómo será a finales de agosto —dijo Dani.

—Como que, en temperatura no tenemos nada que envidiarle al infierno. Vamos, yo creo que, si Lucifer viene un día a Sevilla, a la vuelta al inframundo, se pone hasta una chaquetita, porque va a tener frío allí —contesté, causando una risa.

—Anda que tampoco eres exagerada tú, ni nada —me dijo Dani, riendo.

Pedimos, para acompañar a la cerveza, un arroz con marisco para cuatro, y un surtido de pescadito frito que tenía una pinta estupenda. Estábamos riendo cuando, de repente, al levantar la cabeza, allí estaba él, mi jefe, con una señora que supuse sería su madre.

—Buenas tardes, señoras y caballero —dijo, acercándose a la mesa.

—Buenas tardes, señor Vila —contestó Dani.

—Buenas tardes, jefe y compañía —le dije yo.

—Dani, el señor Vila es mi padre, yo soy Aday —le corrigió con una sonrisa, y mi amigo asintió con la cabeza.

—Está bien, Aday.

—Supongo que usted será la tía de Evelyn, ¿verdad? —le dijo él a mi tía.

—La misma que viste y calza, que se desveló por mí cuando mi madre puso pies en polvorosa —respondí, mirando a mi tía.

—Eso que has dicho es muy bonito y dice mucho de ti —respondió la mujer que iba con él.

—Calla, niña, que tengo boca para hablar —me regañó mi tía, y yo hice como la que me llevaba la mano a la boca con una cremallera.

—Pues ella es la madre que me parió —dijo, haciendo alusión al comentario que yo le hice esa misma mañana.

Nos miramos, y estallamos en una carcajada. Los demás nos miraban sin saber a qué venían esas risas, y más nos reíamos nosotros.

—Si quieren sentarse con nosotros —dijo mi tía, mientras yo me limpiaba las lágrimas de la risa de antes.

—Se lo agradezco, de verdad, pero tenemos asuntos que tratar a solas —dijo su madre, mirándolo a los ojos, y él asintió.

Nos despedimos y, cuando estuvimos los cuatro a solas, les expliqué a todos lo que había sucedido esa mañana en la reunión y mientras las chicas reían, Dani se llevaba las manos a la cabeza.

—Te voy a decir algo, si después de eso no te ha mandado a la mierda, es porque le interesas, y mucho. Ahora bien, no sé si será a nivel profesional o personal, eso el tiempo lo dirá — dijo mi amigo, muy serio.

—Pues es guapísimo, ese dato no me lo habías contado —me dijo mi tía, con media sonrisa.

—¿Para qué? ¿Tú lo has visto? Jugamos en dos ligas distintas, además de que tiene novia. Tengo que verlo tan solo como mi jefe, o me pegaré un batacazo de los buenos —les dije, pero me miraban como si estuvieran escuchando llover, igual.

—Bueno, venga, cambiemos de tema. ¿Qué vamos a hacer este verano? —dijo Carla, que me vio la cara de apurada que llevaba.

—Yo, quedarme en Sevilla. Te recuerdo que acabo de empezar a trabajar y no tendré vacaciones hasta el año que viene —le dije, resignada.

—No estoy diciendo que nos vayamos una semana ni diez días, pero deberíamos ir buscando algo para escaparnos, aunque sea un fin de semana, a la playa.

—Ah, eso sí, desde el viernes por la tarde hasta el domingo por la noche, porque si no, nos van a coger como las cucarachas, con las patas para arriba —le contesté a mi amiga.

Nos centramos en planear a qué playa iríamos y, mientras mi tía y Dani se decantaban por alguna de Huelva, Carla y yo preferíamos Cádiz o Málaga. Al final, organizamos todo para que nos contentáramos los cuatro. Cogimos un hotelito en Isla Cristina y una casita a pie de playa en Conil. Mi tía insistió en que ella pagaba el alojamiento, mientras nosotros, nos hacíamos cargo de la comida.

La sobremesa fue de lo más agradable y, cuando vimos que ya intentaban recoger, pues cerraban de cinco a ocho de la noche, pagamos la cuenta y nos fuimos a casa. A Dani lo dejé en el edificio de las oficinas, pues tenía allí su coche aparcado, junto a Carla, y mi tía y yo pusimos rumbo a nuestro humilde hogar.

Nuestro piso estaba situado en la calle Castilla, y era un segundo piso, sin ascensor, pero que tenía una luz y una terraza que daba gusto verla. Esa noche habíamos decidido que cenaríamos allí, pues para eso yo la tenía completamente equipada.

Al principio la alquilé con otras dos compañeras más, pero como decían que era muy cara y que no podían montar fiestas, decidieron marcharse a otro piso. Esa fue la primera norma que impuse, ya que el alquiler estaba puesto a mi nombre, nada de fiestas. Yo había ido a estudiar, a labrarme un futuro, eso lo tenía claro, y en mi casa quería la tranquilidad de poder hacerlo sin que nadie me molestara. Así que, cuando se marcharon, me puse a trabajar para pagar el alquiler yo sola, y no perderlo, pues me encantaba.

Tenía tres habitaciones grandes, dos de ellas con baño en la habitación, y otro baño en el pasillo. En una dormía mi tía, en la otra yo y, la tercera, esa que no tenía baño, la convertí en un pequeño despacho, donde había pasado tantas horas estudiando.

El salón también era grande, y lo fui amueblando a mi gusto, pues el dueño me dijo que no había ningún problema, ya que mi contrato era de larga duración. A la cocina no le toqué, no lo necesitaba, sus electrodomésticos y mobiliario eran completamente nuevos cuando entré, pues estaba recién reformada, con una isla que la separaba del salón, y que le daba una sensación de amplitud enorme a la estancia.

Capítulo 9



Evelyn

Me levanté demasiado temprano esa mañana, para poder vestirme y arreglarme con tiempo. Me había decantado por un pantalón de pinzas en color gris, de esos de patas rectas, pero que quedaba entallado por la parte de arriba, de talle alto y con un cinturón de tela. Lo combiné con una camiseta de tirante ancho y escote en V en color marfil, y unas cuñas de esparto descubiertas del mismo color. Llevaba un bolso de varios colores, entre los que se encontraban el gris y el marfil de mi atuendo. Recogí mi pelo en una coleta alta, me apliqué máscara de pestañas y un brillo labial. Rocié un poco de perfume del que usaba a diario, y me dispuse a poner rumbo a la oficina.

Aparqué con tiempo suficiente para tomarme un café, así que entré en la cafetería de en frente y me pedí uno para mí y otro para llevar, que le dejaría a Aday encima de la mesa. Siempre con la ayuda del chico de la barra, al que le pregunté como le gustaba el café a mi jefe, y no dudó en prepararlo tal y como él lo tomaba.

—Buenos días, señor Manuel —le dije al señor que estaba en la puerta.

—Buenos días, preciosa. ¿Lista para afrontar lo que te depare el día? —me preguntó, muy amablemente.

—Siempre hay que estarlo, si no, mal andaríamos —le contesté, sonriente.

Me despedí con un gesto de la mano, y me fui a la zona de ascensores, donde estaba Amalia esperándome, y que me recibió con una sonrisa.

—Buenos días, guapísima. Me parece que, gracias a que coges todo al vuelo, me voy a poder marchar antes y me va a dar tiempo a tener todo listo cuando mi marido se vaya, para poder irme con él — dijo, dándome un abrazo.

—Yo pondré mis cinco sentidos para que eso ocurra, no lo dudes — respondí.

Mientras subíamos en el ascensor se quedó mirando el vaso de café que llevaba en mis manos, y sonrió. Me explicó lo que haríamos ese día, en el que no teníamos reuniones, pero sí me dijo que tendríamos que planificar y organizar un viaje a Roma, donde el señor Vila se tenía que reunir con uno de los mayores proveedores del material de laboratorio para negociar algunos precios. Por lo visto, lo hacían una vez cada dos años, aproximadamente, y tocaba hacer la reunión al final de ese mes. Normalmente estaba allí un par de días o tres, pero, al ser la primera vez que trataba con el hijo y no con el padre, no sabía si se alargaría la estancia.

—Buenos días —dijo Aday, sonriente, cuando llegó a la oficina.

—Buenos días, Aday. Enseguida vamos con la agenda de hoy —respondió Amalia y yo asentí con la cabeza.

—No hace falta, Amalia, la he revisado en casa mientras desayunaba. Prefiero que me des todos los detalles del viaje, que, por cierto, han adelantado desde Roma. La reunión se llevará a cabo en una semana, así que programa todo para estar en la ciudad eterna desde el martes hasta el viernes, con posibilidad de ampliar la estancia, pues no sabemos lo que nos vamos a encontrar —le dijo, pero lo que no me esperaba era la pregunta que le haría ella.

—¿Para usted solo o Evelyn también tiene que acudir?

—No, para los dos. Si te libraba de los viajes era porque no quería que dejaras a tu bebé solo, pero ella, al menos que yo sepa, no tiene cargas familiares. ¿No es así? —me preguntó, con una sonrisa.

—No, además, me encanta viajar, aunque sea por trabajo. Mira por dónde, ayer mismo dije que no podría ir a ninguna parte al no tener vacaciones, y ahora me voy a Roma —le contesté.

—Tendremos tiempo libre y si no la conoces, me ofrezco voluntario para enseñarte esa preciosa ciudad —me dijo, guiñándome un ojo y mi cara se puso del color del tomate, hasta las orejas las tenía rojas.

Estábamos planeando todo cuando Amalia tuvo que ir al baño, así que yo seguí con lo que teníamos pendiente. Eran las doce y media de la mañana y unos tacones resonaron por todo el pasillo, levanté la vista, y ahí estaba ella, con aires de modelo de pasarela y una cara de mala leche que no podía con ella. Supe quién era, y también que Aday estaba en una videollamada con un cliente importante, así que no dudé en pararla.

—Disculpe, no puede entrar, el señor Vila se encuentra en una reunión importante —le dije, intentando parecer serena.

La tipa me miró de arriba abajo, con desprecio y con algo que no supe identificar, pero que me puso los vellos de punta y me indicó que con ella nada sería fácil.

—Y tú… ¿se puede saber quién coño eres? —me preguntó, muy altiva.

—Yo soy la nueva asistente del señor Vila…

—Pues no te acostumbres al puesto, porque te quedan dos telediarios. Vamos, el tiempo de que yo entre a hablar con mi prometido y te prepare la liquidación —me dijo, y me hirvió la sangre.

—No creo que el señor Vila sea tan pusilánime como para acceder a sus deseos, sobre todo cuando estos no tienen ni pies ni cabeza —le contesté, dándole donde más le dolía, y lo supe al instante.

—Mira, muerta de hambre, te aseguro que, en cuanto yo ponga un pie en ese despacho, tienes los minutos contados para salir de aquí…

—¿Se puede saber qué haces aquí, Sandra? —le preguntó Aday desde la puerta de su despacho, al parecer la había oído hablar y salió a comprobar que

no estaba equivocado.

—Venir a ver a mi prometido, ¿está prohibido eso ahora? —dijo ella, con mucha altanería.

—Para empezar, ni te he pedido que te cases conmigo ni tienes un anillo en tu dedo, con lo cual, no soy el prometido de nadie. Y, en segundo lugar, si lo que vienes es buscando dinero, desde ya te digo que no, otra vez —le respondió, sin dejarla entrar en el despacho.

—Me parece que esos son asuntos privados que nadie, ni siquiera esta mediocre que te has buscado como asistente, tenga que enterarse. Hablemos dentro —le dijo ella, pero él la frenó.

—No vas a ir a ninguna parte sin disculparte antes con Evelyn, o ya puedes dar media vuelta y largarte —le dijo él, muy serio.

—Déjelo, señor Vila, cada uno muestra y da lo que tiene, y hay personas que por fuera parecen modelos de revista, pero que por dentro están podridas. Además, yo tengo un dicho de siempre que llevo a rajatablas, no ofende el que quiere, sino el que puede, y ella, conmigo, no puede, se lo aseguro —le dije, y vi el asombro en su rostro.

—Evelyn, dentro y fuera de esta empresa soy Aday, que no se te olvide. Y te agradezco que tengas tanta consideración. Si fuera otra, la habría mandado a freír espárragos —me contestó, haciendo referencia a su novia, que era como la novia cadáver.

—Quiero a esa mujer fuera de la empresa a la voz de ya. Si no lo haces tú, me veré obligada a hablar con tu padre —dijo ella, como si fuera la dueña de todo, y mi jefe soltó una carcajada.

Capítulo 10



Aday

Os juro por lo más sagrado que, cuando la escuché hablar en el pasillo, me entraron ganas de cogerla por los pelos y echarla fuera de la empresa. Esos días fuera de la ciudad me iban a venir de perlas para terminar de decidirme, porque ya no la aguantaba más.

—¿Se puede saber a qué ha venido ese numerito de ahí fuera? —le dije, enfadado, cuando entramos en mi despacho.

—Esa mujer me ha faltado el respeto y, como tal, quiero que la despidas —me dijo ella, como si tuviera derecho a pedirme algo así.

—Ahí, la única que has faltado al respeto has sido tú, así que no me digas tonterías. Pero vamos, aunque lo hubiera hecho, tampoco pienso despedirla —le contesté, y noté la furia en sus ojos, se avecinaba una buena.

—¿Te la estás tirando? Claro, es eso, te acuestas con ella y te conviene tenerla a mano. Pues conmigo no, esa mosquita muerta, pueblerina no va a quitarme lo que es mío —me dijo, iracunda.

—¿De qué coño estás hablando, Sandra? Tuyo no hay nada, ni siquiera yo, que soy una persona, no un bolso, para ser propiedad de nadie. Iba a esperar unos días a ver si la cosa mejoraba entre nosotros, pero no puedo más. No te aguanto. Te rogaría que cogieras tus cosas y te marcharas de mi casa. Por el

dinero, no te preocupes, abriré una cuenta a tu nombre y te dejaré lo suficiente hasta que encuentres un trabajo —le dije, porque ya no podía más.

—No me pienso marchar de allí, esa también es mi casa. Y, si pretendes que me ponga a trabajar, lo llevas claro. Yo nací para que me sirvan, no para servir a nadie —me soltó, como si fuera de la realeza o algo parecido.

—Si cuando vuelva sigues estando allí, llamaré a la policía. Esa es "mi" casa, que no se te olvide nunca. La compré yo, además, ni estamos casados ni hay nada que demuestre que tienes allí algo. No lo hagas más complicado para ti porque, como eso suceda, entonces será cuando no te dé ni un céntimo y te verás en la calle, con una mano delante y otra detrás. Y ahora, sal de mi despacho, que tan solo con verte me entra dolor de cabeza —le dije, completamente en serio, no la soportaba un minuto más.

Ella se levantó, cogió su bolso y, muy airada, me miró por encima del hombro, antes de volverse y decir la última palabra, como era normal en ella.

—Esto no se va a quedar así, te vas a arrepentir y llorarás lágrimas de sangre para que vuelva —me dijo, y solté una carcajada.

—Aunque me quedara ciego no te lo pediría, créeme —le dije, y salió dando un portazo.

Me quedé unos minutos en silencio, hasta que aparecieron Kiko y Javier por la puerta, con cara de sorpresa ante lo que habían escuchado desde fuera, pues habían venido por el tema de la beca y Evelyn les había informado de que estaba con ella.

—Dime, por lo que más quieras, que tu paciencia ya ha llegado al límite —me dijo Kiko, que era al que le caía peor.

—Pues déjame decirte que sí, se acabó. Le he pedido que recoja sus cosas y se marche de mi casa. A cambio le he ofrecido cierta cantidad de dinero para que tire hasta que encuentre un trabajo —les conté.

—¿Un trabajo, esa? Venga ya, será hasta que encuentre a otro tonto como tú que la dejé hacer y deshacer con su dinero lo que le dé la gana. Mujeres así son carne de divorcios exprés en el que sacar mucho dinero a cambio. Da

gracias a que no ha salido embarazada, o tendrías que aguantarla toda la vida —me dijo Javier, y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Quita, quita, no nombres la soga en casa del ahorcado —le dije, cruzando los dedos y tocando madera.

—Júrame que no hay posibilidad de que eso suceda —me suplicó Kiko.

Me puse a pensar en lo sucedido el otro día, cuando llegué a casa, y me di cuenta de que no había usado protección. Mi cara lo tuvo que decir todo, porque mis amigos empezaron a jurar en arameo, diciéndome cosas como que era gilipollas y todos sus sinónimos.

—Desde luego, ¿a quién se le ocurre? Es que, si naces antes, todavía eres más tonto —me dijo Javier, llevándose las manos a la cabeza.

—Eso ha sido todo orquestado por tu madrastra, que esperemos que no haga lo mismo con tu padre… Aunque claro, ella tiene las espaldas bien cubiertas con el matrimonio, no le interesa tener a un mocoso dándole por culo todo el día —dijo Kiko, analizando la situación.

—Bueno, aún no ha pasado nada y esperemos que no tenga que pasar, crucemos los dedos. A lo que veníamos, aquí tienes todo lo que te prometí para que le eches un vistazo —me dijeron, dejando una carpeta sobre el escritorio.

—Ahora lo miro con tranquilidad y os digo si seguimos adelante o no. En un rato vendrá Manuel con su hijo y quiero estar calmado para atenderlos bien.

Mis amigos salieron de mi despacho, y me puse a revisar todo lo que tenía pendiente. Ahora sí que sabía que el viaje me iba a venir de lujo, para desconectar en los ratos libres y poder disfrutar de mi libertad, al menos durante unos días, porque tenía claro que, a mi vuelta, la guerra con Sandra continuaría.

Recibí a Manuel y a su hijo, que me agradeció la oportunidad que le estaba dando. Al revisar el currículo, me fijé que él había estudiado contabilidad, y me acordé de que en ese departamento había una vacante, con mejor sueldo y

horario que el que tenía su padre. Había estado trabajando de eso hasta hacía un par de meses, que la gestoría donde trabajaba cerró por jubilación de su propietario, y ninguno, a excepción de Manel, se quiso hacer cargo de ella, pero él solo no podía, por lo que se fue al paro.

—Entiendo que con mi edad es difícil encontrar trabajo —me dijo, con lágrimas en los ojos.

—Para nada, y prueba de ello es que te estoy ofreciendo un puesto. Será de lunes a viernes, de ocho a tres, salvo algunos días que necesites echar alguna hora extra, que se te pagará aparte, por supuesto. Mes de vacaciones y mil setecientos euros mensuales, más dos pagas extras. ¿Qué me dices? —le pregunté, con una sonrisa.

—¿Qué le digo? Que me diga donde está mi mesa que me pongo a trabajar ahora mismo —me respondió, con las lágrimas saltadas de la emoción.

—Tranquilo, hombre, que hasta mañana no tendrías que incorporarte.

Había subido un poco su sueldo, pero sabiendo las circunstancias en las que se encontraba, no dudaría en hacerlo una y mil veces más si con ello hacía un poquito más feliz a Manuel, que lo había dado todo por nosotros durante todos estos años.

Capítulo 11



Evelyn

Tenía todo controlado con respecto al viaje, y así se lo hice saber a Aday, que me dio su confirmación de que todo estaba perfecto. Ahora, tan solo me quedaba hacerme con el resto de las tareas, y no me llevaría más de un par de días.

A finales de esa semana, ya lo llevaba yo todo, y así que Amalia se marchó antes de tiempo, para no tener que quedarse aquí y marcharse después de que su marido se hubiera ido.

—¿Cansada? —me preguntó Aday cuando le llevé el último informe que me había pedido.

—Famélica, más bien —le contesté con una sonrisa.

—Pues eso tiene fácil solución. Venga, recoge tus cosas que nos vamos a comer, ya seguiremos luego. Ah, por cierto, estas horas de más que estás haciendo, sumado a las dietas y demás del viaje, las verás en tu próxima nómina reflejado —me dijo, y lo miré un tanto sorprendida.

—Yo no te he pedido eso. Con mi sueldo voy en coche de caballos, además que el viaje me hace muchísima ilusión —le contesté, y era verdad.

—¿Por qué no conoces la ciudad o por qué lo vas a hacer de mi mano? —me preguntó, sonriente.

—Bueno, bueno… Modesto, baja que sube Aday —dije, y soltó una carcajada.

—No soy tan pedante ni engreído como acabas de insinuar. Simplemente, he dejado salir mis pensamientos, porque, aunque conozco la ciudad, me hace tremenda ilusión recorrerla contigo —me dijo, y no supe que contestar.

Salimos juntos del edificio, ante la atenta y sorprendida mirada de las chicas de recepción, porque íbamos riendo y gastándonos bromas.

—Creo que me acabo de convertir en una paria dentro de la oficina —le dije, bajito y casi al oído.

—¿Eso te importa?

—¿A mí? Me la trae al pairo, chico. Mientras pueda desempeñar mi trabajo bien, y reciba mi nómina a final de mes, que hablen lo que quieran. Ni como ni duermo con ninguno de ellos —le respondí, y me miró orgulloso.

Entramos en un restaurante que había a dos calles de la oficina, un italiano que, al entrar, olía que daba gloria, y me salió una sonrisa.

—¿Y esa sonrisa que has puesto? Que no es que me moleste, todo lo contrario, porque no he visto una más bonita que la tuya nunca, pero me ha sorprendido —me dijo, y ahora el que sonreía era él, pero por como me brillaba la cara de roja que me había puesto.

Eso era algo que nunca había llevado bien, los piropos. En la mayoría de los aspectos podía ser la más descarada del mundo, pero cuando se trataba de recibir halagos, eso ya era otro cantar.

—Como la novia de Chucky se entere de que estás aquí, comiendo conmigo y que me dices esas cosas, nos va a crujir a los dos —le dije, refiriéndome a Sandra.

Al principio no se dio cuenta de a quién me estaba refiriendo, pero cuando cayó en ello, la carcajada que soltó fue chica, por los cojones.

—Gracias por la parte que me toca —me contestó, cuando pudo parar de reír.

—No hombre, tú me has entendido. Es que esa mujer tiene una expresión de maldad que pone los vellos de punta. Claro, que conmigo ni ha podido ni podrá nunca, buena soy yo para eso. Aguanto muchísimas cosas, pero que me humillen y me pisoteen, eso no se lo consiento ni a mi madre que aparezca ahora por la puerta, aunque a esa, todavía menos.

—Sandra no volverá más, entre otras cosas porque ya la he apartado de mi vida. Ahora que lo pienso, debí hacerlo mucho antes, pero por costumbre y pena, no lo hice. Ya no podía vivir así —me confesó, y quise darle un tono bromista al asunto.

—Vamos, que te miraba y en sus ojos aparecían el símbolo del dólar, como al tío Gilito en los dibujos del Pato Donald —le contesté, y volvió a reír con ganas.

—Te prometo que me estoy riendo contigo en dos días más que con nadie en toda mi vida —me dijo, sin parar de reír.

—Es bueno saberlo, porque si me va mal como asistente, siempre me quedará el consuelo de que, con el dinero ahorrado, puedo montar una escuela de payasos —dije, fingiendo indignación.

La comida transcurrió toda así, entre bromas y risas. Aday me inspiraba la confianza necesaria para que fuera yo misma, y eso, con pocas personas ocurría, mucho menos con alguien que era tu jefe directo.

Salimos del restaurante y él se quedó unos pasos detrás de mí, al volverme, me di cuenta de que me estaba mirando de otra manera, y algo empezó a arder en mis venas, pero preferí enfrentarlo a especular.

—¿Me está usted mirando el culo, señor Vila? —le dije, con las manos en la cintura.

—Es que tiene usted un culo muy apetecible, señorita Camacho —me contestó, con toda la poca vergüenza del mundo.

Entramos en la oficina de la misma manera que salimos, aunque yo un poco más roja que antes, todo hay que decirlo. Al llegar a nuestra planta, nos encontramos a su padre, con cara de pocos amigos.

—Aday, pasa a tu despacho, que tenemos que hablar —le dijo, o más bien le ordenó.

—Lo haré cuando termine de gestionar unos asuntos con mi asistente, no cuando tú quieras —le contestó, enfadado.

—No me toques los cojones, Aday, que no está el horno para bollos —le dijo su padre, ante la atenta mirada de su hijo y mía.

—Evelyn, si en quince minutos no he terminado, entras y me lo recuerdas, por favor, no me quiero ir de aquí a las tantas, mucho menos cuando el asunto que viene a tratar no es laboral —me dijo, y asentí con la cabeza.

Los gritos se escuchaban desde mi mesa y, efectivamente, no era nada laboral, sino personal. De Sandra, más concretamente, y del motivo por el que la había echado de su casa.

El señor Vila salió dando un portazo, pero, antes de marcharse, se volvió hacia mí, para amenazarme, creyendo que me iba a intimidar, consiguiendo el efecto contrario.

—Tú, si te piensas que te vas a quedar con todo lo que hemos luchado mi familia y yo por echar cuatro polvos con mi hijo, lo llevas claro. Te quedan detrás de ese escritorio, dos telediarios —me dijo.

—¿Los ha contado usted? Los polvos, digo. No haga más el ridículo, háganos ese favor. A mí, lo único que me interesa de todo lo que ha luchado usted y su familia, es mi puesto de trabajo. Pero también le voy a advertir algo: como vuelva a amenazarme o a humillarme de esa manera, ya no hablaremos en los términos en los que lo estamos haciendo, sino que lo haremos los dos al mismo nivel —le contesté, rabiosa, cuando Aday salió al pasillo.

—Evelyn, coge los informes y ven a mi despacho. No le hagas caso al medio día habiendo día entero, por favor —me dijo, y supe lo que me quería

decir, por lo que di media vuelta e hice lo que me había dicho mi jefe, dejando a su padre allí con dos palmos de narices.

Capítulo 12



Aday

—¿Se puede saber por qué coño está tu novia viviendo en mi casa? —me preguntó mi padre, gritando.

—Para empezar, me bajas el volumen. En cuanto a que hace Sandra en tu casa, no es mi problema, como tampoco es mi novia —le contesté, intentando calmarme.

—¿Cómo que no es tu problema? Por supuesto que lo es, de quién no es el problema es mío —dijo, iracundo y furioso.

—Hace dos días que le dije que desapareciera de mi vida…

—Los mismos que hace que está en mi casa. Llegó llorando, que la habías echado porque estás liado con tu nueva asistente y que estaba sin nada, con una mano delante y otra detrás. A duras penas había logrado sacar sus joyas y su ropa…

—¿Qué me estás contando? Cuando le dije que se fuera, ni fue por ese motivo, ni la dejé como me lo estás describiendo, y lo puedo demostrar. Le abrí una cuenta en el banco con el dinero suficiente para que pudiera tirar hasta que encontrara un trabajo, pero claro, siempre es mejor vivir a costa de las espaldas de los demás —dije, muy enfadado.

—Me da exactamente igual, la quiero fuera de mi casa a la voz de ya.

—Pues se lo dices tú. Si no, preséntale a alguno de tus amigos, te aseguro que estará dispuesta a ser la querida de cualquiera de ellos que le mantenga el estatus y su forma de vida.

—Virginia la acogió porque le dio mucha lástima de ella, pero ya empieza a estar incómoda con su presencia allí —me dijo, bajando el tono de la voz.

—Claro, no va a estar incómoda si ve peligrar su reinado —le contesté, soltando una carcajada.

—¿Qué estás insinuando?

—No insinúo nada, lo digo claramente. Ella tiene cuarenta y dos años, y Sandra, veintisiete, sin contar con el cuerpo espectacular que tiene. Si mi ex se lo propone, se mete en la cama contigo y haces que le des la patada a Virginia, y eso a ella no le conviene, o se le acabará el chollo. Cuando te dije que eran las dos iguales, no me equivoqué ni un ápice —le dije, y mi padre se levantó, tirando la silla al suelo.

—No voy a consentir que me insultes ni a mí, ni a mi mujer…

—Sal de mi despacho, papá. Es increíble que vengas a reclamar aquí cosas que no me corresponden. Mientras sigas con esta actitud, no quiero saber nada más de ti. Y con respecto a Sandra, me la trae al pairo si se ha gastado el dinero en tonterías y ahora tiene que dormir en un banco del parque —le dije a mi padre, que salió de mi despacho como las balas.

Escuché a mi padre discutir con Evelyn, y a pesar de que sabía que se defendería sin ayuda, no me parecía justo que pagara por un asunto que no le correspondía, y no lo iba a permitir.

Una vez que mi padre se hubo marchado y estuvimos solos en mi despacho, respiré hondo y le pedí disculpas, por lo sucedido, pero, sobre todo, por el comentario que había hecho mi padre hacia su persona.

—No tienes que pedir perdón por algo que no has hecho, Aday. Eso lo aprendí hace mucho tiempo, no podemos hacernos responsables de las palabras o hechos de los demás, por mucho que nos toquen directamente —me dijo, y la entendí.

—Lo sé, pero en cierto modo me siento responsable. Es verdad que tu aparición fue propicia para que yo terminara con Sandra, pero nada de lo que ha sucedido tiene que ver contigo, no directamente, al menos —me expliqué.

—Bueno, venga, dejemos ese tema a un lado que no nos llevará a ninguna parte, y centrémonos en el trabajo, que no me quiero ir de aquí siendo de noche, y son ya casi las cinco y media de la tarde —me dijo, zanjando el tema sin dilaciones, y le hice caso.

Durante una hora y media más estuvimos comprobando toda la documentación que nos tendríamos que llevar a Roma, así como los diferentes presupuestos que habíamos pedido a otros proveedores, para cambiar en caso de no llegar a un acuerdo.

—Listo, mañana te recojo a las siete, el avión sale a las nueve y no quiero perderlo —le dije a Evelyn.

—Está bien, a menos cuarto estaré en el portal, así no tendrás que esperarme y saldremos directamente —me contestó.

Fue hasta su escritorio, apagó el ordenador y cogió la Tablet que nos haría falta al día siguiente en la reunión. Se colgó su bolso y se dirigió hacia el ascensor.

—Espera, que me bajo contigo. Yo también tengo el coche en el aparcamiento —le dije, aprovechando hasta el último minuto a su lado.

—Está bien, pero date prisa, por favor —me respondió, con cara de cansada.

En el ascensor se podía cortar la tensión con un cuchillo, era como si ambos estuviéramos deseando hacerlo, pero algo nos lo impidiera. Justo cuando me dispuse a dar un paso al frente, las puertas se abrieron, rompiendo así toda la magia que se había creado.

Me mantuve en el interior de mi coche hasta que se montó en el suyo, pero no se movía, y supe que algo ocurría.

—Mierda de coche. Lo primero que voy a hacer es comprarme uno nuevo, porque este ya no da más de sí —dijo, más para ella que para mí, pero lo escuché.

—Venga, baja, te llevo. Ya enviaremos la grúa en cuanto que volvamos de Roma —le dije, pero mi idea era otra.

—¡La madre qué te parió, Aday! ¿Quieres matarme de un infarto?

—¿Yo? Pero si no he hecho nada, tan solo venir a salvarte de morir asada de calor en esa tartana que tienes por coche —le dije, riendo.

—Que no, dice el tío. Desde luego, yo tengo futuro como payasa, pero tú, como ninja, no tienes precio —me contestó, bajando del coche y dando un portazo.

—¿Llevas todo? —pregunté, no fuera a ser que tuviéramos que volvernos o, peor aún, que se acordara al día siguiente camino del aeropuerto.

—Sí, estaba todo en mi bolso, y lo he cogido —me respondió, levantando el objeto en cuestión.

—Pues vamos, que al final, salimos de noche, ya verás.

Me dijo donde vivía, y lo introduje en el GPS del coche, así me serviría para al día siguiente ir a recogerla, pues pensaba mirarlo en la ficha de los empleados en cuanto llegara a mi casa.

Nos despedimos hasta el día siguiente, y me quedé con las ganas de besarla, al igual que me había pasado en el ascensor, pero tendría todo el viaje para hacerlo, aunque solo fuera eso.

Cometí el error de no cambiar la cerradura de mi casa y, al llegar a ella, me encontré todo destrozado. Sabía quién había sido, pero el dato que ella no conocía es que podría demostrarlo, pues puse cámaras de seguridad en toda la casa, sabiendo que esto podría suceder.

Llamé a la policía, y les envié las imágenes de las cámaras, mientras avisaba a Kiko y a Javier para que me echaran una mano.

Capítulo 13



Aday

Pasé por ella antes de la hora, total, llevaba toda la noche sin dormir, arreglando el desastre que me encontré en mi casa, y donde todavía estaban Kiko y Javier con la tarea. Tal y como me dijo, allí estaba ella, esperándome en el portal, junto a su tía, que no había querido dejarla sola.

—Buenos días, Begoña. ¿Qué tal todo? —le pregunté, mientras metía las maletas en el coche.

—Buenos días, hijo. Aquí con la niña, que me daba miedo que esperara aquí tan temprano, no fuera a venir algún patoso —me dijo, y me acerqué a darle un beso en la mejilla a ella y a Evelyn.

—Tía, nos vemos el lunes, si nos tenemos que quedar más tiempo, te aviso. Si necesitas cualquier cosa, llama a Carla o a Dani —le dijo Evelyn, y se me ocurrió una cosa.

—Begoña, perdona por la pregunta, pero ¿qué edad tienes? —le dije.

—¿Yo? Cincuenta años recién cumplidos, aunque todo el mundo me dice que aparento cuarenta y nueve —me dijo, con todo el arte del mundo.

—Vale, la misma edad que mi madre. El otro día se llevó una muy buena impresión de ti. ¿Te importa que le dé tu número de teléfono y que te llame para tomar algo? Os vendría muy bien esa salida, a las dos —le expliqué, y vi cómo se le iluminaba la cara.

—Por supuesto que no me importa. Es más, te lo agradecería, porque aquí no conozco a nadie de mi edad, y salir a cenar o a tomar una copa con mi sobrina y sus amigos, está bien, pero un día, no habitualmente —me contestó, y asentí con la cabeza.

—Pues espera su llamada, porque lo hará en breve. Nos vemos el lunes —me despedí.

—Cuida mucho de mi niña, por favor, que se merece todo lo bueno que le suceda —me dijo ella en el oído, y supe por qué me lo decía.

Una vez estuvimos montados en el avión, Evelyn se quedó sorprendida, nunca había viajado en primera clase, que era donde yo había pedido los billetes, tanto de ida como de vuelta, así como el hotel en el que nos hospedaríamos, que era uno de los mejores de toda la ciudad, junto al Coliseo, que sabía que le iba a gustar muchísimo.

—¡Vaya nivel, Maribel! —exclamó en cuanto nos bajamos del coche que había ido a recogernos.

—Gírate, a tu espalda, mira que vistas vamos a tener —le indiqué, y cuando lo hizo, se quedó con la boca abierta, literalmente.

—¡Madre mía! No me lo imaginaba así ni de coña. Es precioso —dijo, casi con las lágrimas saltadas de la emoción.

—En cuanto terminemos la reunión, te prometo que te enseñaré toda la ciudad y sus preciosos rincones. Intentaré llegar a un acuerdo esta misma mañana, y así tendremos todo el fin de semana para disfrutar de Roma —le dije, y la vi sonrojarse.

Entramos en el hotel, donde hicimos el chequeo y nos dieron nuestras llaves. Era una suite con dos habitaciones y un salón, además del baño. Quería tenerla cerca sin que viera su espacio invadido, y fue la mejor opción que se me ocurrió.

—Esto no es lo que yo había reservado, pero no seré la que me queje de nada en absoluto —me dijo sonriendo, cuando atravesamos el umbral de la habitación.

—Lo cambié yo, me pareció mejor. Además, mira que vistas —le dije, saliendo a la terraza, desde donde se divisaba todo el Coliseo, y el trasiego del ir y venir de la gente.

—Eso lo vemos luego, que ahora nos toca ponernos profesionales y acudir a la reunión. Tenemos veinte minutos para darnos una ducha y cambiarnos, el señor Giorgio de Rossi estará abajo en media hora, y no querremos que nos tenga que esperar —me dijo, y se fue a su habitación para coger la ropa.

—Entra tú primero, mientras tú te arreglas, me ducharé yo —le contesté, y asintió.

Juro por lo más sagrado que en más de una ocasión, mientras estaba en la ducha, estuve tentado de entrar y ducharme con ella, pero me contuve a duras penas.

Cuando la vi salir del cuarto de baño, con el pelo mojado y envuelta en ese albornoz, me puse duro al instante, e intenté que no se diera cuenta, cogiendo mi ropa interior de donde la había dejado.

Esa ducha fue una tortura, porque a mi mente acudía una y otra vez esa imagen tan sensual de ella. Al final, tuve que masturbarme, sin hacer ruido, o luego tendría un dolor de huevos que no me permitiría ni andar.

Salí de mi cuarto y ya estaba ella en el salón, y casi tengo que entrar de nuevo al baño en cuanto que la vi. Se había puesto un vestido estrecho, por debajo de la rodilla, que abrazaba sus curvas de una manera espectacular. Su escote era cuadrado, pero dejaba intuir el pecho tan precioso que estaba guardando. Todo ello lo combinó con unas sandalias de cuña, que le hacían unas piernas de infarto. Sabía que de Rossi se iba a quedar cautivado de ella, lo que esperaba era que no fuera recíproco, o me arrepentiría toda mi vida.

—¿Lista? —pregunté, y ella asintió con la cabeza —Pues, entonces, vamos.

Puse mi mano en la parte baja de su espalda, y noté como se estremecía, lo que significaba que mis caricias no le eran indiferentes, por lo que no la retiré. Quería marcar territorio, y me daba igual que se dieran cuenta. Podía decir

que era todo un cliché eso de jefe y secretaria liados, pero en mi caso no solo era eso, esta mujer me gustaba cada vez más.

Salimos del ascensor y nos dirigimos a la sala que nos habían habilitado para la reunión, viendo a Giorgio junto a su secretaria, que le pasaba la mano por el pecho. No hubiera sido nada extraño, a no ser que no tuviéramos en cuenta que estaba casado con una mujer preciosa y tenía dos niñas igualitas a su madre de bonita.

—Bongiorno, Aday —dijo en cuanto me vio, ofreciéndome la mano.

—Buenos días, Giorgio. ¿Qué tal? —le contesté, estrechándosela.

—No mejor que tú. ¿Dónde has dejado a la dulce Amalia?

—Ya no trabaja para mí. Ella es Evelyn, mi nueva asistente —la presenté, a la vez que saludaba a Gina, la secretaria de mi "amigo".

—Toda una belleza. Siempre has sabido rodearte de bellas mujeres, granuja. ¿Tu prometida, bien? —quiso hacerme la jugarreta, pensando que Evelyn no sabría de mi vida personal.

—Ya no hay prometida, aunque en realidad nunca la hubo, porque jamás le pedí que se casara conmigo —respondí, pero le devolví la jugada, por si intentaba algo con Evelyn —¿Y tu mujer y las niñas, siguen tan bonitas como siempre?

—Ah, cabroncete, me la has devuelto, chico listo —me contestó, riendo.

—Será mejor que nos pongamos al lío, quiero terminar con esto prontito y enseñarle a Evelyn la ciudad —le dije, haciéndolo partícipe de mis planes.

—Oh, nada mejor que un romano para eso, pero dejaré que mi amigo juegue sus cartas. Eso sí, si no te sirve como guía, no dudes en llamarme, que yo lo haré encantado.

Capítulo 14



Evelyn

—Ese tío es un pedante, y un plasta —le dije, en cuanto volvimos a la suite.

—No puedo decir que no, pero también lo entiendo. No es fácil encontrarse con una mujer como tú todos los días —me respondió, y lo miré extrañada.

—¿A qué te refieres?

—No me creo que me hagas esa pregunta. Ven conmigo —me dijo, y me puso delante de un espejo que había en el salón, poniéndose detrás de mí, abrazando mi cintura.

—¿Qué quieres que mire? ¿A mí? Créeme, ya me tengo muy vista —contesté.

—Eres preciosa, tienes un cuerpo que quita el hipo y, encima, tienes carácter y personalidad. Eres un caramelito para cualquiera —me dijo, y empezó a besar mi cuello, poniéndome como una moto.

—Aday… —le dije, casi en un jadeo.

—Dime que tú no quieres esto tanto como yo y no me volveré a acercar más a ti —me dijo, sin dejar de mordisquear el lóbulo de mi oreja.

—No es eso, pero tú… eres mi jefe, estamos en dos niveles sociales muy diferentes…

—Calla, ahora mismo solo somos Evelyn y Aday, dos chicos jóvenes que se atraen mutuamente. Ya cruzaremos el puente de los niveles sociales cuando toque, ahora, vamos a disfrutar —me dijo, y me dio la vuelta para besarme.

Por fin podía besar y lamer esos labios que me llamaron desde el primer momento en el que los vi, y no me reprimí. Bajó sus manos de mi cintura, y las puso en mi trasero, amasando y apretando hasta no poder más, y haciéndome gemir de placer.

—Estoy deseando ver que esconde este vestido —me dijo, bajando la cremallera que tenía y dejándolo caer al suelo.

Se me quedó mirando, con deseo, con pasión, y os prometo que jamás en mi vida me habían mirado de esa manera. Me sentí poderosa, por lo que encaminé mis manos a los botones de su camisa, que eran de clic, y los abrí, jalando de las dos partes.

Acaricié su pecho, mientras él se deshacía de mi sujetador, a la vez que me dirigía hasta su habitación, hasta su cama, donde me dejó caer, poniéndose entre mis piernas, pero sin dejar de besarme.

Cuando noté sus dedos en mis pliegues vaginales, un gran placer me hizo estremecer. Era la primera vez que me ocurría eso, correrme con tan solo notar una caricia, y supe que esa noche me pasaría muchísimas veces más, porque me encontraba ante un dios del sexo, como así me lo estaba demostrando.

—No te creas que yo no estoy igual o peor que tú, pero antes, quiero hacerte disfrutar como nunca —me dijo, bajando hacia mi Monte de Venus, y dejando un reguero de besos a su paso.

Me miró de una forma lobuna, justo antes de separar mis piernas más todavía, apartar a un lado el tanga, y lanzarse a lamer mi sexo como si se tratara del mejor de los helados.

Poco le hizo falta para que volviera a correrme, pero esta vez fue todavía más intensa que la anterior, por lo que no pude evitar que de mi garganta saliera un grito que lo encendió todavía más de lo que estaba.

—Creo que ahora es mi turno —le dije, invirtiendo posiciones.

Él se había deshecho ya de los zapatos, los calcetines y los pantalones. No me preguntéis cuando, porque estaba tan concentrada en el placer que me estaba dando que no me di ni cuenta, por lo que tan solo estaba cubierto por un bóxer de marca en color negro, que dejaba entrever lo que había debajo.

Me puse de pie junto a la cama, desde donde Aday no me quitaba la mirada, y de manera muy sensual, me di la vuelta y me deshice de mi tanga, quedándome completamente desnuda y con mi trasero a la vista.

—Como sigas en esa postura, no respondo de mis actos —me dijo, con la voz ronca por el deseo.

—Ah, ¿sí? ¿Así te gusta más? —le dije, volviéndome y mostrándole mi cuerpo al desnudo.

Lo vi como tragaba saliva, y no esperé más. Me subí a la cama y, gateando, llegué a su altura. Aday me agarró por el cuello, pegándome a él, y besándome de una manera que me puso chorreando, de nuevo.

Me separé de ese beso, y fui bajando con mi boca hasta llegar al filo de su bóxer, ese que mordí y, con su ayuda, le quité con la boca. Miré su miembro, que era largo y grueso, y me relamí los labios, para, a continuación, darle un lametón desde la base hasta el glande, que lo hizo encogerse de placer.

—Me encantaría que siguieras ahí, pero será en otro momento, porque ahora mismo me muero por estar dentro de ti —me dijo, y le sonreí.

Cogí el preservativo que había dejado a su lado, en la cama, y se lo puse, sin apartar mi mirada de la suya. Cuando comprobé que estaba bien colocado, cogí su miembro y lo llevé hasta la entrada de mi vagina, penetrándome con él.

Roté mis caderas adelante y atrás, hice movimientos en círculos, mientras que subía y bajaba por toda su longitud, y supe que no aguantaría mucho más, pero me equivoqué.

De un solo movimiento, salió de mí, y me puso en la cama apoyada en mis codos y mis rodillas, penetrándome por detrás de una sola embestida. Cogió un ritmo frenético, que me estaba matando de placer.

—No pares, por favor, más —le decía, mientras el placer se hacía dueño de mi cuerpo.

—Ni loco pararía, aunque quiero que te quede claro que esto no se va a quedar aquí —me dijo, y ni supe ni quise saber a qué se estaba refiriendo. En este momento lo único de lo que mi cuerpo estaba pendiente era del placer que estaba recibiendo.

—No aguanto más, Aday…

—Dámelo, preciosa. Córrete sobre mi pene y llévame contigo —me dijo, y en dos embestidas más o tres, ambos estábamos gritando de placer, corriéndonos al unísono.

—Eso ha sido brutal —le dije, en cuanto conseguí recuperar el aliento.

—Ni que lo digas. Si esto ha sido la primera vez, no me quiero ni imaginar como será en el momento en el que nos conozcamos a la perfección —me dijo, y ahí supe a lo que se estaba refiriendo antes.

—¿Estás seguro, Aday? No quiero que luego te arrepientas de…

—De lo único de lo que podría arrepentirme sería de dejar escapar la oportunidad de conocerte, Evelyn. Vivamos el momento, que el futuro nadie lo sabe —me dijo, y asentí.

Me dejó un beso en los labios, y se levantó para ir al baño, donde escuché la ducha. No me lo pensé, me levanté yo también y me introduje en el interior de la mampara, donde lo abracé por la espalda, y él se dejó abrazar.

Entre esas paredes lo volvimos a hacer, pero no de una manera específica, sino que nos hicimos el amor el uno al otro con caricias y besos, demostrándonos eso que sentíamos, pero que ninguno de los dos quería verbalizar.

Capítulo 15



Aday

Esos días que pasamos en Roma fueron de lo más bonitos. Hacía tiempo que no me sentía así con una mujer, completo, feliz, siendo yo sin tener que pensar en mis palabras o mis hechos, ni siquiera en si cuando le compraba un regalo era lo suficientemente caro o bueno para ella.

—He pasado unos días fantásticos, Aday, y te lo agradezco de corazón. No solo ha sido trabajo, que también, pero me has tratado como nunca nadie lo había hecho —me dijo Evelyn.

—No quiero que esto se quede aquí, Evelyn. Me gustaría que siguiéramos conociéndonos. Qué esto mismo que hemos vivido en Roma, lo podamos seguir haciendo en Sevilla —le dije, justo cuando nos avisaban para que nos pusiéramos el cinturón para aterrizar.

—¿Estás completamente seguro? No quiero que mi trabajo se vea comprometido y, mucho menos, que la relación con tu padre se resienta por mi culpa —me dijo ella, casi con vergüenza.

—Por supuesto que lo estoy. Mira, Evelyn, la relación con mi padre está resentida desde que se volvió a casar, y no por el hecho de que rehiciera su vida, que tiene todo el derecho, sino por la persona con la que lo ha hecho. Lo nuestro, no ha tenido ni tendrá nunca nada que ver —le expliqué.

Me miró a los ojos, cogió mi cara con sus manos y me besó. Fue un beso dulce, pero a la vez, picante, de amor, pero también de pasión, que reflejaba todo lo que habíamos vivido y nos quedaba por vivir.

No le había contado nada de lo que había pasado en mi piso, al igual que tampoco le dije quienes habían sido, porque no lo hizo Sandra sola, sino que contó con la ayuda de Virginia y de mi padre, según me enteré más tarde.

Tomamos mi coche, que se había quedado en el aparcamiento del aeropuerto, y la dejé en la puerta de su casa, quedando en que nos veríamos al otro día en la oficina, pues eran las siete de la tarde y estábamos agotados del viaje.

Antes de ir a mi piso, pasé por casa de mi madre, que me recibió con una sonrisa y un abrazo, de esos que te llegan al alma, de los que te reconfortan. A ella no había podido engañarla sobre lo que había pasado, pues tenía claro que, más pronto que tarde, mi padre se lo contaría, y le daría su propia versión de los hechos.

—¿Qué tal lo habéis pasado? ¿Has arreglado lo que tenías que arreglar? —me preguntó en cuanto que entré.

—Mamá, Evelyn es una persona fantástica, me ha hecho sentir único y especial, y eso, créeme, es difícil de encontrar en otra persona —le conté.

—Me he dado cuenta. ¿Sabes por qué? Porque su tía es igual que ella. Tiene unos valores que ha sabido inculcar en su sobrina, que es como una hija para ella. A pesar de quererla con toda su alma y de saber que su hermana no volvería, no consintió que la niña le dijera mamá en ningún momento. Su intención no era tener el reconocimiento de su sobrina, sino su cariño y su estabilidad emocional —me contó mi madre.

—Entonces… ¿habéis quedado estos días? —pregunté, con una sonrisa.

—Claro que sí. Y lo volveremos a hacer. De momento, nos hemos apuntado a un curso de cerámica que hemos visto y que nos llamó la atención. Empezamos el miércoles, durante dos días a la semana y los viernes, después, nos iremos a clases de baile de salón —me contaba, emocionada.

—No sabes lo que me alegro de que sea así. ¿Te ha llamado mi padre para algo?

—¿Lo dudabas? Me dijo que había ido a tu casa y que se encontró con todo destrozado, que ellos no tenían nada que ver, que la habías tomado con su mujer, y mil cosas más que ya te puedes imaginar. Discutimos, lo eché de mi casa, y no ha vuelto a ponerse en contacto conmigo —me explicó.

—Está todo en las cámaras, mamá. No pienso discutir con él nada relacionado ni con ese tema, ni con mi relación con Evelyn, lo dejaré, en el primer caso, todo en manos de la justicia —le dije.

Después de un buen rato hablando y tomarnos un café juntos, me despedí de ella y puse rumbo a mi casa, que se encontraba en la calle de atrás. Me daba miedo abrir la puerta y no saber qué me iba a encontrar, porque cuando me fui seguía todo manga por hombro.

Me llevé una grata sorpresa, pues, cuando entré, estaba todo en perfectas condiciones. Kiko y Javier se habían encargado de reponer todo lo que estaba roto, incluido el sofá y todo el menaje del hogar. Ahora los llamaría para darle las gracias y que me dijesen cuanto era el importe para hacerles una transferencia.

—Hola, romano, dime que te has quitado las penas con esa morena que tienes por asistente —me dijo Kiko, que fue el que contestó a la llamada.

—Hola, capullo. Eso forma parte de mi intimidad, pero te diré que ahora, es más que mi asistente. Pero no te llamaba por eso, lo hacía para daros las gracias por lo que habéis hecho, y para que me digáis cuanto ha costado todo para haceros una transferencia —le dije, y desde mi casa escuchaba los gritos de mi amigo y compañero.

—¿Eres imbécil, chaval? No te pienso decir absolutamente nada. Considéralo un regalo por haberte quitado de en medio a esa arpía —me dijo, y escuchaba a su chico por detrás asintiendo.

—Es mucho dinero, pero si no me queréis decir cuánto es, ya buscaré la forma de recompensaros, eso tenedlo claro —le dije.

Nos despedimos y entré a mi habitación. Lo primero que hice fue cambiar la cerradura antes de irme a Roma, y la única persona que tenía llave, además de mí, era Kiko, y, por ende, su pareja, por lo que podía estar tranquilo, porque no podía entrar nadie más que nosotros.

Me di una ducha, me puse el pijama y me senté en el sofá a comerme un trozo de tortilla de patatas que me había traído de casa de mi madre. La echaba de menos, a Evelyn me refería, por eso, cogí mi teléfono y le envié un mensaje, esperando que me contestara, pero sabía que no iba a tardar mucho en hacerlo.

Aday: *Te echo de menos, estoy deseando que llegue mañana para darte ese beso que tanto deseo darte.*

Evelyn: *Yo también te echo de menos. No sé si voy a poder dormir sin sentir tu respiración a mi lado.*

Aday: *¿Sólo vas a echar de menos mi respiración? Pues nada, la próxima vez tendré que emplearme más a fondo.*

Evelyn: *Mira que eres tonto, de verdad. Te echo de menos a ti, entero, aunque no seré yo la que te diga que no te emplees a fondo, es más, te invito a que lo hagas, de ese modo te asegurarás de que no podré olvidarte en mucho tiempo.*

Aday: *Lo tendré en cuenta. Pasa buena noche, preciosa, y no olvides lo que me haces sentir.*

Capítulo 16



Evelyn

Esa mañana me arreglé más que nunca. Mi coche seguía en el garaje de la empresa, pues no arrancaba, así que me fui un poco antes para llamar a la grúa y al taller para que vinieran a recogerlo. Lo iba a llevar al desguace, porque no merecía la pena seguir invirtiendo dinero en esa chatarra. Tenía que empezar a mirar uno nuevo, no muy caro, que para lo que yo lo quería, no tenía que ser un Mercedes, precisamente.

—Buenos días, señorita Evelyn. Demasiado temprano para venir, ¿no cree? —me dijo Manuel, cuyo hijo ya trabajaba con nosotros.

—Buenos días, señor Manuel. He venido porque el último día, mi coche no arrancaba, y tengo que llamar a la grúa —le dije, y soltó una carcajada.

—De eso ya se ocupó el señorito Aday el mismo día. Pero no seré yo quien le chafe la sorpresa. Así que, váyase a tomar un café hasta que sea la hora de entrar —me dijo, y me dejó extrañada.

—Sí, pero mejor me los cojo para llevar hasta que venga Aday, mientras, adelantaré trabajo —le dije, guiñándole un ojo.

Me subí con dos vasos de café, uno para mí y otro para Aday, el suyo lo pedí demasiado caliente, porque sabía que tardaría, al menos, media hora más en llegar. Pero me equivoqué, porque a los diez minutos ya estaba allí.

—Me ha llamado Manuel para decirme que ya estabas aquí —me dijo, sonriente.

—¡Será chivato! —exclamé, pero siempre en tono de broma.

—Anda, ven aquí, que necesito mi beso de buenos días —me dijo, tomando mi mano y acercándome a él.

Estábamos sumergidos en un beso, cuando apareció su padre, con muy mala leche, nos dio los buenos días, pero me miró con una sonrisa que no me gustó nada.

—Buenos días, papá. ¿En qué puedo ayudarte? —le dijo Aday a su padre, pero demasiado serio.

—Necesito hablar contigo, en privado, a ser posible —le contestó él.

—Pasa a mi despacho, ahora mismo estoy contigo —le dijo, pero no me soltó de la mano.

Cuando su padre se alejó de nosotros, y viendo que estaba temblando de los nervios, intentó tranquilizarme.

—No lo va a conseguir, te lo aseguro. No temas, no lo dejaré que se meta en mi relación contigo —me dijo, y entró en su despacho.

Su padre tardó más de una hora en salir, y cuando lo hizo, se notaba la felicidad de saberse ganador de una batalla, pero no me dijo absolutamente nada. Esperé a que Aday me llamara a su despacho, pero no lo hizo, sino que se encerró dentro y no salió hasta la hora de comer. Cuando salió, estaba demasiado serio, y no pude aguantar mis ganas de saber.

—¿Te ocurre algo? —le pregunté, pero no me esperaba el corte que me dio.

—Mira, Evelyn, que me haya acostado contigo no significa que tenga que contarte mi vida. Ajusta mi agenda, porque no vuelvo en toda la tarde. Durante las horas que te faltan para salir, actualiza los informes que llevas atrasados de estos días —me dijo, con un tono demasiado frío para mi gusto.

Lo vi marcharse y no fui capaz de moverme, tan solo noté como mis lágrimas iban cayendo por mis mejillas. ¿Qué le habría dicho su padre para que su cambio fuera tan evidente?

Evité pensar más en ello, y me puse con los informes. No salí ni siquiera a comer, quería terminar todo cuanto antes y marcharme a casa. Tendría que coger el autobús porque me había quitado mi coche, pero no me había dicho nada. Esa tarde pasaría por un concesionario para mirar uno, pues no pensaba ir en transporte público todo el tiempo. Salía de allí cuando Manuel me paró, algo apurado, pero, aun así, lo atendí.

—Señorita Evelyn, el señorito Aday me ha dejado estas llaves, y me ha dicho que tiene un nuevo coche aparcado en el garaje, en el mismo lugar en el que estaba estacionado el suyo —me dijo, avergonzado.

—Manuel, sé que usted no tiene nada que ver con esto, pero no pienso aceptar nada que venga del jefe, no sin que me dé una explicación sobre su actitud. Por eso, cuando vuelva mañana, se las devuelve, si es usted tan amable —le dije, y él asintió con la cabeza.

Salí de allí con la cabeza muy alta, pero el corazón pisoteado. Era la primera vez que me enamoraba de un hombre, y había tenido que elegir el más complicado y el que menos me convenía.

Tenía que tomar una decisión, pero no lo haría en caliente, lo consultaría con la almohada. Al llegar a casa, me llevé una sorpresa, porque sentada en el salón, con mi tía, estaba Malena, la madre de Aday, que se levantó para abrazarme.

Intenté disimular todo lo que pude, pero tanto ella, como mi tía, se dieron cuenta de que me ocurría algo, y no dudaron en preguntarme. No sabía si Malena estaba al tanto de lo que había, o hubo, entre su hijo y yo, pero mi tía me sacó de dudas.

—Puedes hablar claro, Malena lo sabe todo, y no por mí, sino porque su hijo se lo ha contado —me dijo.

—Es todo tan extraño… —les conté lo sucedido, y Malena negaba con la cabeza, pero me dejó terminar.

—Mi niña, ese hombre está poseído por su nueva esposa, y hace todo lo que ella le dice. No me extrañaría que le hubiera contado una mentira para alejarlo de ti y que vuelva al redil, como se suele decir, pues Sandra, su exnovia, es una de sus mejores amigas —me dijo ella, pero no sabía que podía haberse inventado y que Aday pudiera creer.

—Gran sabiduría del que dijo que Dios los cría y ellos se juntan —dijo mi tía.

—Es que, su maldad se ve a leguas. Espera, que tengo aquí una foto y lo podréis comprobar por vosotras mismas —nos dijo, y sacó su móvil, buscando esa foto que nos había dicho.

Cuando giró el teléfono y mi tía la vio, cayó redonda en el sofá, desmayada, y ninguna de las dos supimos a qué se debía ese desmayo. Le echamos agua, le pusimos un paño con vinagre bajo la nariz, hasta que volvió en sí y le pudimos preguntar.

—¿Qué te ha ocurrido? —le preguntó Malena, echándole viento con una revista que había encima de la mesa.

—Dime, por lo que tú más quieras, que esa mujer no se llama Virginia —le suplicó mi tía, pero Malena no pudo decirle eso.

—No puedo, porque ese es su nombre. ¿Quién es? ¿De qué la conoces? —respondió ella, esperando su contestación.

—Es mi hermana, la madre de Evelyn. Después de veinticinco años, ha vuelto para hacerle la puñeta a su hija, mostrando su egoísmo, como siempre —contestó mi tía, y ahora la que me desmayé fui yo.

Volví en mí en nada de tiempo, pero ahora entendía lo que podía haber pasado. Entre ella y su marido, el padre de Aday, se habían debido de inventar algo en lo que yo saliera muy mal parada, y el gilipollas de mi jefe, se lo había creído sin ni siquiera preguntar.

Capítulo 17



Aday

—¿Qué es eso tan importante que tenías que decirme? —le pregunté a mi padre, sin entender por qué tenía esa sonrisa puesta.

—Esa mujer que se vende como tan especial, tan auténtica, es una hija de puta que te va a dejar en pañales —me dijo, y os juro que no sabía a quién se estaba refiriendo.

—O hablas claro, o no me entero de nada. ¿De quién coño me estás hablando? —dije, algo enfadado.

—De tu nueva asistente, ¿de quién sino? Pero no voy a ser yo quien te lo cuente, sino Virginia, que es la persona que mejor la conoce. Seguro que te ha dicho que su madre la abandonó recién nacida, ¿verdad?

—Eso no solo me lo ha contado ella, sino también la persona que se encargó de sacarla adelante, su tía —le respondí, algo desconcertado.

—Dos estafadoras e impostoras de gran categoría. Mira, yo solo te voy a decir una cosa, no le des confianza, bueno, más de la que ya tiene, y vente con nosotros esta tarde, a comer. Virginia se encargará de contártelo todo —me dijo, y os juro que me quedé que no sabía que pensar.

Mi padre salió de mi despacho, y yo me encerré en él, con llave. No quería que entrara y me manipulara de nuevo con sus comentarios. Tenía que

escuchar la otra versión y, para no verme influenciado, lo mejor era no tener contacto con ella durante toda la jornada laboral.

Era el momento de marcharme, y no tendría más remedio que encontrármela, pero lo haría de la manera más fría posible, al menos hasta que descubriera toda la verdad, o iba a terminar volviéndome loco.

Evelyn se me acercó, con la intención de que le contara lo que me ocurría, pero nada más lejos de la realidad, tenía que actuar fríamente, o terminaría convenciéndome de que los que mentían eran mi padre y su mujer.

Llegué hasta la casa de mi padre, que estaba en las afueras de Sevilla, y era un bonito unifamiliar de dos plantas con jardín y piscina. Me estaban esperando en el porche trasero, con un picoteo encima de la mesa, aunque, en esos instantes, yo tenía el estómago completamente cerrado.

—Hijo, menos mal que has venido. Pensábamos que esa mujer te convencería para que no lo hicieras —me dijo mi padre, dándome un abrazo, mientras Virginia me miraba, sonriente.

—Hola, Aday. Sé que no soy tu persona favorita, y lo entiendo. Yo tampoco he hecho las cosas bien y, por evitarme el dolor de recordarlo todo, siempre he sido algo opaca con mi vida pasada —me dijo, con las lágrimas a punto de salir de sus ojos.

—Mira, Virginia, no nos vamos a engañar. Ni tú eres santo de mi devoción ni yo soy el tuyo, pero quiero que hables claro, que lo cuentes todo de una vez, y así podré decidir si me conviene seguir con Evelyn o no —le dije, muy serio, pues no quería que diera más rodeos.

—Está bien, pero te pido que me escuches hasta el final, por favor. Tuve a Evelyn cuando tenía diecisiete años, la situación me desbordó, y desaparecí por un tiempo, un año más o menos. Cuando volví, ya mi hermana, que es la persona más manipuladora y ambiciosa del mundo, se había hecho con la tutela de la niña…

—Todo eso está muy bien, pero ¿qué tiene que ver conmigo y con mi relación con Evelyn? No entiendo nada, os lo prometo —la interrumpí, completamente desconcertado.

—Por eso te he pedido que me dejes explicarme hasta el final —me respondió.

—Está bien, perdona. Puedes continuar —le dije, y me volví a sentar.

—Como te iba diciendo, mi hermana tenía el control de todo, y me puso como condición para poder quedarme, que ella se encargaría de la educación de la niña, y que tenía que seguir sus instrucciones en todo. Yo, como quería ver crecer a mi hija, claudiqué, y fue lo peor que hice. Begoña empezó a enviarme con ciertos hombres, a los que debía engañar y estafar, para ir ampliando el patrimonio familiar, mientras que ella se aprovechaba de todo lo que yo hacía…

—¿Me estás diciendo que tu hermana te obligaba a prostituirte? —pregunté, porque no me cuadraba nada de lo que me estaba contando.

—No, nunca llegué a acostarme con ningún hombre con los que mi hermana me enviaba. Lo hacía como empleada de hogar o como niñera, pero, en cuanto que me tenía la suficiente confianza, iba sustrayéndoles cosas de valor, que luego ella vendía. Cuando mi hija tuvo la edad suficiente como para poder llevármela, me dijo que no, que ella estaba destinada a algo más grande. Ella sería la que iba a cazar a un pez gordo, se quedaría embarazada de él y las dos vivirían como una reina. Al tiempo, se separaría, pero seguirían manteniendo ese mismo estatus —me contó y, menos mal que estaba sentado, porque me hubiera caído de culo.

—¿Qué hiciste entonces? —le pregunté.

—Me fui, con lo puesto, con una mano delante y otra detrás. Tengo que confesar que dormí muchos días en la calle, y tuve que mendigar para poder llevarme algo a la boca, hasta que en mi camino se cruzó tu padre, que fue como un ángel de la guarda para mí —me dijo.

En este punto del relato, Virginia lloraba a moco tendido, mientras mi padre la abrazaba y la consolaba. Nada tenía que ver lo que me habían contado ellas con la historia que acababa de escuchar, pero suponía que, quien dijera la verdad podría demostrarlo.

—Sé que estás pensando en que te muestre pruebas, y aquí las tengo —dijo, levantándose y poniendo en mis manos una lata con un montón de fotografías en las que se veía a Virginia con una niña pequeña, que suponía que era Evelyn.

Todo me daba vueltas, y era incapaz de procesar todo lo que me estaban contando, hasta que Virginia volvió a hablar.

—No te estoy diciendo que la despidas, pero sí que la mantengas alejada de ti, junto a mi hermana, o terminarás siendo la persona más desgraciada del mundo.

—En el trabajo es muy buena, pero no la podré mantener alejada de mí si continúa en su puesto, porque tendremos que viajar juntos y demás —contesté, sin saber que más podía hacer.

—Yo tengo una idea —dijo mi padre.

—Pues ilumíname, a ver si así puedo tomar una decisión —le respondí.

—Sandra ha terminado un curso de secretariado que yo mismo le he pagado. Ponla como tu secretaria y a ella que siga como asistente, o trasládala a otro departamento. De ese modo, si tienes que viajar, lo harás con Sandra, no con ella —dijo mi padre.

—Aday, tu novia está muy arrepentida de como se comportó, y se merece otra oportunidad. Llevabais mucho tiempo juntos, y ahora, con ese trabajo, no necesitará tanto de tu dinero. Créeme cuando te digo que ha aprendido a controlar sus compras compulsivas una vez que le ha visto las orejas al lobo —me dijo Virginia, que había pasado de verdugo a víctima en cuestión de segundos.

—Me lo tengo que pensar, no puedo tomar una decisión en caliente —contesté. Me levanté, les di un abrazo a los dos, y me marché.

Capítulo 18



Aday

—Que quieres que te diga, yo no veo a esa chica como el monstruo que te han pintado, Aday —me dijo Kiko, que era muy bueno calando a la gente.

—Si te sirve de algo, yo tampoco. ¿Y si ha sido toda una treta para que vuelvas con Sandra? No sé, amigo, yo actuaría con cautela, en todos los sentidos —me dijo Javier.

Los tres estábamos en la cafetería que había frente a las oficinas. Había quedado con ellos temprano, todavía no había llegado nadie, ni siquiera Manuel se veía en su puesto. Necesitaba hablar con alguien imparcial de todo esto, porque sabía que, si se lo contaba a mi madre, se pondría de parte de Evelyn y su tía, entre otras cosas porque Sandra nunca le había caído bien, aunque callaba por no hacerme daño.

—Me voy a volver loco. ¿Creéis que es mejor que le cuente todo a Evelyn y que me dé su versión o qué me mantenga frío con ella e investigue por mi cuenta? —les pregunté.

—¿Y si esperas hasta ver si ella te saca el tema? —me preguntó Kiko, pero negué con la cabeza.

—No lo va a hacer, no después de como le contesté ayer antes de irme. Si algo tengo claro es que no se va a dejar pisotear por nadie. Y la muestra la vamos a tener ahora mismo. Ayer le dejé las llaves del coche nuevo con

Manuel, vamos a ver si las cogió o no —le dije, viendo como Manuel se incorporaba a su puesto de trabajo.

Pagué el desayuno y salimos los tres rumbo a las oficinas, esperando cual había sido la reacción de Evelyn cuando le dieron las llaves del coche. Nada más verme, Manuel se metió las manos en el bolsillo, y me entregó las llaves del coche.

—¿No las aceptó? —dije, esperando a que me dijera que no la había visto o algo por el estilo, que me confirmara la hipótesis de mi padre.

—Obviamente, no lo hizo —respondió Kiko, con una sonrisa.

—No, señorito Aday. Sus palabras fueron que no iba a aceptar nada que viniera de usted sin que antes no le diera una explicación por su comportamiento, me dejó las llaves y se marchó —me dijo el señor Manuel.

—Está bien, gracias de todos modos.

Una vez que estuvimos en el ascensor, Kiko me miró, y sabía que se estaba mordiendo la lengua. No me hizo falta decirle que hablara, porque si fuera mudo, reventaba, y me lo soltó a las primeras de cambio.

—¿Crees que una persona a la que han descrito como ambiciosa e impostora, rechazaría un coche de esa categoría? Venga, hombre, no seas más iluso. Te haría la mejor mamada de la historia de tu vida a modo de agradecimiento, como toda la persona que es así —me dijo, muy indignado.

—Puede ser una maniobra de distracción, para hacerme creer que es de otra forma —intenté defender mi postura.

—Los cojones de mi padre son una maniobra de distracción. Mira, cuando te pones así, no puedo contigo, te lo juro. Investiga, habla con ella, haz lo que te salga de los huevos, pero espero que, cuando tomes una decisión, no sea demasiado tarde —me dijo, y salió del ascensor en su planta, dejando que yo subiera hasta la mía.

En cuanto llegué, me encerré en mi despacho, no me comuniqué con Evelyn nada más que por el correo interno que teníamos, por el que le pedí

toda la documentación que iba necesitando.

A la hora de la comida, y pensando en hablar con ella, salí de allí, pero no estaba. Pensé que había ido al baño, y dispuse mis pasos hacia allí, cuando escuché el ascensor, era Dani, de Recursos Humanos.

—Buenas tardes, señor Vila. Venía a hablar con usted un segundito —me dijo, y me extrañó.

—Adelante, Dani, pasa a mi despacho, y no me llames así, yo soy Aday —le dije, como a todos los empleados, que estaban acostumbrados a la rigidez de mi padre en ese aspecto.

—Verás, Aday, no sé qué es lo que ha ocurrido entre Evelyn y tú, pero sí que ella está pensando presentar su dimisión. En realidad, ya la ha presentado, he sido yo el que le he dicho que se lo piense unos días, y que, cuando esté segura de su decisión, me lo diga y entonces la tramitaré o no —me dijo Dani, que la conocía demasiado bien.

—Ahora mismo, si te digo la verdad, estoy hecho un lío con todo. Pero me gustaría hacerte una pregunta. ¿Conoces o has conocido a su madre?

—¿A Begoña? Sí, y es la persona más honesta y cariñosa que he conocido en mi vida. Tuvo que hacer muchos sacrificios para sacar adelante a una niña como Evelyn, pero lo hizo muy bien, a juzgar por el resultado —me dijo, dejándome claro que sabía la misma versión que ella me había contado.

—No, me refiero a Virginia, su madre biológica —le dije, y me miró con extrañeza.

—¿Quién es esa? Te juro que es la primera vez que escucho hablar de ella.

—Está bien, estaré equivocado. ¿Puedes decirle que, cuando venga de comer, entre en mi despacho, por favor? Porque supongo que estará comiendo, ¿no? —le pregunté, y negó con la cabeza.

—No, se ha marchado a casa. Dice que ya ha cumplido con las ocho horas que pone en su contrato y que, palabras textuales: está hasta el mismo de

hablar con una pantalla. Hasta mañana no volverá —me contestó, y tengo que reconocer que me sentaron muy mal esas palabras.

—No pasa nada, tiene toda la razón —dije, mirando el reloj —. Será mejor que hable con ella mañana cuando vuelva. Gracias por todo, Dani.

No me pude concentrar en nada más, por lo que yo también cogí mis cosas, apagué el ordenador y me largué. No me apetecía encerrarme en mi casa y seguir dándole vueltas a la cabeza, por lo que me monté en el coche y empecé a conducir, sin rumbo fijo, hasta que me di cuenta de que había terminado en la puerta de su casa. El destino era muy caprichoso, y si lo había querido así, era porque no debía demorarlo más. Aparqué el coche y subí, aprovechando que alguien salía del edificio en ese momento.

Llamé al timbre, y me abrió la persona que menos me esperaba, mi madre, que me miró de arriba abajo y con una ceja arqueada.

—¿Qué estás haciendo aquí, Aday? ¿No te ha parecido suficiente el dolor que le estás infligiendo a Evelyn en el trabajo que todavía quieres hacerlo en su propia casa? —me preguntó, enfadada

—Tengo que hablar con ella, mamá. Estoy hecho un lío, y no sé ni a quién creer ni como actuar —le dije, pero ella estaba detrás, escuchando todo.

—Entonces, no tenemos nada de lo que hablar. Te conté mi vida desde el primer momento, sin ocultarte absolutamente nada. Pensaba que tenías la suficiente confianza conmigo como para decirme lo que ocurría, pero después de la manera en la que me hablaste, me quedó claro que no. Dile a Dani que tramite mi baja, no quiero volver a verte.

Capítulo 19



Evelyn

Fue lo más duro para mí, pero también lo mejor. Me había enamorado como una tonta del hombre equivocado, y ahora no estaba tan segura de querer seguir viviendo en Sevilla.

—Eso es fruto del dolor que sientes ahora, pero no renuncies a tus sueños. Estoy segura de que el tiempo pondrá todo en su sitio —me dijo mi tía, mientras que Malena me acariciaba la espalda.

—Esa mujer es mala, muy mala, y el karma se lo va a cobrar, estoy completamente segura de ello —me contestó Malena.

—¿Qué mal le he hecho para que me haga tanto daño? ¿El simple hecho de nacer? Yo no pedí que me trajeran al mundo, que hubiera puesto medios —le dije, llorando a moco tendido.

—Mi hijo se dará cuenta de que no está haciendo las cosas bien, y cuando lo haga…

—Cuando lo haga ya será demasiado tarde, te lo aseguro —interrumpí a Malena, que intentaba darme ánimos con respecto a Aday.

Durante unos instantes, nos quedamos en silencio, cada una sumida en nuestros pensamientos, hasta que mi tía se atrevió a decir los suyos en alto.

—Necesito verla y enfrentarla. No sé lo que pretende con esto, pero lo pienso averiguar, no me queda la menor duda —dijo, y ambas la miramos asombradas.

—Pues, si tú vas, yo también. Tengo el deber de ponerme cara a cara con ella y obligarla a que me explique por qué me odia tanto, si en la vida he tenido contacto con ella, ni le he pedido nada —dije, y mi tía asintió.

—Si vais vosotras, yo no me pienso quedar de brazos cruzados, al fin y al cabo, es la felicidad de mi hijo la que está en juego —dijo Malena.

De las tres, la única que sabía donde podía encontrarla era ella, así que, nos vestimos bien, nos maquillamos para que no nos viera derrotadas, y nos pusimos rumbo a su casa, en la que vivía con su marido, el padre de Aday.

Íbamos en el coche de Malena, pues el mío estaba en el desguace, sin mi permiso, por supuesto, y mi tía no conducía desde hacía mil años. No negaré que estaba de los nervios, porque lo estaba, pero también necesitaba saber el porqué de su actitud conmigo, cuando ni siquiera la conocía.

—Dejadme que hable yo primero, por favor —nos indicó Malena, y ambas asentimos.

Llamó a la puerta, era una unifamiliar preciosa, con jardín y piscina, y empezaba a saber el motivo por el que mi querida madre actuaba así. Nos abrió una chica de servicio, como no podía ser de otro modo, pues ella no sabría freír ni un huevo.

—Buenas tardes, Vilma, dígale al señor que estoy aquí, por favor —le dijo ella, esperando en la puerta.

—El señor no está, ha salido con la señora Virginia y el señorito Aday —contestó ella, pero supimos que no era cierto, pues se escuchó a una persona estornudar.

—No te creía tan cobarde como para no darme la cara, Antón. Haz el favor de no excusarte en el personal de servicio. Tenemos que hablar, y con tu querida esposa, también —le dijo ella, entrando hasta el salón, donde se los encontró a los tres sentados, porque el indeseable también estaba allí.

—Si no hemos salido es porque no nos apetecía escuchar más mentiras —dijo Antón, con esa superioridad que lo caracterizaba.

—Pues, para eso, tendrías que eliminar de tu vida a mi hermana —le dijo mi tía Begoña, tuteándolo directamente.

—Tienes tan poquita educación que no eres capaz ni de respetar a la gente, tratándolos de tú sin que te den el permiso —le contestó mi madre, mientras que Aday me miraba, asombrado.

—Uy, da igual, si somos cuñados. ¿No es así?

—Si vienes a pedirme dinero, has hecho el viaje en valde. Ni mi mujer ni yo os pensamos dar ni un céntimo…

—¿Dinero? No me hagas reír, por favor. Mi hermana no se ha ocupado nunca de su hija, no lo va a hacer ahora que tiene veinticinco años y la vida medio resuelta. —interrumpió mi tía a su "cuñado".

—Porque tú no la has dejado. La obligaste a robar en casas ajenas, a hacer cosas que no quería, y todo por estar al lado de su hija —dijo Aday, al que habían contado una versión de la historia completamente diferente.

—¿Perdona? Mira, será mejor que te calles si no sabes de qué va la cosa. Yo a mi madre no la he visto en mi puñetera vida. Para mí, mi madre es ella, que es la que ha llorado a mi lado cada vez que estaba enferma, la que ha acudido a cada recital del colegio, y la que ha trabajado de sol a sol para que yo no tuviera ninguna carencia. Así que, más vale que no abras la boca —le dije, con toda la rabia que tenía acumulada.

—Eso no es cierto, ella tiene fotos, pruebas que yo he visto…

—No puede tener nada de eso, porque no es cierto. Lo que te ha enseñado, si es cierto que lo ha hecho, era todo mentira —interrumpió mi tía a Aday.

—Te la han colado, chaval. Pero claro, te está muy bien empleado, para que no te fíes de quien no debes —le dije, rabiosa e iracunda.

—¿Dices que tiene fotos? Quiero verlas —le dijo mi tía, con una sonrisa.

—No tengo por qué mostrarte nada. Yo he dicho la verdad, y sois vosotras las que estáis mintiendo —nos dijo ella, muy altiva.

—No tienes nada que ocultar, muéstraselas, Virginia —le dijo Antón, igual de altivo que ella.

Malena, mi tía y yo, la mirábamos expectantes, mientras que Aday no sabía ni donde mirar. Ella, muy a su pesar, se levantó y fue a buscar una lata de esas de galletas antigua, que puso encima de la mesa.

Mi tía fue la primera en cogerlas, y por cada foto que sacaba, más se reía. Mientras, Malena y yo, la mirábamos sin saber que hacer y que decir, hasta que se decidió a hablar.

—En primer lugar, ninguna de estas niñas es Evelyn, y lo puedo demostrar. Esta de aquí, es la hija de nuestra prima, Samara, y tiene dos años más que mi niña. Esta otra es la hija de la vecina del pueblo y esta, que ya es más mayor, el día de su Comunión, no tengo ni idea de quién es —dijo mi tía, muy tranquila.

—Porque tú lo dices, ¿no? ¿Por qué teníamos que creerte? —dijo Antón, que seguía creyendo a su mujer.

—Porque las fotos de Evelyn con esa edad están aquí, y puedes verlas cuando quieras. Mira, aquí está con el tiempo de la primera foto, como podrás ver no se parece en nada. Aquí tendría unos cinco años, y tampoco se corresponde con la niña que está con ella, y esta, es de su Primera Comunión, en la que no coincide ni el vestido —les dijo mi tía, dejando a todos con la boca abierta.

—¿Por qué has hecho esto, Virginia? No te entiendo, te lo prometo —le dijo Antón, que empezaba a desencantarse.

Capítulo 20



Aday

Todo esto era una puta mierda. ¿De qué coño estaban hablando Evelyn y su tía? ¿Sería verdad todo lo que estaban diciendo? Me estaba volviendo loco, pero de aquí salía con toda la verdad, aunque fuera lo último que hiciera.

—¿Es eso cierto, Virginia? —le pregunté, sin todavía poder creerme como me la habían jugado.

—Mírame a la cara. Dime por qué me odias tanto, mamá. ¡Sé valiente por una puta vez en tu vida! —le gritó Evelyn, con los ojos anegados en lágrimas.

—¡Por tu culpa me tuve que ir del pueblo y abandonar al hombre que amaba! Si tú no hubieras nacido, si no te hubiese engendrado, aún seguiríamos juntos, porque nunca más he vuelto a amar —dijo, y todos nos quedamos de piedra, en especial, mi padre.

—¿Qué haces conmigo, entonces, Virginia? Si es cierto eso que has dicho, ¿por qué coño te has casado conmigo? —le dijo mi padre, y ella, en vez de contestarle, volvió a atacar a su hija.

—Siempre eres tú la que me lo arrebata todo, primero el amor de tu padre, y ahora, el bienestar y la comodidad que me ofrece Antón. Ojalá hubieras muerto el día que naciste, como tanto le pedí al cielo —le dijo, y su hermana le dio una bofetada.

—Ella no tiene la culpa de nada y no te volveré a permitir que le hables de esa manera a tu hija —le dijo Begoña, con rabia.

—No lo volverá a hacer porque, si antes lo tenía claro, ahora todavía más. Mi madre murió el día en el que me dio a luz —dijo, y se dio media vuelta para marcharse.

Quise salir detrás de ella, pero mi madre me frenó, tenía que quedarme a escuchar todo, y ella se encargaría de Evelyn, por lo que me quedé dentro.

Durante la siguiente media hora, todo fueron reproches, gritos y malas actitudes, en los que se echaban en cara de todo, pero nada era mentira, y la peor parada fue, sin duda, Virginia, que era la que le había dado la vuelta a la tortilla a todo.

—Hijo, creo que, tanto tú como yo, le debemos una disculpa a esa muchacha — dijo mi padre, después de decirle a su mujer que recogiera todas sus cosas y se marchara, que ya recibiría los papeles del divorcio.

—Yo le debo más que eso, papá, pero sé que no va a ser fácil que me crea. He perdido a la única mujer de la que he estado enamorado por hacer caso y escuchar a la persona que no debía —le dije a mi padre, que agachó la cabeza.

—Hijo, yo…

—Tú has sido engañado igual que yo, papá. Salgamos y crucemos los dedos para que nos escuche —le dije, y llegamos hasta donde estaba ella con mi madre, que bebían una infusión que les había preparado Vilma, para los nervios.

—Evelyn, queremos disculparnos contigo —le dijo mi padre, pero volvió la cabeza para el otro lado.

—Mi amor, sé que…

—No me vuelvas a llamar así, tú no has estado enamorado de mí, en la vida. Si lo hubieras estado, no habrías puesto un escudo entre tú y yo, no me habrías tratado con la frialdad que lo hiciste, y me hubieras priorizado ante todo lo demás, escuchando, al menos, mi versión de los hechos. Ni siquiera

me has dado la oportunidad de defenderme. Acepto vuestras disculpas, pero hasta ahí, no quiero volver a saber nada más de ninguno de los dos —nos dijo, pero en especial a mí.

—No puedes dejar el trabajo, Evelyn, nos necesitamos mutuamente, aunque solo seamos jefe y empleada —le dije, intentando hacerla entrar en razón.

—Yo, a la única persona que necesito es a mi tía, los demás, y sin ánimo de ofender, me traéis sin cuidado, tú, el primero —dijo, pero sabíamos que hablaba desde el dolor, porque a mi madre le tenía tremendo cariño y a mí, no me podía haber olvidado tan pronto.

Se levantó, estiró el brazo para coger la mano de su tía, y salieron de la propiedad de mi padre. Justo en ese momento pasaba un taxi, que paró y se montaron. Necesitaba su espacio, y yo se lo iba a dar. Por supuesto, le diría a Dani que no tramitara su baja, tarde o temprano iba a volver, eso lo tenía claro.

—Esto me lo vais a pagar, tanto vosotros, como ellas. Hasta que no os vea a todos hundidos, no voy a parar —nos amenazó, pero mi padre le frenó los pies.

—Te guardarás muy bien de hacer eso, si no quieres que alegue mentiras en el divorcio y te deje sin nada. Te recuerdo que firmamos unas capitulaciones matrimoniales que decían que, en caso de engaño, te ibas sin un céntimo, y esto es uno en toda regla —le dijo mi padre, y ella, a pesar de su furia, agachó la cabeza.

Cuando nos quedamos a solas, mi madre me miró de una manera que me indicaba que se me venía encima una buena bronca, sin dudarlo, pero no solo fue a mí al que bronqueó.

—No me puedo creer que hayáis sido tan tontos, los dos. Todavía, de Aday, puedo llegar a entender que cayera por su juventud e inexperiencia, aunque eso no lo exime de la manera en la que ha tratado a la pobre Evelyn. Pero tú… lo tuyo no tiene nombre, querido —nos dijo, y ambos intentamos defendernos.

—Ante la magnitud de las pruebas, ¿qué habrías hecho tú, mamá? —le dije.

—Muy sencillo, hablar con ella, investigar y no sacar conclusiones precipitadas, eso lo primero. No tratar a la persona que te ha demostrado su amor y honestidad como si fuera una criminal, que eso es lo que has hecho —me respondió, cada vez más enfadada.

—Malena, no puedes juzgarnos así, porque yo le di un voto de confianza a mi mujer, y fíjate para lo que ha servido —dijo mi padre, que se veía dolido.

—Ha servido para desenmascararla, y seguro que no se ha ido con las manos vacías. Tendrá un joyero que le servirá para vivir demasiado bien durante mucho tiempo, eso si no te ha dado un sablazo en la cuenta, porque todavía está como autorizada y seguís casados —le dijo mi madre, con una sonrisa de medio lado, y él se levantó corriendo para entrar en la cuenta del banco.

Cuando mi padre vino de vuelta, traía la cara blanca como la pared, y a punto estuvo de desmayarse. No pudo ni articular palabra, tan solo giró la pantalla del portátil para que lo viéramos. Se había abierto una cuenta nueva a su nombre, transfiriéndose ciento cincuenta mil euros del dinero de la cuenta que tenían en común.

—Avisa al banco y quítala de las cuentas, antes de que tengas que acudir a la beneficencia, porque ni para el recibo de la luz te va a quedar —le dijo mi madre, muy divertida.

—¿Te lo estás pasando bien? Ya veo que sí, pero han sido muchos los sudores que he soltado para ganar ese dinero que ella se ha llevado —le contestó, levantándose para llamar al banco.

Capítulo 21



Evelyn

Lo tenía decidido, tenía que huir durante un tiempo de todo, y por eso le propuse a mi tía, irnos a la playa durante quince días. Me impuse que ese sería el tiempo que tardaría en decidirme si me iba a quedar en Sevilla o volveríamos al pueblo.

Por un lado, mi cabeza me decía que siguiera adelante, que cumpliera con mis sueños. Pero, por otro, mi corazón me decía que no podría resistir verlo con otra mujer, o encontrármelo por la calle y que me tratara con esa indiferencia y frialdad con la que me había tratado antes.

—Evelyn, yo me voy al fin del mundo contigo, si hace falta. Pero huir no te va a hacer bien. No quieres seguir con Aday, pues me parece perfecto, pero tienes el trabajo de tus sueños, no lo dejes escapar —me dijo mi tía.

—¿Y si me hace más daño que bien el tenerlo cerca? —pregunté, porque sabía que mi tía siempre me había dado los mejores consejos.

—Eso no lo puedes saber, mi amor. Sabes que yo te voy a apoyar, siempre, hagas lo que hagas y decidas lo que decidas, pero piénsatelo bien, no quiero que luego te arrepientas de nada —me dijo, y decidí seguir su consejo.

—Está bien. Mañana volveré al trabajo, y según se desarrolle el día, así tomaré mi decisión —le dije, y ella me abrazó, dejándome un beso en la cabeza.

Me había levantado un poco nerviosa esa mañana, era como cuando sabes que algo va a pasar, pero no eres capaz de identificar si será bueno o malo. Quise ignorar esa sensación, pero algo me decía que no lo hiciera, que me mantuviera atenta a todo lo que me rodeaba.

Salí demasiado temprano, con la idea de tomar un taxi, con tiempo, pero al final, me decidí a ir dando un paseo desde la parada de autobús más cercana a las oficinas.

Me bajé del bus y me encaminé hacia las oficinas. Noté como que me seguían, pero ni me paré ni aceleré el paso, seguí al mismo ritmo. No quería que, quien fuera que me estaba siguiendo, se diera cuenta de que tenía miedo y lo aprovechara a su favor.

—Buenos días, señorita Evelyn. ¿Le ocurre algo? —me preguntó Manuel, en cuanto me vio aparecer por la puerta.

—Buenos días, Manuel. No sé, es como si tuviera la sensación de que alguien me seguía. ¿Ha visto a alguien cerca de mí? —pregunté, cuando apareció Aday.

—¿Te estaban siguiendo? —me preguntó, algo preocupado.

—No lo sé… —dije, a media voz, pues era mirarlo y venirme abajo.

—Ven, vamos a tomarnos un café antes de subir —me dijo, tomándome de la mano.

Sentí un escalofrío recorrerme toda la espalda, como una corriente eléctrica, y él debió sentir lo mismo, porque me miró a los ojos, demostrando su sorpresa. Quise retirarla, pero no pude o, mejor dicho, no me dejó.

—Evelyn, nos debemos, al menos una conversación, pero no quiero que sea ni aquí ni ahora. Déjame que te invite a cenar en mi casa, y allí hablaremos tranquilamente. Además, esto es tuyo. Yo mandé destruir tu coche, es justo que sea yo quien lo sustituya —me dijo Aday, y os prometo que no supe que hacer, necesitaba que me dijera por qué había actuado de esa manera.

—Si quieres que lo acepte, tan solo te pido que me contestes a una pregunta. ¿Por qué me trataste de esa manera aquel día? —le pregunté.

—Me vi saturado por todo. No quería acercarme a ti hasta comprobar que todo lo que me habían contado era falso, pero luego llegó ella, con esas fotos, haciéndome creer que todo era cierto… No te voy a negar que me sentí defraudado, dolido, eres la única mujer de la que me he enamorado… Pero bueno, todo eso lo hablaremos luego, siempre que aceptes mi invitación a cenar —me dijo, y en cierto modo, lo entendí.

—Está bien, pero no te prometo que no me enfadaré, pues ya sabes que digo lo que siento en el momento —le dije, y él soltó una carcajada.

—Lo acepto todo. Siempre que me dejes a tu lado, de la manera que sea, aunque no te voy a negar que preferiría que fuera como tu pareja — dijo, y empecé a ponerme nerviosa.

—Tendrías que aclararme muchas cosas, Aday. Pero el tiempo lo dirá —le contesté.

Se levantó para pagar, pues no me dejo hacerlo a mí. Cuando estábamos cruzando la calle, un coche vino a por nosotros a toda velocidad. Aday, que fue el primero en darse cuenta de la manera en la que nos iba a embestir, me dio un empujón y se tiró encima de mí, cayendo ambos al suelo.

—Dime que estás bien, por favor —me dijo, preocupado.

—Me he raspado un poco las rodillas, pero no ha sido nada, al menos de momento —le dije, al levantarnos del suelo.

—Señores, ¿se encuentran bien? He anotado la matrícula del coche que os ha embestido —dijo Manuel, acercándose a nosotros, corriendo.

—Bien hecho, Manuel. Avisa a la policía, y dile a los de seguridad que vayan preparando las imágenes de las cámaras de la puerta, por si se ve algo más —le dijo Aday, mientras que entrábamos en el edificio.

Fuimos directamente a su despacho, donde hizo que me quitara el pantalón, que se había roto, y me curó las heridas que me había hecho. Envió

a una de las chicas a una de las tiendas que había cerca de las oficinas para que me comprara unos nuevos.

—Para mí, está siendo todo un suplicio tenerte así en mi despacho —me dijo, y me sonrojé.

—No me lo pongas más difícil, por favor te lo pido —le contesté, y se acercó para sentarse a mi lado.

Nos quedamos mirándonos a los ojos, e íbamos a besarnos, estaba segura, cuando nos avisaron desde la recepción que la policía acababa de llegar, y Aday les dio paso para que subieran.

—No puedo recibir a la policía en braga, al menos si quiero que investiguen bien el asunto —le dije a Aday, que no había caído en ese pequeño detalle.

—Joder, no me había dado cuenta. No pasa nada, toma mi chaqueta y póntela por las piernas.

—¿No será mejor que me ponga mis pantalones, aunque estén rotos? —le dije, negando con la cabeza.

—También es verdad. Lo siento, pero es que estoy muy nervioso, y no por lo que nos ha pasado, precisamente —me dijo, tendiéndome el pantalón.

La policía entró justo cuando me cerraba el botón y la cremallera, y lo hicieron sonriendo, como si hubiésemos estado haciendo algo indecente y hubieran sido de lo más inoportunos, cuando no se acercaban ni de lejos.

—Buenos día, el señor Manuel nos ha contado lo que vio, y nos ha facilitado la matrícula del vehículo. Nuestros compañeros están investigando ahora mismo quién es el propietario, y nos avisarán en cuanto sepan algo. ¿Tienen algún enemigo, alguna persona que quisiera haceros daño? —nos preguntó a los dos, que nos miramos sin saber que responder, porque no pensaba que mi madre fuera capaz de tanto.

Capítulo 22



Aday

—Sí que tenemos, agente. Concretamente, la exmujer de mi padre, que también es su madre, aunque nunca ha ejercido como tal. Antes de salir de la casa, nos amenazó con no parar hasta que nos viera a todos hundidos —le dije, y Evelyn me miró sorprendida.

—¿Cuál es el nombre de esa persona? —nos preguntó el agente.

—Virginia Camacho —le dijo Evelyn, y el agente anotó el nombre.

Después de varias preguntas más, nos dejaron a solas, y nos informaron que, en cuanto tuvieran algo, nos avisarían y nos pondrían al corriente.

Evelyn me pidió que le contara todo lo que su madre había dicho cuando ellas se marcharon, y se lo conté, hasta la última palabra que salió por su boca. La noté caer, pero también como se levantaba, como el escudo que había creado para que nada de su madre no le afectara, se ponía en funcionamiento.

Nos pusimos a trabajar, hasta la hora de la comida. Como esa tarde no teníamos ninguna reunión y habíamos adelantado mucho, le dije que nos íbamos.

—Vamos a bajar al garaje para ver tu coche nuevo, por si no entiendes algo —le dije y ella asintió con la cabeza.

—No tenías por qué comprarme un modelo tan caro, con uno de gama baja, que me lleve y traiga del trabajo a casa, me hubiese conformado —me contestó.

—Te he comprado el que te mereces, ni más ni menos.

Le puse la mano en la parte baja de su espalda y, como la primera vez que lo hice, noté como se ponía nerviosa. Seguía ejerciendo ese poder en ella, al igual que lo tenía ella en mí, y sonreí para mis adentros, porque todavía no estaba todo perdido.

Entró en el coche, que arrancó a la primera, y dio una vuelta por el aparcamiento antes de salir a la calle. Al pasar por mi lado, se paró y bajó la ventanilla.

—Te veo a las nueve en tu casa —me dijo, sonriente.

—¿No me vas a dejar que te recoja? —le pregunté, y negó con la cabeza.

—No, lo siento. Te quedarás con la duda, hasta el último momento, de si acudiré o no —me contestó, y salió del aparcamiento, dejándome allí con una cara de tonto enamorado, como diría mi madre.

Esa tarde me dediqué a preparar la cena, no quería pedir nada, sino que quería que comprobara mi lado más cocinitas. Antes de subir, compré una dorada que preparé al horno, con patatas y verduras, y que estaba dejando un olor espectacular. La dejaría lista, nada más que para calentar luego. Había comprado marisco fresco, que cocí y dejé tapado con un paño húmedo en la nevera.

Me tocaba preparar el postre, y para eso, tiré del robot de cocina, ya que quería hacer unos vasitos de tres chocolates. Primero piqué las galletas, que puse como base y, poco a poco, le fui echando los tres chocolates. Cuando estuvieron bien cuajados, los metí también en la nevera para que estuvieran fríos. Tan solo me quedaba adornarlos con una frambuesa, que lo haría justo antes de servirlos.

Comprobé que el vino blanco estuviese bien frío, y me puse a preparar la mesa antes de meterme en la ducha, pues faltaban treinta y cinco minutos para

la hora que me dijo que vendría y conociéndola, lo haría, al menos, cinco minutos antes.

Me había puesto un pantalón chino sin botón, de esos de cinturilla elástica, una camiseta y unas sandalias de cuero marrón. Peiné mi alborotado cabello, pues parecía que había metido los dedos en un enchufe, y me eché mi perfume, ese que sabía que a ella le encantaba.

Justo como pensaba, cinco minutos antes tocaron a la puerta y al abrir, allí estaba ella, preciosa, pero natural, como siempre. Se había puesto un vestido blanco, tipo ibicenco, con bordados en beige, la espalda fuera y escote delantero en V, que llevaba con unas sandalias planas en beige. Su cabello lo traía recogido con una diadema de florecitas que la hacía verse preciosa, y sus labios resaltaban con ese brillo color cereza.

—¿Me vas a dejar pasar o vamos a cenar en el descansillo? —me dijo, la muy descarada.

—Perdona, pero es que me he quedado alelado cuando te he visto — dije, siendo completamente sincero.

—Ya me he dado cuenta de que me has hecho un escáner con la mirada — me soltó, y no pude aguantar más, la cogí por la cintura, la pegué a mí y la besé.

Pensé que me daría una buena hostia y se marcharía de mi casa, pero me equivoqué en todo, porque enredó sus dedos en mi pelo, acercando más mi boca a la suya, y profundizando más el beso.

—O paramos esto ahora, o en vez de cenar, vamos a desayunar —le dije, con la respiración entrecortada y una erección de caballo.

—No te emociones, Aday. Que haya correspondido a tu beso no significa que me vayas a tener en tu cama a las primeras de cambio — contestó, algo acalorada.

—Bueno, eso lo veremos al final de la noche. Ahora, toma asiento y vamos a cenar. Luego, con una copa, hablaremos de todo —le dije, y le retiré el asiento.

La cena transcurrió entre risas y bromas por parte de ambos. Era como si quisiéramos empezar de cero, pero sin dejar a un lado los sentimientos que ya habían resurgido entre los dos.

Durante esa copa, ya sentados tranquilamente, me abrí en canal, y le conté lo que sentía, como me había dolido lo que mi padre y su madre me habían contado, y el sentimiento de derrota que tuve cuando comprobé que todo era mentira.

Ella, por su parte, también me contó sus sentimientos, como mi forma de hablarle la había dejado descolocada y los miedos que tenía.

Una vez aclarado todo por las dos partes, fue como si un imán nos atrajera entre nosotros, y no pudimos evitar besarnos con pasión. Nuestras lenguas se enredaban entre sí, nuestros dientes chocaban del hambre que nos teníamos.

—No quiero hacerte mía aquí, Evelyn. Te necesito en mi cama. Avisa a tu tía de que esta noche no irás a dormir —le dije, dejándola para que cogiera su móvil.

Mientras que ella enviaba ese mensaje, me situé a su espalda, besando y lamiendo su cuello y el lóbulo de su oreja. En cuanto terminó, la cogí de la mano y la llevé a mi habitación.

Esa noche no quería follar, quería hacerle el amor, que notara lo que provocaba en mí, y no solo sexualmente, que ya era mucho, sino sentimentalmente.

Me dediqué a venerar su cuerpo a base de besos, de caricias, haciendo que se estremeciera entre mis brazos, y consiguiendo que, sin penetrarla todavía, tuviera un orgasmo que no dudó en gritar cuando le llegó.

Esa noche dormimos abrazados, como si fuéramos una pareja de verdad, que era lo que más ansiaba, aunque todavía no habíamos hablado de ello, pero no dejaría que se marchara de mi casa sin haber definido y etiquetado nuestra relación. Lo quería todo con ella, y no dudaría en decírselo, alto y claro.

Capítulo 23



Evelyn

Despertar entre sus brazos fue la sensación más bonita que había sentido nunca. Me giré para abrazarlo, pero su lado de la cama estaba vacío y bastante frío, por lo que era de suponer que llevaba mucho tiempo levantado.

Me fijé en la hora que marcaba el móvil, y eran poco más de las nueve de la mañana, que, para ser un sábado, tampoco es que fuera demasiado tarde. Cogí una camiseta de uno de los cajones de su vestidor, me la puse por encima y, tras ponerme mi braguita, salí al salón, donde me lo encontré con una cara que despedía a un muerto.

—Tenemos que hablar —me dijo, nada más verme, y supe que lo que me iba a decir, no me iba a gustar un pelo.

—Tú dirás —le respondí.

—Evelyn, no quiero que lo que te voy a decir ahora se interponga entre nosotros. Quiero contigo algo serio, y pensaba decírtelo en cuanto te despertaras, pero algo me ha jodido de buena mañana —me contaba.

—No entiendo nada, Aday. Mira, déjate de rodeos, que esos tan solo me gustan cuando se trata de ver a un tío encima de un toro, y ve al grano, te lo suplico —le dije.

—Sandra está embarazada, y el niño es mío —me soltó, y os juro por Dios que me tuve que sentar para no caerme de culo.

—Creo que me voy a marchar, tengo que procesar la información…

—No te vayas, por favor. Déjame que te explique todo con detalle —me suplicó, tomando mis manos.

—Sin detalles, que ya tengo suficiente y me imagino como ha sido —le contesté.

Estaba hecha un lío. Por un lado, Aday me decía hasta la saciedad que tan solo se ocuparía del bebé, de su hijo, pero no de ella. Sandra sería únicamente la madre del niño, y no estaría presente en nuestra vida nada más que en lo concerniente al bebé.

Quise creerlo, no sé si por mí, porque no soportaría que la vida me diera otro palo más, o por él, para que permaneciera a mi lado, pero el caso es que no me marché, permanecí en su casa durante todo el fin de semana.

Era domingo a mediodía, y lo primero que hizo fue decirle a Sandra que viniera a su casa, tenían que hablar sobre el embarazo y sobre como lo iban a llevar, para ello, la llamó por teléfono, y acababa de llegar.

—Me parece que este es un asunto que deberíamos hablar los dos, a solas, no entiendo que ella tenga que estar presente —dijo Sandra, en el momento en el que se percató de mi presencia.

—No te preocupes, que yo me marcho ya —le dije, tomando el pasillo que llevaba a las habitaciones.

En ese momento me sentí como una intrusa, y lo que más me molestó fue que Aday permaneciera en silencio, y no dijera nada en contra del comentario de Sandra.

Los dejé en el salón, cogí mi bolso y mis sandalias, y salí de esa casa sin decir ni adiós. Si quería, que me llamara, y si no, pues que me dejara en paz y vivir mi vida de una puta vez.

—No puedo más, tía, te lo juro. Este hombre está acabando con mi paciencia a marchas forzadas —le dije a mi tía por teléfono, en el mismo momento en el que puse un pie fuera del ático.

—Me he enterado de la noticia, cariño. Malena está aquí, conmigo. Como pensaba que no volverías hasta más tarde o mañana por la mañana, habíamos pensado salir a comer fuera e ir al cine. Pero no te preocupes, que ya vuelvo para casa.

—No, no. No cambies tus planes por mí. Yo también comeré algo y daré una vuelta por el centro comercial, necesito estar despejada —le dije, y le deseé que disfrutaran mucho.

Al final, me senté en una cafetería que había enfrente del edificio en el que vivía Aday, y pedí un refresco y un sándwich. No sabía si lo había hecho para saber el tiempo que tardaba Sandra en irse, por si me llamaba, que no me cogiera muy lejos de su casa, o por qué coño lo hice, pero el caso es que me mantuve en el mismo sitio hasta pasadas las siete de la tarde, y todavía ella seguía ahí dentro.

A esa hora, y ya con la certeza de que no saldría todavía, me monté en el coche y me marché a casa, esa que estaba vacía cuando llegué. Me di una ducha y me puse cómoda, cogí mi libro electrónico y me puse a leer. Cuando estaba así de ánimos, esa era la única forma que encontraba de evadirme, el sumergirme en alguna novela que, aun sabiendo que era ficción, me mostraba que había personas con problemas peores que los míos.

Casi sin darme cuenta, me quedé dormida, y noté como alguien me echaba una sabanita por encima, a pesar del calor que hacía, lo agradecí, porque me había quedado como destemplada.

Cuando sonó el despertador, no me podía ni mover, y no sabía que era lo que me ocurría, pero, aun así, hice acopio de todas mis fuerzas y me levanté. Como me había duchado la noche anterior, tan solo me tuve que vestir, recogí mi pelo en una coleta, y ni si quiera me pinté los labios, porque no me sentía con ganas de nada.

—¿Qué te ocurre, Evelyn? —me dijo mi tía, preocupada por mi estado.

—No lo sé, no me encuentro bien —dije, y a continuación, todo se me volvió negro.

Cuando desperté, estaba en un box de urgencias del hospital, con un gotero puesto y una mascarilla de oxígeno, sin saber que me pasaba y sin nadie conocido a mi alrededor.

—Disculpa, ¿qué me ha ocurrido? —le pregunté a una enfermera.

—Ahora mismo viene el doctor y te lo cuenta. No te levantes, por favor, que voy a avisarlo —me contestó, y dejé caer otra vez mi cabeza en la camilla en la que estaba.

No sé el tiempo que pasó hasta que entraron mi tía, Malena y un doctor, que me miraba sonriente. Malena parecía ilusionada, y mi tía… su mirada no pude descifrarla, era una mezcla de miedo y esperanza, que me terminó de desconcertar.

—¿Cómo te encuentras, Evelyn? —me dijo el doctor, cogiendo la carpeta en la que iba anotando varias cosas.

—Algo desorientada, pero bien. Es como si me hubieran abandonado las fuerzas, como si algo en mi interior se apoderara de ellas —le dije, y es que era así como me sentía.

—Bueno, no es exactamente así, pero algo de razón sí que tienes. Estás embarazada de seis semanas, y tu cuerpo ha manifestado el cambio que estás sufriendo a modo de bajada de tensión y de azúcar. Pero no te preocupes, eso ocurre en la mayoría de los embarazos —me dijo el doctor, y juro que pensé que me estaba gastando una broma.

—Me parece que he escuchado mal, creo haber oído que estoy embarazada, y eso no puede ser, porque yo siempre he puesto medios —les dije, sin saber a dónde dirigir mi mirada.

Capítulo 24



Aday

Vi como Evelyn abandonaba mi casa molesta, pero luego hablaría con ella. Ahora mismo, mi principal prioridad era aclarar todo con Sandra, y sentar las bases de nuestra "no relación" durante el embarazo. Pues, a pesar de que no seríamos pareja, pues eso estaba descartado, sí quería ser partícipe del periodo de gestación y de la vida de ese niño, que para algo era mi hijo.

—Bien, ya estamos a solas. Ahora, dime, ¿qué piensas hacer con respecto a este embarazo? —le pregunté, y ella me miró como si hubiera dicho una barbaridad.

—Por supuestísimo, que seguir adelante con él. Dicho esto, lo que suceda o no, dependerá de ti —me contestó, y supe que sería ella la que llevaría el peso de esta negociación.

—Si es mi hijo, que no tengo por qué ponerlo en duda, pues hay posibilidades de que lo sea, quiero ser su padre, y ejercer como tal —le contesté.

—Me parece perfecto, pero eso será cuando nazca. ¿Y ahora? ¿Qué piensas hacer? —me preguntó.

—No sé a qué te refieres, Sandra —le dije, para que me aclarara a qué se estaba refiriendo.

—Seré muy clara, si estás durante el embarazo, estarás en la vida del niño. Si no estás, seré yo la que te lo impida, y llegaremos a los tribunales…

—Por supuesto que tengo la intención de estar —la interrumpí.

—Entonces, trasladaré mis cosas mañana mismo…

—Espera, espera. ¿Pretendes venir a vivir aquí? He dicho que me haré cargo del bebé, no que vayamos a ser pareja de nuevo. No sé si te habrás dado cuenta, pero ya tengo pareja y no pienso romper con ella —le dije, muy enfadado.

—Aquí no tengo a nadie, por lo que, o me dejas vivir en esta casa y que no pase el embarazo sola, o me vuelvo a mi pueblo, con mi familia, que me cuidará durante toda la gestación —me dijo, contundente y fría, como era ella.

—Eso no puede ser, ni una cosa ni la otra. Si te vienes a vivir aquí, Evelyn se sentirá incómoda, pero si te vas a tu pueblo, no podré estar al lado del niño. Sandra, estamos a muchos kilómetros de distancia —le dije, porque ella era de un pueblecito de Santander.

—Pues pon en una balanza lo que te conviene más. Esas son mis condiciones, no quiero otras —me dijo.

—¿Y si te alquilo un piso en este mismo edificio? No estarías sola, porque yo estaría a solo unos pasos, y ambos mantendríamos nuestra independencia —le dije, a ver si esta opción la convencía, pero negó con la cabeza.

—Claro, y me pasa algo de madrugada y, ¿cómo te aviso? Lo siento, pero no. O vivo aquí, contigo, o me marcho, está decidido —me dijo, zanjando el asunto.

—Está bien, hablaré con Evelyn mañana. Tan solo te pido que no invadas mi intimidad. Te puedes quedar en la habitación de invitados. Cuando el niño nazca, te alquilaré un piso aquí, para poder estar cerca de él —le dije, derrotado.

—Cuando nazca el niño no te querrás separar de él, y las cosas habrán cambiado mucho —me dijo, con una media sonrisa, como si ella supiera algo que yo no.

Se marchó y quedó en que, esa misma tarde, volvería con sus cosas, que las tenía en casa de una amiga, y que estaban tal y como se las había llevado. Me exigió que contratara a una mujer para que le ayudara a colocar todo, y a limpiar la casa, pues ella, embarazada, no pensaba mover un dedo ni hacer ningún esfuerzo.

Me desperté temprano, y me marché a la oficina. El día anterior no había tenido la oportunidad de hablar con Evelyn, y necesitaba explicarle todo con detalle.

—Buenos días, Manuel. ¿Evelyn ha llegado ya? —pregunté, porque siempre era la primera en llegar, como ella misma decía, odiaba la impuntualidad.

—No, señor, y me extraña, la verdad. Ha debido retrasarse por algo —me dijo, pero sin un ápice de preocupación.

—Está bien, en cuanto venga, dígale que la espero en mi despacho, tenemos un tema urgente que tratar —le dije a Manuel.

No quería contárselo a nadie sin antes hablar con mi chica, por lo que, me monté en el ascensor que iba directo hasta mi planta, y del que pocas veces hacía uso, porque me encantaba subir con el resto de los empleados y enterarme de lo que iba sucediendo en la empresa.

Me encerré en mi despacho, y me sumergí en el trabajo. Ni siquiera me había dado cuenta del tiempo que llevaba allí, y de que Evelyn no había llegado todavía. Cuando miré el reloj, me percaté que tenía dos llamadas perdidas de mi madre y un mensaje. Lo había puesto en silencio la tarde anterior para poder hablar con Sandra tranquilamente, y me había olvidado de activar el sonido nuevamente.

Mamá: *Evelyn ha sufrido un desvanecimiento y está en el hospital. Supongo que estarás ocupado o reunido cuando no has contestado a mis llamadas. Ven lo más pronto posible.*

Fue leer eso y preocuparme en demasía, porque habían pasado un par de horas desde que me lo envió. Iba a llamar a mi madre, cuando me entró una llamada de Sandra, así que contesté primero, ya luego hablaría con mi madre para que me contara donde estaban y qué era lo que había sucedido.

—Dime, Sandra —contesté.

—Aday, ¿estás ocupado? No me encuentro bien, algo me sucede. Sería mejor que me llevaras al médico. En este estado no me veo para conducir —me dijo, y en su voz noté que no era mentira.

—Voy para allá. Ve bajando. Si ves que no puedes sola, avisa al portero y que te ayude. No tardo más de quince minutos, el tiempo de llegar —le dije, y corté la llamada.

El hospital que nos quedaba más cerca de casa era uno privado, y sería a ese al que la llevaría, no quería perder más tiempo, no fuera a ser que el bebé estuviera en dificultades.

Cuando llegué, la verdad es que tenía mala cara, y estaba sentada en una silla que le había sacado el portero. Iba con un chándal de algodón, sin maquillar y con el pelo recogido, si no fuera cierto, ella jamás saldría a la calle de esa guisa.

—Venga, móntate que nos vamos al hospital que está ahí enfrente —le dije y, al levantarla, tuvo que girar la cabeza para vomitar.

—No me encuentro bien, Aday —me dijo, tras limpiarse la boca con un pañuelo de papel.

—Ahora mismo nos van a decir que es lo que te ocurre, no te preocupes, que seguro que no es nada importante.

Entramos en la clínica, donde rápidamente la enviaron con un ginecólogo, que le hizo una ecografía vaginal. Estaba embarazada de ocho semanas, y coincidía el tiempo con el día en el que lo hicimos sin poner medios. Cuando vi la imagen de mi bebé en esa pantalla, que parecía una alubia, algo en mi corazón se encogió, os lo juro.

—No te preocupes, porque está todo perfecto, tanto el bebé como la madre se encuentran bien. Eso que has tenido hoy se llaman nauseas matutinas, y les ocurre a muchas embarazadas. Ahora te recetaré algo para paliar las molestias típicas del embarazo —nos dijo el doctor, y ambos respiramos con tranquilidad.

Capítulo 25



Evelyn

Me dieron el alta un rato después, y es que, entre una cosas y otra, nos llevamos todo el día en el hospital. Durante todo ese tiempo, y por mucho que su madre insistió, Aday no hizo acto de presencia, y eso me dolía.

—Seguro que se ha dejado el teléfono en casa, Evelyn. En cuanto se dé cuenta, verás como llama o viene corriendo —me decía ella, intentando justificarlo.

—No puede ser eso, porque el mensaje aparece como leído. Sencillamente, tiene mejores cosas que hacer que venir a enterarse de lo que ocurre —le dijo mi tía, que para eso era de lo más realista, la verdad.

El que sí vino fue Antón, en cuanto que llamó a Malena y se enteró de dónde estábamos. Lo vi en muy buena sintonía con mi tía, y eso me hizo muchísima gracia, pues era la primera vez que la veía responder así al coqueteo de un hombre.

—Me parece que aquí va a haber tomate —le dije a Malena en un susurro, cuando íbamos saliendo del hospital.

—Uy, hija, eso mismo he pensado yo. Antón la mira de una manera que no era como miraba a Virginia, sino como me miraba a mí cuando empezamos nuestra relación —me contestó.

—¿Te imaginas? El abuelo de mi hijo, exmarido de su abuela, exmarido de mi madre y pareja de mi tía. Vamos, ni un capítulo de Los Serrano tenía tanta chicha —le dije, y soltó una carcajada.

En esos momentos, era lo que necesitaba, reírme y evitar pensar en el motivo de porqué Aday no había dado señales de vida. Justo pensaba en ello, cuando sonó el teléfono de su madre y era él.

—Mamá, ¿qué ha ocurrido? No he podido ir porque Sandra me llamó que se encontraba mal y la tuve que llevar al hospital —le dijo, y entonces lo tuve claro, esa mujer siempre estaría en medio de nosotros dos.

—Ven ahora mismo para casa de Evelyn, tenéis que hablar largo y tendido —le contestó su madre.

—Imposible, mamá. Sandra sigue sin encontrarse bien, y no la quiero dejar sola, no le vaya a ocurrir algo —le dijo, y entonces le arrebaté el teléfono a Malena, si no quería venir, se iba a enterar de esa manera.

—Pues nada, te lo diré por aquí. Estoy embarazada, pero no te preocupes, que ya me he dado cuenta de que no soy una prioridad en tu vida…

—¿Cómo puede ser eso? Siempre hemos usado protección. ¿Estás segura de que es mío? —me dijo, y esa fue la gota que colmó el vaso.

—Mira, gilipollas, manda cojones que dudes de la paternidad de mi hijo y no de la de la mujer que te ha engañado y utilizado a su antojo. Pero no te preocupes, que, a partir de este momento, mi hijo es solo mío, y de nadie más. Ahora que, si piensas que me voy a ir del trabajo, lo tienes claro, lucharé por mi bebé lo que haga falta —le dije, y le devolví el teléfono a su madre.

Contra todo pronóstico, no eché ni una lágrima. Ahora tenía a una persona que me necesitaba, que dependía de mí y el motivo por el que levantarme todos los días. De él, de su padre, no quería nada más que lo que me correspondía por mi trabajo, todo lo demás que se lo guardara para la otra, que le iba a hacer falta.

—Definitivamente, mi hijo es imbécil —me dijo Antón, que se llevó las manos a la cabeza cuando lo escuchó decir eso.

—Pues, conmigo, lo tiene claro. Ese niño no conocerá a su padre porque, en el mismo momento en el que nazca, me iré al pueblo. Con el dinero que tengo ahorrado, más el sueldo de todos estos meses, podremos vivir hasta que tenga edad de ir al colegio y yo de buscar trabajo —sentencié, y me miraron con tristeza.

—No te precipites, Evelyn, que recapacitará —me dijo su madre, pero negué con la cabeza.

—Que haya dudado de mí de esa manera es lo último que me podía esperar de tu hijo. Ahora sí que la ha cagado conmigo. Ya tiene un hijo, ¿no? O, al menos, lo va a tener, pues que vuelque en él todo su cariño, que al mío no le va a faltar, te lo aseguro —le dije, y me monté en un taxi junto a mi tía. Los demás cogieron otro, pues iban en la dirección contraria.

Esa noche me costó conciliar el sueño, del cabreo y la rabia contenida, pero no me iba a quedar en casa, que sería lo que estaba buscando. Me levanté y me vestí. Esa mañana me veía más guapa que nunca, y no sabía el motivo, porque había dormido como tres horas.

Me preparé una leche con cacao, ya que el café lo tenía un tanto restringido, pero me daba igual, y un par de tostadas con mermelada de frambuesa. Me tomé la medicación que me había recetado el médico y cogí mi bolso junto a las llaves del coche, porque me encontraba perfectamente.

—Estás preciosa, Evelyn. Irradias luz —me dijo mi tía, dándome un beso en la mejilla.

—Gracias, tía. Es como si algo dentro de mí se hubiera revelado, yo también me veo más guapa que nunca. Y también me siento bien por dentro, que es lo más importante, por eso, me llevo el coche —le dije, y ella asintió con la cabeza.

Llegué al edificio de las oficinas, y aparqué en el garaje, en la plaza que tenía habilitada para ello. En vez de coger el ascensor general, me subí en el que iba directamente a la planta donde se encontraba su despacho y mi escritorio, sin pasar por el resto de las plantas.

Me sentí nerviosa, pero no por verlo, sino por lo que podría decirme y que me sacara de mis casillas. Dejé el bolso en un cajón de mi mesa y encendí, tanto la Tablet como el ordenador, y me puse a revisar la agenda del día. Teníamos una reunión en veinte minutos, por lo que no tardaría en llegar, y luego, la presentación de uno de los nuevos medicamentos que salían al mercado.

Estuve echando un ojo al motivo de la reunión, y era la idea de sacar una línea de cosmética de alta gama, sería para definir las condiciones y productos que saldrían primero.

—Evelyn, ven a mi despacho, por favor —me dijo, al pasar por mi escritorio.

—Dime —le dije, en tono muy profesional.

—En primer lugar, quería pedirte disculpas por mi insinuación de ayer…

—¿Es de tema laboral? Porque si es personal, no tengo nada más que hablar contigo, ya está todo dicho —le dije, y él resopló.

—Sí, es personal, pero ese bebé es tanto mío como tuyo…

—No, te equivocas, este bebé es solo mío. Si no estás conforme, ya sabes, acude a los tribunales, aunque a lo mejor no te conviene, porque despojarías a tu verdadero hijo de la mitad de sus bienes.

—Los dos son mis hijos y tienen el mismo derecho —me soltó, y os juro que lo hubiera cogido por el cuello en ese momento.

Capítulo 26



Aday

Me levanté, cabreado porque no me dejaba explicarme, y con la clara intención de que lo hiciera, quisiera o no, por lo que cerré la llave del despacho.

—Me vas a oír, quieras o no, porque no te voy a dejar salir de este despacho hasta que lo hayas hecho —le dije, con un tono que evidenciaba mi enfado.

—Puedes hacer lo que te dé la gana, pero, por mucho que insistas, no vas a hacerme cambiar de opinión —me contestó, con mucha chulería.

—Voy a ir directo al grano. Sandra no tiene a nadie en esta ciudad, y si quiero seguir el embarazo de mi hijo, la he tenido que alojar en mi casa. Está en el dormitorio de invitados, y ya le ha quedado claro que, entre nosotros, no volverá a existir nada que no sea compartir la paternidad —le dije, y me miró con una mezcla de rabia y desilusión.

—¿Eso era lo que querías hablar? Pues me parece perfecto, así la tienes a mano para cuando te entren ganas —me escupió.

—Eres muy injusta, Evelyn. Te estoy diciendo que ella…

—Me estás diciendo que ella vive en tu casa, que está embarazada de un hijo que, por mucho que me digas, no sabes si es tuyo o no, y a mí, que era tu pareja, que me dijiste que lo querías todo conmigo, me preguntas si estoy

segura de si eres el padre y te ha dado exactamente igual como estábamos mi bebé y yo. Creo que ya está todo dicho. Ahora, si me disculpas, tengo trabajo que hacer, así que me haces el favor de abrir la puerta —me contestó, acercándose a la puerta, con los brazos cruzados.

No quise insistir más, porque estaba cerrada en banda y por mucho que le dijera, no iba a conseguir nada de nada. Giré la llave y la dejé salir, viendo como llegaba hasta su escritorio y encendía el ordenador. Justo en ese momento, aparecían Kiko y Javi por el pasillo, y entré, no quería que me dijeran nada delante de Evelyn.

Tardaron como diez minutos en entrar, sin llamar, como era su costumbre. Me miraron con mala cara, y supe que habían estado hablando con Evelyn, o, al menos, ya les había llegado la noticia.

—¿Se puede ser más gilipollas que tú? —me preguntó Kiko, que era el peor hablado.

—¿Ya te han ido con el cuento? Es mi vida, y tanto uno como otro, son mis hijos…

—¿Tus hijos? Venga hombre, a la cárcel vas a venir a robar —me interrumpió.

—Ya estoy hasta los cojones de que te metas en mi vida y de que siempre estés en contra de Sandra, que no es tan mala como la pintas —dije, defendiendo a mi ex.

—Kiko, será mejor que nos vayamos. Está claro que no quiere entrar en razón —le dijo Javier, cogiéndolo por el brazo.

—Desde luego, que no hay mayor ciego que el que no quiere ver. Tan solo espero que, el día que se dé cuenta de la verdad, no sea demasiado tarde —le contestó, mirándome a la cara.

Los vi darse media vuelta y salir de mi despacho. Sabía, porque los conocía bien, que eso no iba a quedar aquí, que harían todo lo posible por demostrarme que estaba equivocado.

Me sumergí entre los papeles que tenía pendientes, y le pedí a Evelyn que anulara todas mis citas de esa tarde, que sería la que iría a la primera revisión del embarazo con Sandra.

Salí de allí y, a pesar de que dije adiós, ella ni me miró. No entendía su postura, y es que tenía que entender que sería padre de dos hijos con muy poca diferencia de tiempo, cuestión de semanas, y que quería tratar a los dos equitativamente.

Había quedado con Sandra en que la recogería en casa, media hora antes de la cita con el médico, para que nos diera tiempo a buscar aparcamiento y no ir con prisas.

—Buenas tardes, cariño —me dijo, dejándome un beso en la mejilla.

—Buenas tardes, Sandra. Te agradecería que no te dirigieras a mí con ese tipo de apelativos, por favor. Tan solo somos compañeros de piso y padres de un bebé, nada más —le dije, en el mejor tono que fui capaz de expresarme.

—Es mucho tiempo el que hemos pasado juntos, y hay costumbres que cuestan un poquito de trabajo dejar de lado —me dijo, con toda la cara del mundo.

—Nunca, durante todo el tiempo que fuimos pareja, me llamaste con ningún tipo de apelativo, ni siquiera al principio —le dije, sin alzar la voz, pero de una manera contundente.

—Pues nada, nunca es tarde para empezar a cambiar determinados hábitos —contestó, como si ella llevara la voz cantante en el asunto.

No quería discutir y que me dejara fuera de la consulta, así que hice caso omiso a sus palabras y seguí conduciendo hasta la clínica en la que la habían visto el día que se encontraba tan mal.

—Buenas tardes, teníamos cita con el doctor Medina —le dije a la chica de la recepción.

—¿Me dicen el nombre de la paciente, por favor? —nos contestó la chica, y no me dio tiempo a contestar.

—Sandra Monforte, señora de Vila —contestó, y la miré completamente sorprendido.

—Ahora mismo le llaman de la consulta, pasen por aquí —nos dijo, algo avergonzada al ver mi reacción.

No me pude callar, y en cuanto nos quedamos a solas en la sala de espera, le reproché lo que había dicho.

—¿Se puede saber por qué has dicho eso? Me parece que no te ha quedado claro que, ni eres ni vas a ser nunca, mi esposa —le dije, bastante enfadado, pero no le dio tiempo a responder, porque enseguida nos llamó el doctor.

Me sorprendió la familiaridad con la que se trataban, como si fueran buenos amigos, como si se conocieran de antes, y eso no me gustó. El médico era un hombre de unos cuarenta años, bastante apuesto, que le gastaba bromas fuera de lugar, que ella reía sin ningún disimulo.

Me mostró la imagen en la pantalla, y me pareció que estaba demasiado formado para el tiempo de gestación que decían que estaba. Escuchamos el corazón y nos preguntó si queríamos saber el sexo.

—A mí me da igual, pero si mi chico quiere, por mí no hay problema —le dijo, y noté como el doctor apretaba los dientes.

—Venga, vamos a ver si es un machote o una princesa —le dije, con toda la maldad del mundo.

—Parece que es una niña, aunque no lo podría asegurar al cien por cien, porque todavía está de muy poco tiempo —dijo, y supe que se había dado cuenta de que había metido la pata.

—¿Podrías imprimirme la foto de la ecografía? Me muero por tenerla enmarcada en mi escritorio —pregunté, haciéndome el tonto, y no notaron nada de mis sospechas.

—Por supuesto. El orgulloso papá quiere presumir de niña. Como salga tan guapa como la madre, vas a tener que ir espantando moscones —me respondió, mientras que me tendía una copia de la imagen de la ecografía.

Capítulo 27



Aday

No me podía creer que mis amigos tuvieran razón y, por mi cabezonería hubiera perdido a la mujer que amaba, pero tenía que comprobarlo y tener pruebas para poder eliminarla de mi vida definitivamente.

Con la foto de la ecografía en la mano, me dirigí a otro hospital, en el que tenía un amigo cirujano y al que le había confiado mis sospechas. Él sería el que me iba a ayudar a desvelarlo todo.

—Buenas tardes, Aday. El doctor Jiménez te está esperando —me dijo Jon, mi amigo desde hacía muchos años.

—Gracias, Jon, no sabes cuanto te agradezco que hagas esto por mí.

—No tienes que darlas, por favor. Hoy por ti, mañana por mí —me contestó.

—Si sale como pienso, te deberé una durante toda la vida.

Pasamos a la consulta del médico, que no dudó en hacerme un informe completo sobre la imagen de la ecografía que le había llevado. Era una niña, tal y como dijo el doctor Medina, pero no estaba embarazada del tiempo que decían, sino de mucho más.

—Me da la impresión de que todo tiene una intención clara, y es hacerlo pasar por una niña prematura. Siendo él la persona que va a llevar el

embarazo, no tendrá ningún problema en falsificar las fechas —me dijo, y supe que debía seguir indagando un poquito más.

—Muchísimas gracias, ya tengo todo lo que necesitaba —le dije, ofreciéndole mi mano para que la estrechara.

Salí de allí con una mezcla de tranquilidad y tristeza. Evelyn tenía razón, había dudado de ella, que llevaba en su vientre a mi verdadero hijo, y no había puesto en duda el embarazo de Sandra.

Me estaba montando en mi coche cuando mi teléfono sonó, era Kiko. Sabía que no se iba a dar por vencido, y que seguiría insistiendo, así que no dudé en contestar, cuanto antes lo enfrentara, mucho mejor.

—Imbécil, si quieres saber la verdad, ve ahora mismo al centro comercial. En la parte de los bebés está Sandra. Date prisa —me dijo, y colgó sin darme opción a réplica.

Justo estaba a dos minutos en coche de donde me indicaba mi amigo, así que arranqué sin pensarlo dos veces, y puse rumbo al centro comercial. Aparqué en el primer sótano, en un hueco que vi libre, porque no quería perder más tiempo.

La localicé de inmediato, pero no me quise acercar. Saqué mi móvil del bolsillo y empecé a grabarla junto al doctor Medina. Parecían una pareja mirando artículos para su bebé, e incluso compraron unos cuantos. Iban abrazados y se dieron varios besos. Lo vi claro, lo que no entendía era el porqué de la manera en la que estaba actuando conmigo.

Preferí no enfrentarla ahí, no quería dar un numerito, así que, con todas las pruebas, me volví a casa, y la esperé sentado en el sofá del salón, con una copa de vino frío, para amenizar la espera.

—Vaya, no esperaba encontrarte en casa tan pronto —me dijo, y solté una carcajada.

—Ni yo esperaba encontrarte abrazada al padre de tu hijo —le contesté, sin dejar de sonreír.

—¿De qué mierda estás hablando, Aday? El padre de mi hija eres tú —y soltó lo que yo quería que soltara.

—Claro, sabes que es una niña porque no estás del tiempo que dices estar embarazada. Pero ¿sabes qué? Se te acabó la farsa. Recoge todas tus cosas y lárgate de mi casa y de mi vida, definitivamente —le dije, muy serio, y dejándole todos los datos que había recopilado encima de la mesa del salón, marchándome a la cocina.

—No me puedes echar. A todos los efectos, esta es tu hija.

—¿Se puede ser más cínica que tú? Será mejor que no entres en ese tema, porque no te conviene nada. Ahora, antes de irte, explícame una cosa, por favor. ¿Por qué, siendo él su padre, me lo has intentado encasquetar a mí? —le dije, dolido, la verdad, porque no me esperaba que actuara de esa forma.

—Porque está casado. Iba a permanecer contigo hasta que abandonase a su mujer, que lo hará en breve. Cuando me enteré que estaba embarazada, hablé con Virginia, que me aconsejó que te provocara de tal manera que no te acordaras de usar protección, y que cuando lo hicieras, te dijera que el niño era tuyo. Lo que no me esperaba es que la idiota esa también estuviera embarazada —me dijo, con rabia.

—Sois las dos de la misma calaña, menos mal que mi padre abrió los ojos a tiempo, como me ha pasado a mí. Y no por el dinero, sino porque iba a terminar encariñándome con esa niña, para después tener que dejarla ir. Sal de mi casa, tienes diez minutos para recoger todas tus cosas.

Salí a la terraza a fumarme un cigarrillo. Normalmente era fumador social, es decir, que solo fumaba en las reuniones de amigos o en algún que otro evento, pero esa noche necesitaba fumarme uno para calmar mis nervios.

Salió dando un portazo, pero antes la escuché hablar por teléfono. Por el tono, supe que era con el padre de la niña con quién lo hacía, porque le amenazó con decírselo a su mujer si no se ocupaba de ellas.

Ahora tenía que planear como volver a ganarme la confianza de Evelyn. Sabía que me iba a costar todo el trabajo del mundo conseguirlo, pero no iba a cejar en mi empeño.

Llamé a Kiko para hablar con él, necesitaba contarle a alguien lo que había ocurrido, y que me ayudara a planear todo.

—Espero que mi llamada haya servido para algo —me dijo, nada más descolgar.

—Gracias, ha sido de gran ayuda, aunque ya tenía la mosca detrás de la oreja, y había hecho algunas pesquisas —le contesté.

—¿Te la has quitado de en medio? —me preguntó Javier.

—Este, que me ha hecho poner el altavoz del móvil. Pero yo también estoy deseando saber la respuesta a esa pregunta, también —me dijo, y solté una carcajada.

—Pues sí, la acabo de echar de mi casa hace unos minutos. No es mi hijo, pero ya os lo contaré mañana. Ahora, necesito que me ayudéis a reconquistar a Evelyn —le dije.

Nos llevamos más de una hora hablando, pero, al final, les dije que vinieran a mi casa a cenar para terminar de concretar todas las ideas que me habían dado. En realidad, lo podríamos seguir hablando por teléfono, pero ese día no me apetecía cenar solo, quería la algarabía de mis amigos, sus ideas locas, sobre todo las de Kiko, y las risas que me provocaban.

Metí una lasaña que había preparado por la mañana en el horno, para que estuviera lista en el momento que llegaran Kiko y Javier. Ellos habían dicho que se encargaban de traer el postre, y estaba seguro de que se decantarían por el helado de tarta selva negra con cerezas, que tanto nos gustaba.

En los años de facultad, mientras estudiábamos, poníamos una tarrina de un litro encima del escritorio. Empezamos comiéndonos una entre los tres, y terminamos comiéndonos una cada uno.

Capítulo 28



Evelyn

Estaba en la ducha cuando llamaron al timbre de mi casa, por suerte para mí, no tuve que salir chorreando, pues mi tía estaba allí y pudo atender la puerta. Al salir, me encontré con un enorme ramo de rosas amarillas, que significaban que, la persona que las enviaba estaba pidiendo perdón por algo, y supe que había sido él.

—Mira el pedazo de ramo de flores que te han enviado — dijo mi tía, oliendo cada una de ellas.

—Me da igual lo grande que sea, ya sé quien las envía, y quiero que lo quites de mi vista —le dije a mi tía.

—No seas inmadura, Evelyn. Déjalo que hable y que te dé una explicación — contestó ella, molestándome muchísimo con ese comentario.

—¿Inmadura? No me hagas reír, tía, por favor. Si hay alguien que ha sido madura, desde bien pequeña, la tienes delante. Me enseñaste algo que no olvidaré nunca, que no me dejara pisotear por nadie, y ese "nadie" incluye a Aday.

—Pero ahora es distinto, no eres solo tú, es también este bebé que está creciendo en tu vientre — contestó, algo enfadada.

—Y por él lo estoy haciendo. Nadie merece un padre que cuestiona su paternidad, que prefiere vivir con otra persona, solo porque el otro hijo llegó

primero. Si aceptara sentarme con él, estaría traicionándome a mí misma. Y si lo estás diciendo porque tendrás otra boca que mantener u otro bebé que cuidar, no tienes que preocuparte —le dije, dolida.

—¿Estás loca? Para mí, criarte no ha supuesto ningún sacrificio, como tampoco lo será cuidar de este niño cuando nazca. Yo solo quiero verte feliz, Evelyn, nada más — dijo mi tía, intentando convencerme.

—Y lo voy a ser, junto a mi hijo. No quería comentarte nada todavía porque no es seguro que acepte, pero tengo una oferta muy buena de una empresa en Barcelona, y me lo estoy pensando.

—¿Barcelona? ¿Qué coño vas a hacer allí, tan lejos de todos los que te queremos? No puedes aceptar, Evelyn, sería muy injusto por tu parte apartar al niño de su familia —me reprochó.

—Como bien has dicho antes, lo único que quiero es ser feliz con mi hijo, y cerca de Aday, no lo voy a conseguir, te lo aseguro —contesté, intentando que me entendiera.

—En esta vida, todo tiene solución menos la muerte, Evelyn. Piensa antes de actuar, no seas tan impulsiva, por favor te lo pido.

—No lo tengo decidido al cien por cien, pero es casi seguro que acepte, todo depende de las condiciones económicas que me ofrezcan esta tarde en la videollamada que hemos concertado. Ahora, si me disculpas, me tengo que marchar a trabajar —le dije, y cogí el bolso para salir de allí.

Justo cuando estaba saliendo, sonó mi móvil, y tuve que contestar, pues era una llamada de la comisaría de policía. Seguro que era con relación al casi atropello de hacía unas semanas.

—Buenos días, me gustaría hablar con la señorita Evelyn Camacho —me dijo la voz del interlocutor.

—Buenos días, soy yo. ¿En qué puedo ayudarla? —contesté.

—Le llamamos por la denuncia de intento de atropello, y nos gustaría que viniera a la comisaría en una hora. ¿Podría ser o le vendría mal? —me

preguntó.

—Me viene bien, no se preocupe. En una hora estaré allí —respondí, antes de cortar la llamada.

Mi tía me miraba, extrañada, esperando que yo le diera una explicación. Cuando le conté de quién había sido la llamada, no dudó en coger su bolso y acompañarme. Suponía que a Aday también lo habrían llamado, así que no avisé en la empresa de que llegaría más tarde. Si no estaba conforme con lo que había, que me despidiera, así tendría el dinero del finiquito para empezar de cero en otro lugar, solos mi hijo y yo.

Efectivamente, nada más entrar por la puerta de la comisaría, allí estaba él, acompañado de Javier y de Kiko, sus dos inseparables. Verlos a su lado me recordó que tenía que quedar con Carla y Dani, pues hacía mucho tiempo que no lo hacíamos. A Dani lo veía a diario, en la empresa, pero a Carla hacía muchísimos días que no la veía, y quería contarles lo del embarazo, porque nadie en la empresa lo sabía, todavía.

—Hola, mi reina, ¿cómo estás? —me preguntó Kiko, que era el que mayor trato tenía conmigo.

—Hola, corazón. Pues, bien, tirando, que ya es mucho. ¿Sabes si tendremos que esperar mucho para que nos digan algo? Es que no quisiera terminar hoy muy tarde, ya que tengo una cita ineludible —le dije, y noté como la cara de Aday mudaba de color y apretaba los dientes.

—¿Has recibido las flores? —me dijo Aday, acercándose a nosotros y después de saludar a mi tía Begoña.

—Te podrías haber ahorrado el dinero, porque por muy amarillas que sean, no te pienso perdonar —le dije, tal y como me salió.

—Evelyn, por favor, déjame que te explique. Ya he echado a Sandra de mi casa. Permíteme que te demuestre mis sentimientos —me estaba diciendo, cuando nos avisaron de que ya podíamos pasar.

Entramos al despacho del agente que llevaba el caso, que nos explicó que el intento de atropello no fue intencionado, y que el conductor no podía parar,

por mucho que quiso. Nos presentó un informe técnico del vehículo, en el que se había podido comprobar que el pie del acelerador se quedó pillado, y que, de ahí, la velocidad que llevaba.

Por lo visto, el coche fue localizado a pocos kilómetros de donde sucedieron los hechos, y se le realizó al conductor todas las pruebas necesarias para comprobar que no había sido un fallo humano provocado por el alcohol o las drogas, y que se trataba de una avería mecánica.

Todas las comprobaciones humanas que se hicieron dieron negativas, por eso, enviaron al coche al taller, donde se pudo determinar que había sido un fallo mecánico.

—¿Podemos tomar un café antes de entrar en la oficina? —me preguntó Aday.

—Chico, de verdad, no insistas más, que no pienso ir contigo nada más que por temas laborales, y eso espero que también cambie pronto —le dije, esperando que me dejara en paz.

—¿A qué te refieres con eso? —preguntó descolocado, pero no me dio tiempo a hablar, mi tía lo hizo por mí.

—Pues que la muchacha dice que va a aceptar una oferta de trabajo en Barcelona, allí donde Cristo perdió el mechero, como si le hiciera falta irse tan lejos. No la entiendo, te lo juro que no. Toda su vida queriendo venir aquí a estudiar y trabajar, y ahora me dice que no va a ser feliz…

Mi tía y Aday salieron juntos de la comisaría, como si la intrusa fuera yo, hablando de sus cosas y de mí, y tramando algo, estaba segura. Me planté en la puerta, viéndolos marchar, hasta que Kiko se acercó a mi lado.

—Creo que deberías darle una oportunidad, Evelyn —me dijo, y lo miré como si me hubiera dicho que había un burro volando, pues no pensaba dar mi brazo a torcer, y quién me conocía de verdad, sabía lo tozuda que podía llegar a ser.

Capítulo 29



Aday

Ese día, su tía me fue contando todos los planes que tenía su sobrina, y yo moví los hilos para que ninguno se hiciera realidad. Sé que podéis pensar que era un hijo de la gran puta, y tendríais razón, pero es que no podía permitir que, ni ella, ni mi hijo, se fueran lejos de mi lado, o me moriría de pena.

Entre nosotros tan solo había una relación laboral, pero yo seguía insistiendo. Por mucho que ella me dijera que no me iba a perdonar, lo cierto es que, cada vez, me ponía menos resistencia, sobre todo cuando los detalles eran para el bebé.

Todavía no se había dejado ver si era niño o niña, y realmente, con que viniera sano, me daba igual. Tenía ya seis meses de gestación, casi siete, y todo lo que había comprado era en tonos neutros, que le servirían tanto para niño como para niña.

No me había permitido acudir a ninguna de las citas con la ginecóloga, pero tenía en mi poder todas y cada una de las ecografías, pues, o bien mi madre, o bien su tía, me las hacían llegar en el mismo momento.

Ese día estaba especialmente nervioso, pues tenía el presentimiento de que esa revisión sería trascendental. No me lo pensé dos veces, cogí mi chaqueta y me fui de la empresa, no sin antes avisar a Javier y a Kiko de que me marchaba para el hospital.

—¿Ocurre algo, Aday? Te noto muy nervioso —me preguntó Javier, que era el más observador de todos.

—Espero que no, pero es que algo en mi interior me dice que tengo que ir. Es como un presentimiento que no puedo ignorar —les dije, y ambos se miraron, cogieron sus chaquetas y se vinieron conmigo.

Al llegar al hospital, en la sala de espera de la consulta, estaban Evelyn, Begoña y mi madre, esperando el turno. Mi padre, según me contó mi madre luego, estaba aparcando.

—¿Hay reunión de empresa hoy en la consulta y no me he enterado? —preguntó Evelyn, con toda la ironía del mundo.

—A lo mejor es que hay comida en familia —le contestó mi amigo Kiko.

—Pues entonces, yo sobro. Porque este que está aquí —dijo, señalándome —no es de mi familia y no lo será nunca.

—Vaya, parece que el embarazo le ha dado por ti —dijo mi padre, que acaba de llegar, y le dio un beso en la mejilla a mi madre y en los labios a Begoña.

—¿Me he perdido algo? —pregunté, al ver ese gesto, y a Bego completamente sonrojada.

—Uy, chico, desde ver crecer a tu hijo hasta que estos dos llevan semanas saliendo juntos. Me parece que la comunicación entre ustedes está un poquito anquilosada —siguió con su ironía.

Lo cierto era que, cuando se ponía en ese plan, me hacía muchísima gracia. Su vena irónica era única, y el embarazo la había acentuado.

—¿Es eso cierto? —les pregunté, con una sonrisa en los labios.

—Sí que lo es, y yo estoy muy feliz por los dos. ¿Sabes el motivo? Porque considero que no podía haber nadie mejor para mi exmarido que mi mejor amiga. Son tal para cual, en todo, y eso hace que me incluyan en sus planes,

con lo cual, no perderé a ninguno de los dos —me dijo mi madre, abrazando a cada uno con un brazo.

—Yo también estoy feliz, porque esta mujer no me apartará de mi padre, más bien, todo lo contrario, ya que me quiere como si tuviera su sangre —contesté, y vi como Evelyn volteaba los ojos.

En ese momento, la enfermera salió para avisar a Evelyn de que era su turno, y todos nos levantamos a la vez, como si fuera una manifestación a favor de la sanidad pública. Porque esa era otra, no había consentido que le llevara el embarazo ningún ginecólogo privado, por mucho que todos insistimos.

—Solo puede pasar una persona con ella —dijo la enfermera, sonriendo.

—Pues que lo haga el padre de la criatura, a ver si con él se muestra menos vergonzoso —dijo su tía, mirándome con una sonrisa pícara.

A regañadientes accedió, y sabía que lo había hecho por no montar un espectáculo allí mismo, que estaba repleto de personas esperando, y tampoco sería justo para ellas.

Entramos y nos saludó una doctora muy amable. Era joven, podía tener unos treinta y pocos años, y me miró de una manera, digamos que un poquito descarada, ante la sonrisa de Evelyn.

—Buenas tardes, doctora. Soy Aday Vila, el padre del bebé —le dije, ofreciéndole mi mano para que la estrechara.

—Chica, no me habías dicho que el padre era tan guapo. Así, con esos genes, el bebé va a salir de esos de anuncio —le dijo a Evelyn, una vez que me presenté.

—O no, que hay quien dice que, de padres feos nacen niños guapos. Aunque ya te digo que, aunque fuera más feo que Picio, para mí será siempre el más bonito del mundo —le contestó ella, haciendo que la doctora soltara una carcajada.

Le indicó a la enfermera que la fuera preparando en la camilla, porque tocaba hacerle la ecografía. El resto de las pruebas habían salido perfectas, y ahora era el momento de ver al feto y escuchar el latido de su corazón.

—Pero bueno, esto sí que es tener poca vergüenza. Se ha asomado al escuchar hablar a su padre. Vamos a comprobarlo de nuevo. Aday, dirígete al feto, por favor —me dijo, y algo en mí se hinchó por dentro.

—Hola, mi amor. Que sepas que tu padre estará a tu lado siempre, para darte todo el amor del mundo, junto a tu madre, si es que ella me lo permite un día. Ha intentado que ceje en mi empeño, pero si ella es una cabezona, yo lo soy más y hasta que no lo consiga, no voy a parar —le dije al abultado vientre de Evelyn, y la vi como salían lágrimas de sus ojos.

—Es increíble, os lo prometo. Mirad la pantalla —nos dijo la doctora y, efectivamente, había acercado su cabecita más, como si quisiera escuchar bien lo que yo decía.

En ese momento, le dio una patada a su madre, con todas sus ganas, porque lo vimos como encogía la rodilla para coger impulso. La doctora se quedó fija mirando la imagen, y cambió el rostro, asustándonos a ambos.

—¿Hay algún problema, doctora? —le pregunté, mientras tomaba la mano de Evelyn y la apretaba con fuerza. Era la primera vez que me dejaba hacer un gesto como ese.

—Doctora, por favor, no ponga esa cara y díganos que es lo que pasa —le insistió Evelyn, también muy preocupada.

—En teoría no debe ser nada importante, pero debemos controlarlo. El líquido amniótico ha bajado en densidad, y eso puede producir un parto prematuro, ya sea natural o inducido, porque el bebé puede empezar a perder peso y oxígeno —nos dijo, y ambos nos miramos, bastante asustados.

—¿Qué nos recomienda? —pregunté, porque, aunque me fuera la vida en ello, se iba a cumplir a rajatabla.

—De momento, reposo. Nada de caminar ni de hacer ningún tipo de esfuerzo. ¿Cuándo cumples las veintiocho semanas? —le preguntó, pero le

contesté yo.

—El viernes de la semana que viene —le respondí, y Evelyn me miró extrañada.

—Pues nos vemos ese día. Hasta entonces, se terminó el trabajo y todo lo que tenga que ver con cualquier tipo de esfuerzo —nos dijo.

Capítulo 30



Evelyn

Esa semana y media había sido un completo infierno. ¿Sabéis lo que es que no te dejen sola ni para ir al baño? Pues así me tenían a mí, y tenía un agobio de cojones.

Aday se las ingenió para hacerse con una silla de ruedas de esas pequeñitas que están diseñadas para la casa, y me movía con ella por todos lados. Me levantaba de la cama, me sentaba ahí, y me llevaba a la ducha, donde también me había comprado otra silla para que no tuviera que ducharme de pie.

—Como sigáis así, cuando nazca el niño, se me habrá olvidado como se anda —le dije esa mañana a mi tía, que hacía lo mismo que él.

—Pues nada, así aprenderéis los dos juntos —me contestó, y resoplé.

—Nadie sabe las ganas que tengo de que sea ya el viernes —le dije, y ya no quedaba casi nada, pues estábamos a miércoles.

Durante el fin de semana, y para que mi tía pudiera salir a cenar y dormir en casa de Antón, Aday se trasladó a nuestra casa. Cuando lo vi llegar el sábado por la mañana con esa sonrisa de suficiencia y esa mochila al hombro, no sé las que me entraron por el cuerpo, os lo prometo.

Las palabras que le dijo al bebé, del que por cierto seguíamos sin conocer el sexo, me llegaron al alma. Pero no podía dejar que, por cuatro palabras bonitas, me convenciera de que era lo adecuado, no después del daño que me

había hecho al dudar de su paternidad, sin contar con que le dio preferencia a Sandra, de la que todavía no conocía el motivo de su marcha.

Nunca estaba sola, y hasta en alguna ocasión, había pillado a quién estuviera conmigo en ese momento, recostado en mi cama o sentado en un sillón dentro de mi habitación.

—Todavía no tengo ni elegido el cuarto del bebé —dije, más para mí que para nadie, a modo de reflexión.

—Eso ya está solucionado. Por cierto, ya no vivo en el ático, he comprado un chalecito junto al de mi padre, y otro para mi madre. Al final, viviremos todos en la misma zona, porque tu tía Begoña se marcha a vivir con mi padre en el mismo momento en el que nazca el bebé, para estar más cerca de él —me dijo Aday, y yo no entendía nada.

—No entiendo, si quiere estar cerca del niño, lo lógico es que se quede aquí, no que se vaya a vivir a la gran puñeta —contesté, desconcertada.

—Para nada, porque este piso habrá que dejarlo pronto. El dueño ha decidido venderlo para irse a una residencia de ancianos, y como el ático no me parece un lugar adecuado para que un niño crezca…

—¿Qué me estás contando, chaval? Me parece que tú, esta mañana al levantarte, has debido tropezar y darte un golpecito en la frente —le dije, y lejos de darme una explicación, soltó una carcajada.

Toda esta conversación la estábamos teniendo de camino al hospital. Cruzaba todos los dedos para que la doctora, al verme, me dijera que todo iba bien y que podía volver a mi vida normal, porque aguantar a todos estos en ese plan, iba a acabar con mi cordura.

—Evelyn, podéis pasar —me dijo la enfermera en cuanto que llegamos a la consulta.

—Vaya, es la primera vez que vengo y que no hay nadie esperando —contesté.

—La doctora ha despejado su agenda después de ti, adelantando acontecimientos —me dijo, y no pude remediar el mirar a Aday, que mostraba un gesto preocupado, al igual que el mío —. No te asustes, que es tan solo por precaución. Lo solemos hacer bastante a menudo.

Entramos en la consulta, yo sentada en la silla de ruedas, porque Aday no había consentido que me levantara.

Me subí en la camilla, para que la doctora me hiciera la ecografía. Estaba nerviosa y no lo podía remediar. Casi sin darme cuenta, en cuanto me echó el gel en el vientre, cogí la mano de Aday y la apreté con fuerza, recibiendo lo mismo por su parte.

—Vamos a ver como sigue todo. Si has seguido mis instrucciones al pie de la letra, el feto habrá crecido lo suficiente como para poder sacarlo sin problemas —nos dijo, y lo miré, asustada.

—Pero… si tan solo estoy de veintiocho semanas…

—No te preocupes, no será el primer ni el último niño que nazca prematuro. Lo único es que tendrá que pasar un tiempecito en la incubadora, para que se desarrollen del todo sus órganos —me dijo, con una sonrisa que pretendía infundir confianza.

En ese momento, y sin esperarlo, Aday se inclinó hacia mí, dejándome un breve beso en los labios, para hacerme saber que estaba ahí, y se lo agradecí, no sabéis cuánto.

La doctora empezó a pasar el ecógrafo por mi vientre, marcando medidas que veíamos en el monitor, hasta que nos miró, sonriente.

—Manda cojones la cosa —nos dijo, sonriendo.

—¿Qué ocurre ahora? —pregunté, con miedo.

—Pues, cuando está a punto de salir, va y nos muestra los genitales. Ahí, con toda su poca vergüenza. Por cierto, vais a ser padres de una niña. ¿Tenéis pensado ya el nombre? —nos preguntó, y ambos negamos con la cabeza.

—La verdad es que no, porque como no sabíamos el sexo todavía…

—Pues os dejo unos minutos para que lleguéis a un consenso. El tiempo de preparar todo, porque nos vamos a quirófano para realizar la cesárea. La niña irá directamente a prematuros, y podréis verla a través de una cristalera. En un par de semanas, ya podréis cogerla en brazos. El método de piel con piel ayuda mucho —nos dijo, y salió de la consulta, dejándonos a solas.

—¿Qué nombre te gusta más? —me preguntó Aday, y supe que debía ser un poco más flexible con él, porque me estaba demostrando de la casta que estaba hecho.

—Me da igual, lo único que no quiero es que haya otro en la familia. Eso de poner nombres por familiares o amigos, no me gusta nada —respondí, sonriente, pero asustada.

—¿Te parece bien que la llamemos Claudia? —me preguntó, casi con miedo.

—Claudia Vila, me encanta como suena —le dije, dejándole claro que la niña llevaría su apellido.

Lo vi emocionarse, y se acercó a mí para darme otro beso en los labios. Al principio fue tímido, pero luego, se tornó más dulce y apasionado, aunque parezca que no pueda ser las dos cosas.

—Gracias, mi amor. Te prometo que no te defraudaré —me dijo, con lágrimas en los ojos.

—Eso no significa que te haya perdonado como pareja. De momento, seremos los felices padres de Claudia, aunque todavía no tenga donde vivir…

—Viviréis conmigo, eso no lo dudes. Ya tengo el cuarto de la niña preparado, en tonos neutros, eso sí. Ahora que ya sabemos lo que será, buscaré los adornos y la ropa para su cunita en tonos rosados —me dijo, y la verdad es que, tenía tanto miedo en ese momento, que no tenía ni ganas de discutir.

Capítulo 31



Aday

Hacía ya una semana que Claudia vino al mundo, con cuarenta centímetros y un kilo cuatrocientos gramos. Cabía en la palma de mi mano, pero, aun así, era preciosa. Tenía el cabello negro, como su madre, y unos inmensos ojos grises, como los míos.

Lo hizo con los ojos completamente abiertos, sorprendiendo a todos en el hospital. A su madre ya le habían dado el alta, pero se mantenía cerca de aquella incubadora durante todo el día, tan solo se separaba de noche, cuando no estaba permitido permanecer allí.

Ese día era el primero que nos permitirían cogerla en brazos, y estábamos nerviosos. Había cogido doscientos gramos durante esa semana y, según la doctora, si seguía a ese ritmo, en aproximadamente un mes más, nos la podríamos llevar a casa.

—¿Quién va a ser el primero en sostenerla? —nos preguntó uno de los enfermeros.

—No lo sabemos. ¿Qué nos recomiendas? —preguntó Evelyn.

—Según mi experiencia aquí, que no es poca, con la madre siempre existe ese vínculo natural, no así con el padre. Además, según veo que está aquí anotado, hoy será el primer día que la madre le dé el pecho. Así que, papá, ve quitándote la camisa para coger a tu hija —me dijo el enfermero.

Me faltó tiempo para hacerlo, ante la mirada asombrada de algunas de las enfermeras. Evelyn me miró de una manera que no supe descifrar, pero no quería que se sintiera inferior a nadie por el simple hecho de no haber recuperado su figura después del parto. Por ello, antes de coger a la niña, me acerqué a ella y la besé. Con ese beso quería demostrarle todo lo que sentía por ella y lo feliz que me hacía estar a su lado. Ella me dedicó una sonrisa, y las enfermeras giraron la cabeza para otro lado.

El momento en el que sentí su pequeño cuerpecito encima de mi pecho, con ese pañal que era más grande que ella, fue el mejor de mi vida, después del de su nacimiento. Seguía con esos ojos enormes que miraban la vida con curiosidad, y, en un instante determinado, agarró mi dedo con su manita, como si fuera el ancla que la fijaba al mundo.

—Déjame que os haga una foto —me dijo Evelyn, sacándome de su burbuja.

—Hazla, porque pienso imprimirla y enmarcarla para mi despacho de casa. Luego, cuando tú la cojas en brazos, te la haré yo, y esa irá directa para mi despacho de la empresa —le dije, y asintió sonriente.

Estuve en la misma posición durante más de una hora, ya que la niña empezó a protestar por hambre, y le di el relevo a su madre, que la cogió con admiración. Jamás olvidaré sus palabras a la niña, esas que me hicieron soltar más de una lágrima.

—Hola mi amor, mi guerrera, mi luchadora. Has venido a la vida para ser una mujer fuerte el día de mañana, pero siempre tendrás un puerto al que volver, que serán los brazos de tu padre y los míos. Jamás temas a nada en esta vida, porque te equivocarás mil veces, pero tendrás el tiempo y la capacidad para empezar de cero, porque, tanto papá, como yo, siempre estaremos a tu lado para aconsejarte y no dejarte caer —le dijo a la niña.

—Siempre los tres, mi vida, contra viento y marea —le dije a Evelyn.

Capturé con la cámara de mi móvil un instante precioso, en el que ambas se estaban mirando, como tan solo una madre y una hija podían hacerlo, y la puse como fondo de pantalla, no sin antes enviarla al grupo de WhatsApp que teníamos.

Se nos pasó el tiempo de visita, pero le dijeron a Evelyn que tenía que volver en un par de horas, aproximadamente. Antes de darle el pecho, se sacaba la leche y la dejaba allí, en el banco de leche materna, para que la pequeña Claudia la tomara con su biberón. Pero, al ver que la niña tenía la fuerza suficiente para tomar el pecho, decidieron que era mejor que lo hiciera así, al menos durante el día. Para la noche, tenía almacenada la leche suficiente, aconsejándole que se la sacara y la congelara en casa, y así la tendría la niña a la noche siguiente.

—Podemos ir a comer ahí enfrente, así estaremos más cerca —le dije, echándole mi brazo por el hombro.

—Tendrás que ir a trabajar, no te preocupes, que yo compro un bocadillo y me lo subo a la planta, a la sala para las madres —me dijo, y me sorprendió que hubiera un lugar habilitado para ella, pero claro, luego pensé: habrá muchas mujeres que vendrían de los pueblos colindantes a la capital, tener que ir y venir varias veces a lo largo del día, podía ser muy complicado.

—No tengo que trabajar. En primer lugar, porque la empresa no se va a hundir porque yo no vaya en unos meses. En segundo, porque he cogido el permiso de paternidad y, tercero, pero no menos importante, porque primero está mi familia que todo lo demás. Hasta que la niña no esté en casa, no pienso asistir a ninguna reunión —le dije, y me miró con la boca abierta.

—¿En serio? ¿No piensas ir a trabajar hasta que esté la niña en casa? —me dijo, y solté una carcajada.

—Vas a tener Aday a tu lado para rato —le contesté.

Nos sentamos en una terracita y nos pedimos un arroz con marisco que vimos que servían en la mesa de al lado y que tenía una pinta estupenda. De segundo, ella se pidió solomillo al Pedro Ximénez y yo un entrecot de ternera con parrillada de verduras.

Comimos pensando en lo que haríamos cuando la niña saliera del hospital, en las cosas que teníamos que comprar que nos faltaban, como el cochecito, que todavía no habíamos ido a mirarlo.

—Te propongo algo, cuando le des la siguiente toma a la niña, podemos acercarnos al centro comercial a por él, y así hacemos tiempo hasta la siguiente —le dije, y asintió con la cabeza.

—Vale, aunque me da miedo, si te digo la verdad. Preferiría que lo compráramos cuando le den el alta a la niña —me dijo.

—Si es lo que quieres, lo podemos mirar por Internet, entonces, y así vamos mirando los diferentes modelos que hay, para ver cuál se ajusta mejor a nuestras necesidades —contesté.

—Esa me parece una buena idea. El color lo tengo claro, quiero que sea de uno neutro, porque así, si algún día tengo otro hijo, lo podremos utilizar de nuevo —me dijo, y tuve que hacerle una apreciación.

—Querrás decir cuando tengamos otro hijo, pero desde ya te digo que, en el caso de que tengamos otro, estrenará todo como su hermana —le dije.

—Pues nada, allá tú. Entonces, quiero que el coche sea rosa, uno que vi el otro día por la calle y que me llamó la atención. Luego lo buscamos —me dijo, y supe que era muy mirada por el dinero.

Capítulo 32



Aday

Había llegado el día en el que nos daban el alta de Claudia, y estábamos como locos. Había cogido muchísimo peso, pero la habían dejado todavía unos días más para asegurarse de su completa recuperación.

Era tan pequeñita que casi toda la ropa le venía grande, por eso tuvimos que comprar un montón de prendas de la talla cero, que era la confeccionada para los bebés prematuros. Su madre la vistió con un conjunto de hilo en color rosa pastel, y le puso una pequeña florecilla en su pelo, porque, otra cosa no, pero una buena mata de pelo negro tenía desde que nació. La toquilla con la que la tapamos era en color beige con adornos en rosa.

—Desde luego, no se puede ser más bonita que ella. Aunque la veáis tan pequeñita, os aseguro que, en un par de semanas, más o menos, lucirá tan gordita que os vais a asombrar —nos dijo su pediatra, que nos citó en un mes para una revisión.

—Esperemos que sea así. Nos vemos en un mes, y muchísimas gracias por todo —le dijo Evelyn.

—No hay que darlas, es mi trabajo. Además, en casos como el de la pequeña Claudia, que vino al mundo con tantas ganas de luchar y salir adelante, las gracias las tengo que dar yo, porque estos niños nos dan una lección de vida a todos —nos contestó.

La pusimos en su carrito, pues decidimos que, al estar el día tan bueno, iríamos dando un paseo hasta el centro, donde nos esperaban todos nuestros familiares y amigos para comer y celebrar que ya la teníamos con nosotros.

—¿Sabes una cosa? No pienso volver al trabajo todavía, quiero pasar más tiempo con mis chicas —le dije a Evelyn, que paseaba con su carrito, orgullosa, mientras yo le llevaba el brazo echado por los hombros.

—Pues me parece perfecto porque, ahora que la tenemos en casa, estoy un poquito acojonada, la verdad. Se ve tan pequeñita para tener ya la cuarentena… —me decía, sin apartar la vista de encima de la niña.

—Ya has oído a la doctora, en poco más de un mes, se verá como una niña nacida a su tiempo —le dije, dándole un beso en la sien.

Paseábamos hablando de todo en general, cuando algo nos llamó la atención. Era una mujer, sentada en un banco, con un bebé en brazos, y me pareció que se trataba de Sandra, pero estaba muy desmejorada.

—Mira, parece tu ex, y creo que está llorando —me dijo, señalándome con la vista lo mismo que había observado yo.

—Yo también me había fijado. ¿Deberíamos de acercarnos? No parece que esté atravesando su mejor momento —le dije, esperando a que ella me dijera si nos acercábamos o no.

—Sí, vamos a ver que le ocurre. No podría dormir sabiendo que alguien a quién conocemos, tenga algún problema con el que le podíamos haber ayudado —me respondió, y puso rumbo a ese banco.

Otra, después de todo el daño que Sandra le había hecho, bueno, más bien, nos había hecho, pasaría de largo, pero ella no. Con ese gesto, demostraba el buen corazón que tenía, y con el que me enamoraba cada día más.

Desde que vivía en mi casa no habíamos intimado, pero no tenía prisa. Ella tenía que sanar de dentro hacia fuera, y yo esperaría todo el tiempo necesario para que se llevara a cabo esa cura.

—¿Sandra? ¿Te ocurre algo? —le pregunté, y cuando nos vio, empezó a llorar desconsoladamente.

—Aday… no tengo a donde ir. Esta noche tendré que dormir con mi hijo en la calle, porque ni un céntimo tengo. Ese cabrón me engañó, me pidió el dinero que tenía ahorrado para invertirlo en un negocio en el extranjero, cuando en realidad el que se ha ido fuera del país ha sido él, con su enfermera. Tanto a su mujer y sus hijos, como a nosotros, nos ha dejado con una mano delante y otra detrás —nos contó, y Evelyn me miró.

Supe, con esa mirada, lo que me quería decir, y no dudé en hacerlo. Metí mi mano en el bolsillo de mi pantalón y saqué las llaves del ático. Lo íbamos a alquilar, para que en un futuro nuestra hija tuviera un techo en el que vivir si quería independizarse, pero no nos hacía falta el dinero, realmente.

—Toma, quédate en el ático el tiempo que necesites. En un rato te llegará una buena compra para que, ni al bebé ni a ti os falte de nada —le dije.

—De verdad, no sé como agradeceros este detalle. Os tengo que pedir perdón por tanto…

—El pasado se queda atrás, Sandra. Ahora solo toca mirar hacia el futuro —le dijo Evelyn, a la que le dio un abrazo.

—Tienes suerte, Aday, has dado con una mujer excepcional, de las que hay pocas —me dijo.

—Lo sé, y lo más importante, me hace ser mejor persona cada día, por ella y por nuestra hija.

Nos despedimos de ella y quedamos en que, en cuanto que recibiera la compra, nos haría llegar un mensaje para que nos quedáramos tranquilos. Como era temprano, entramos en el centro comercial, y le hicimos una compra que le entregarían en una hora. En esa compra no le faltaba de nada, no queríamos que tuvieran ninguna necesidad sin cubrir.

—Menos mal, ya pensábamos que os habíais ido a casa —me dijo mi madre, algo nerviosa.

—No, mamá, ha ocurrido algo. Pero antes, vamos a sentarnos que traemos una sed enorme, y la pequeña tiene que comer ya —le dije, mientras ella cogía a la niña del cochecito.

Al final, le tuvieron que quitar la leche materna y ponerle leche de fórmula, porque cogía más peso y se quedaba más saciada que con el pecho, que además le producía el cólico del lactante.

Evelyn preparó un biberón que le tendió a mi madre para que fuera ella la que alimentara a la niña, mientras todos se arremolinaban alrededor de ella, deseosos de cogerla.

—Nosotros tenemos que contaros algo —dijo Dani, que también estaba allí esa tarde, junto a Carla, su pareja.

—¿Os casáis? —preguntó Kiko, igual de impaciente que siempre.

—No, estuvimos hablando y no nos hace falta firmar ningún papel para considerarnos un matrimonio. Vamos a ser padres —dijo Carla, a la que la felicidad se le notaba en los ojos, al igual que a su chico.

—Ay, amiga, que alegría —le dijo Evelyn, abrazándola y tocando su vientre, que ya empezaba a verse algo abultado, aunque nada que se notara a simple vista, la verdad.

—Estoy de doce semanas. No hemos querido decir nada hasta que pasara el primer trimestre, porque ya sufrimos un aborto hace unos meses, y lo pasamos realmente mal —nos decía Dani.

—¿Por qué no me contaste nada, Carla? Pensaba que éramos amigas —le dijo Evelyn, con algo de dolor.

—Y lo somos, pero no quería preocuparte más. En ese instante en el que me pasó, acababas de enterarte de que estabas embarazada, y habías roto con Aday…

—No quiero que me ocultes nada más. ¿Entendido? —le dijo mi chica, mientras ella asentía con la cabeza.

Capítulo 33



Aday

Durante la comida, le contamos a todos lo que había pasado con Sandra, y lo que habíamos hecho. Hubo disparidad de opiniones, desde la de Kiko, que decía que él le hubiera quitado al niño y a ella que le dieran por culo, hasta la de Begoña, que decía que habíamos hecho bien, que a nosotros no nos hacía falta ese dinero y que el karma nos lo compensaría.

—Yo no podría acostarme esta noche y saber que ese niño estaba tirado en la calle, con su vida en manos del destino, porque no se sabe lo que le podría haber pasado, con la cantidad de locos que hay por ahí sueltos —dijo Evelyn, muy en serio.

—Tienes razón, cariño. La mejor almohada es una conciencia tranquila —le contestó mi madre.

—Pues yo hubiera dado parte a los servicios sociales, porque, al final, tan solo le has dado pan para comer un tiempo, pero no vas a estar siempre manteniéndola a ella y a ese niño —dijo mi padre.

—Sobre todo, teniendo en cuenta los gustos tan caros a los que esa mujer está acostumbrada —dijo Javier.

—No es la misma. Si la hubierais visto, no era ni su sombra, os lo aseguro —le contestó Evelyn.

Durante la comida, nuestra pequeña descansaba en el carrito, ajena a todo lo que se cocía a su alrededor, pero con la mirada de todos cuantos estábamos cerca de ella encima.

Terminamos de comer e íbamos a tomar un taxi para volver a casa, pero tanto mi padre, como Begoña, insistieron en que ellos nos acercaban, que no iban a salir. Mi madre, por el contrario, había quedado con un amigo que había conocido en el grupo de baile al que todos asistían durante los fines de semana. Tenía pensado ir a tomar café y luego al cine.

La veía tan entusiasmada que supe, casi al instante, que no se trataba de un amigo más, que estaban empezando a surgir sentimientos entre ellos, y me alegraba un montón. Ya se merecía que le llegara la hora en la que pudiera ser feliz con un buen hombre a su lado.

—Por fin en casita los tres —dijo Evelyn, cogiendo a la niña del cochecito.

—Pues sí, y ya me apetecía mucho estar así, en familia —le contesté, y vi como se ponía algo nerviosa.

—Aday… yo…

—Suéltalo ya, Evelyn, sin rodeos, directa al grano, porque estás empezando a ponerme nervioso —la interrumpí.

—Quiero que volvamos a ser una pareja, como antes. Bueno, como antes, no, que ahora ya está Claudia con nosotros —me dijo, algo avergonzada.

Me acerqué a ella, porque no quería decirle con palabras lo que había provocado en mí esa afirmación, y la besé, de una manera dulce, pero también pasional. Si no profundicé más fue porque tenía a la niña en brazos, pero en cuanto esa pitufa estuviera durmiendo, se lo iba a demostrar a base de bien.

—¿Te ha quedado clara mi respuesta o necesitas que te saque de alguna duda? —le pregunté, con una sonrisa.

—Tengo muchas dudas, pero prefiero esperar a que la peque esté dormidita para que me las resuelvas —me dijo, y solté una carcajada.

Eran las nueve de la noche cuando nos dispusimos a prepararle el baño a la pequeña. Según nos habían dicho en el hospital, era algo que le encantaba y la relajaba muchísimo. Se tomaba su biberón al salir y se quedaba dormidita. La última toma la pedía sobre las doce de la noche, y ya aguantaba hasta las seis y media o siete de la mañana.

El biberón se lo estaba dando yo mientras Evelyn se daba una ducha y se ponía el pijama. A continuación, me la daría yo mientras ella preparaba la cena. En ello estaba cuando me entró un mensaje de WhatsApp, era de Sandra.

Sandra: *Ya he recibido el pedido, si no te he escrito antes es porque estaba guardando todo y atendiendo al niño. Ahora que ya se ha tomado su biberón y he podido bañarlo con agua calentita, se ha quedado frito. Mil gracias de nuevo, os habéis pasado, y no tendré vida para agradeceros todo lo que estáis haciendo por mí.*

Aday: *No tienes nada que agradecer, al fin y al cabo, has formado parte de mi vida durante mucho tiempo, y no me gustaría verte en una mala situación. Busca trabajo, en esa casa podréis vivir el tiempo que queráis, y de los suministros básicos me ocuparé yo, pero hasta ahí puedo llegar. Que paséis buena noche.*

Esas fueron las palabras con las que le contesté al mensaje, dejándole claro que yo me ocuparía de que no les faltaran comida y techo, al igual que luz y agua, de todo lo demás, tendría que ocuparse ella.

—Ya estoy lista, y veo que la peque ya está dormidita, ¿no? —me dijo Evelyn al llegar al salón, con un pijama cortito, pues ya empezaba a hacer calorcito, y el pelo mojado, recogido en un moño informal.

—Sí, me voy a la ducha. No hagas nada para cenar, he pedido al restaurante italiano que tanto te gusta, hoy tenemos mucho que celebrar —le dije, dándole un beso de pico al pasar por su lado.

—Está bien, no voy a decir que no a una buena pizza —me contestó, y le hice una broma usando el doble sentido.

—Eso me lo dirás esta noche, cuando estemos en la cama. A ver si tampoco le dices que no a una buena pizza o prefieres un rollito de primavera —le dije, desde la mitad del pasillo, haciendo que soltara una carcajada.

En la ducha, mientras que el agua me caía por la cabeza, pensé en lo afortunado que era en la vida. Tenía a mis padres sanos, mi niña estaba preciosa y a mi lado tenía una mujer espectacular. Este verano tenía pensado llevarme a las dos a la playa, había alquilado una pequeña casita a pie del mar, y mi intención era pedirle que se casara conmigo, pero para eso todavía faltaban unos meses.

—Ha llamado tu padre, dice que mañana vayamos a su casa a comer, que van a hacer una barbacoa e irá también tu madre con su "amigo" —me dijo, entrecomillando la palabra con los dedos.

—Entonces, iremos, pues tengo ganas de ponerle cara a ese hombre. Según me ha contado mi padre y Begoña, es un buen tipo, viudo y sin hijos, que se dedica a la banca —le conté, mientras poníamos la mesa para cenar, esperando a que nos trajeran el pedido.

Estuvimos cenando con una complicidad que me encantaba, y hablamos de ver luego una película que ambos queríamos ver y estaba en las plataformas digitales. Esos momentos de sofá y película, los extrañaba muchísimo, porque el último mes y medio nos lo habíamos pasado prácticamente en el hospital.

—Me ha llegado una notificación del banco, ¿has dicho que me sigan ingresando el sueldo? Te recuerdo que estoy de baja maternal, y es la seguridad social la que se encarga de pagarme mensualmente —me dijo, y la miré sonriente.

—No, eso es un complemento por maternidad que he decidido implantar en la empresa. A partir de ahora, toda empleada que dé a luz recibirá también un porcentaje de su sueldo.

Capítulo 34



Aday

Eran las doce de la noche, y Claudia ya estaba dormidita y con su biberón tomado. Ahora era nuestro momento, y no dudé en aprovecharlo.

—Creo que ha llegado el momento en el que resuelva todas tus dudas —le dije a mi chica, que me miró entre sorprendida y excitada.

—Pero… la niña está…

—La niña está en su cunita, completamente dormida y no será un inconveniente para que podamos disfrutar de nuestros cuerpos —la interrumpí.

A pesar de que le habíamos montado a la niña su propio dormitorio, de momento, pusimos la minicuna en nuestra habitación, para tenerla controlada, y permanecería ahí hasta que el pediatra nos diera el alta definitiva.

—Estoy deseando besarte, pero hacerlo en condiciones, demostrarte todo lo que me importas, tú y nuestra hija —le dije, acercándome a ella.

—Yo también quiero que me lo demuestres, pero tengo algo de reticencia, la verdad. Mi cuerpo ya no es el que era, ahora tiene las marcas de la maternidad…

—Ahora tiene las marcas de la vida, que son las más bonitas del mundo. Con respecto al resto, sigues siendo la única mujer que me provoca esto —le

dije, poniéndome a su espalda para que notara en la parte baja de su espalda mi erección.

Teníamos bastantes horas por delante para demostrárselo, aunque también entendía que debíamos descansar, porque la pequeña necesitaba atención durante todo el día.

Fui besando su cuello, mientras que, con mis manos, amasaba sus pechos, esos que estaban mucho más grandes debido a la maternidad. Levanté su camiseta y la saqué por su cabeza, dejando su torso al descubierto, al igual que estaba el mío.

La giré y la puse de cara a mí, y fui bajando con mi boca por todo su pecho y vientre, donde dejé el más dulce de los besos. Esa había sido la vasija donde se gestó la vida de la persona que más quería en este mundo, mi hija, mi pequeña Claudia.

Con los dientes, le fui bajando el pantalón del pijama, y me llevé la sorpresa de que no llevaba ropa interior, mientras que ella me miraba de una manera muy pícara.

La dejé caer en la cama, abrí sus piernas, y empecé a besar el interior de sus muslos, sin adentrarme en esa parte que estaba deseosa de recibir mis atenciones. La escuchaba resoplar de desesperación, pero me gustaba ponerla al límite, que fuera ella la que me suplicara, la que me dijera que era lo que más deseaba, como así ocurrió.

—Aday, por lo que tú más quieras, que no puedo más —me dijo, y sonreí sobre su Monte de Venus.

—Ya mismo te doy lo que tanto estás deseando, preciosa —le contesté.

Abrí sus pliegues vaginales con dos dedos, y lamí su clítoris, haciendo que tuviera que morder la almohada para no gritar del placer que la atravesó. Pero no dejé que la cosa quedara ahí, sino que seguí lamiendo, mordisqueando y succionando hasta que conseguí que un segundo orgasmo la atravesara.

Se quedó laxa en la cama, mientras me quitaba el bóxer y me ponía un preservativo, que la niña era demasiado pequeña para darle todavía un

hermanito. En la misma postura, levanté sus piernas, situándolas cada una en un hombro y la penetré de una sola embestida.

El sonido de sus gemidos y jadeos se convirtieron en la banda sonora del encuentro, una que, por momentos, me iba poniendo más y más duro, por lo que mis embestidas se fueron haciendo más fuertes y rápidas. Aun así, ella seguía pidiendo más y más, volviéndome loco de placer.

—Aday, no puedo más, te lo prometo —me decía, entre gemidos y con la respiración entrecortada.

—Dámelo, mi amor. Córrete y llévame contigo —le respondí, porque yo tampoco es que pudiera aguantar mucho más.

Fue decir eso, y notar como su cuerpo se convulsionaba, como las paredes de su vagina aprisionaban y apretaban mi pene, consiguiendo que me llegara el clímax a la misma vez que a ella.

—No sabes cuanto lo necesitaba —me dijo, con mi miembro todavía en su interior.

—Te deseaba desde el primer momento en el que te vi de vuelta en casa. Para mí, ha sido una tortura todos estos días tenerte en mi cama y no poder tocarte. Yo también te necesitaba, en todos los aspectos —le dije, saliendo de ella.

Juntos, entramos en el baño de nuestra habitación, para darnos una ducha que se suponía que iba a ser rápida. Pero, como nos llevamos el interfono de la niña, y la veíamos y escuchábamos que seguía dormidita, dimos rienda suelta a nuestra pasión, de nuevo.

Una vez fuera de la ducha, la sequé con mimo, quería demostrarle en cada gesto lo mucho que la amaba y lo importante que era para mí. Quería dejar fuera todo lo malo que nos había pasado, pero que nos había llevado al momento en el que estábamos ahora.

—Evelyn… —le dije, una vez estuvimos en la cama, abrazados y ella con su cabeza recostada en mi pecho.

—Dime… ¿ocurre algo? —me preguntó, y vi que se preocupó al instante.

—Sí que ocurre, que te amo con toda mi alma, que, por primera vez en mucho tiempo, soy feliz y que no quiero que te vayas nunca de mi lado —le dije, abriéndole mi corazón al cien por cien.

—Yo también te amo, y me siento completa. Es como si la pieza que le faltaba al puzle de mi vida hubiera aparecido de repente, dándole sentido a todo —me contestó.

—Sé que hemos sufrido mucho para llegar hasta aquí, pero lo volvería a sufrir si la recompensa es esta, tenerte entre mis brazos y a nuestra hija a nuestro lado, sana, creciendo con todo el amor que le podamos ofrecer.

—Somos una familia, por muchos impedimentos que nos haya puesto el destino, por todos los obstáculos que hemos tenido que saltar, pero hemos llegado. Y no a la meta, que esa la lograremos cuando seamos dos ancianitos que estemos uno al lado del otro, viendo a nuestros hijos grandes, a nuestros nietos en el jardín, mientras que nosotros seguimos aquí, aconsejándoles y dándoles nuestro amor —me dijo, y se me hizo un nudo en la garganta.

Por un instante, visualicé esa imagen que ella me estaba describiendo, y que no podía ser más que la de la felicidad de una vida cumplida y unos sueños alcanzados.

Pensé que tenía que dejar un poco el trabajo, no es que lo abandonara, pero sí que se acabaron los viajes para las reuniones, o al menos, no sería yo el que fuera, ya hablaría con alguno de los chicos.

Una idea se me pasó por la cabeza, y creía que no me iba a equivocar, así que se la comenté a Evelyn, a ver que me decía ella, su opinión era muy importante para mí, entre otras cosas, porque ella lo conocía mejor que nadie.

—He pensado ascender a Dani a subdirector. Creo que él se ocuparía muy bien del tema de las reuniones. ¿Qué te parece? —le pregunté.

—Estarías acertando con tu elección —me dijo.

Capítulo 35



Evelyn

Hacía ya cuatro meses desde que mi niña llegó al mundo, y tres desde que nos la pudimos llevar a casa, y cada día estaba más bonita, si es que eso era posible.

Esa mañana teníamos una cita en pediatría, para ver su evolución, y que así pudieran darnos ya el alta definitiva, siguiendo sus revisiones como cualquier otro niño que no hubiera nacido prematuro.

—Venga, o al final llegaremos tarde —me dijo mi chico, sentando a la niña en su sillita de seguridad del coche.

—Ya voy, ya voy, que vamos bien. Si siempre tenemos que esperar en la consulta un buen rato —me contestó, y la piqué, pues sabía que si algo la molestaba era la impuntualidad.

—Desde luego, desde que has sido madre, has dejado de lado tu sentido de la puntualidad. Antes, jamás se te hubiera ocurrido contestar de esa manera —me miró con los ojos como platos, como no creyéndose que hubiera sido capaz de decirle algo así.

—Espero que no lo estés diciendo en serio. Dime una sola vez que no haya llegado puntual a un sitio desde que nació la niña. Precisamente porque ahora tengo más cosas que hacer, empiezo antes…

—Vale, vale, que era una broma, chavala, tampoco me vayas a crucificar ahora —le dije, y solté una carcajada.

—Desde luego, eres de lo que no hay, chico. Mira que decirme a mí eso, que soy más puntual que el reloj del palacio de Buckingham —me respondió, negando con la cabeza.

Cuando llegamos a la consulta, salía un pequeñito con su madre, y en la sala de espera no había nadie, con lo cual, nos hicieron pasar de inmediato, incluso antes de la hora de nuestra cita. Miré a Evelyn, que se puso roja como un tomate, pues sabía que había metido la pata diciendo lo de la sala de espera, antes.

—Vamos a ver como sigue esta pequeñita, que cada día va siendo menos pequeñita, todo hay que decirlo —dijo la doctora, sacando a la niña de su cochecito, donde iba mirando absolutamente todo.

—Sí, cada día está más glotona y espabilada —le respondió Evelyn.

La doctora le hizo todas las pruebas pertinentes, y todas salieron a la perfección. La niña, contra todo pronóstico, había cogido el peso y el tamaño de cualquier bebé de tres meses, sin que se notara que había sido prematura. Por otro lado, sus pulmones estaban al cien por cien, al igual que el resto de sus órganos. Las vacunas que se le habían puesto, no le habían dado ningún tipo de reacción, pues, aparte de las que venían incluidas en el calendario, su pediatra nos aconsejó ponerle algunas más de pago, pero el dinero no era un problema, afortunadamente, y se las pusimos todas y cada una de ellas.

—No sé qué decir, la verdad. Es una de las pocas veces que veo que un bebé de esas características sale adelante por sí sola, alcanzando el percentil de uno nacido en su tiempo. Por lo tanto, ya no es necesario que sigamos con estos controles, sino que la pasamos a su pediatra normal, y que le vaya haciendo los controles de niño sano —nos dijo, y ambos no pudimos evitar sonreír, al igual que tampoco lo hicimos con esas lágrimas que nos caían a los dos.

—Esa es la mejor de las noticias, doctora. Temíamos por su salud, porque, al nacer antes de las treinta y cinco semanas aconsejables, pudiera tener

alguna secuela —le dijo Evelyn, pues era una cosa que habíamos hablado en infinidad de veces.

—Pues se acabaron las preocupaciones. Te voy a dar un listado de alimentación y demás, para que vayáis introduciendo los alimentos poco a poco, cada uno en su tiempo, alternándolos con su leche, por supuesto.

La doctora nos dio por escrito todas las indicaciones, tanto con las fechas como con los alimentos, y salimos de allí con una sonrisa de oreja a oreja.

Nos montamos en el coche, y decidimos ir a la empresa, pues me habían avisado de que había un problema con un producto que necesitaba de mi intervención. Evelyn decidió que vendría conmigo, así le enseñaba la niña a Manuel, que me preguntaba por ella cada día.

Había aflojado en mi ritmo de trabajo, delegando en Dani la mayoría de las cosas, para darme un respiro, pero había cosas que requerían de mi presencia. Tampoco es que no fuera a trabajar a diario, que lo hacía, tan solo que, en vez de estar allí hasta las siete o las ocho de la tarde, cortaba mi jornada a las dos, yendo a comer a casa y trabajando desde allí.

Mi chica seguía siendo mi asistente, y la que se encargaba, desde el despacho de casa, de coordinar mi agenda y hacer las llamadas importantes. De momento, lo llevábamos bien, alternando eso con el cuidado de la niña.

—Bajo lo antes posible —le dije a mi chica, una vez que estuvimos en la puerta de las oficinas.

—No te preocupes, me dedicaré a verlos a todos. Cuando termines, me das un toque al móvil y te digo por donde estoy —me respondió, haciendo la primera parada en la recepción, donde todos salieron a recibirla y ver a la pequeña Claudia.

Subí hasta mi despacho, donde me estaban esperando todos, ya que los cité allí para que me contaran y pusieran al día de todo lo que había ocurrido. Al parecer, en uno de los productos de la línea de cosmética que estábamos preparando, uno de los ingredientes principales estaba en mal estado, arruinando toda la producción.

El proveedor decía que ellos no tenían nada que ver, que de sus instalaciones había salido bien, y en el laboratorio que ellos habían seguido toda la cadena de frío y demás directrices para su conservación.

Me costó más de una hora saber dónde había podido estar el fallo, hasta que nos dimos cuenta de que había estado en el transporte. Sería una ardua negociación, que no quería hacer por teléfono, por lo que concerté una cita con la responsable de la empresa encargada de transportar la mercancía al día siguiente.

—El único hueco que tengo libre es a la hora de la comida, si le parece bien, podemos comer juntos y hablamos de todo con tranquilidad —me dijo al teléfono.

—Está bien, la espero a las tres en el restaurante que hay en el puente de Triana —le dije, y es que allí solía ir cuando se trataba de alguna reunión de negocios.

No es que me gustara demasiado no comer con mis chicas, pero era un asunto de fuerza mayor, porque eran muchos millones de euros los que podía perder la empresa, pues tendríamos que empezar de cero en la elaboración de ese producto.

Estaba terminando de recoger todo cuando llamaron a la puerta del despacho, era mi chica, que venía con la niña en brazos, que lloraba como una descosida porque estaba muerta de hambre.

—Voy a darle el biberón aquí, pues no creo que llegue al coche. Ha sido automático, esta niña, en vez de un estómago, tiene un reloj suizo —me dijo, dándomela para preparar el biberón.

Capítulo 36



Evelyn

Después de darle el biberón a la niña, fuimos hasta nuestra urbanización, porque nos había llamado el padre de Aday, que tenía allí reunida a toda la familia para comer, y habían hecho un arroz con marisco en una paellera como una plaza de toros de grande.

—Desde luego, Begoña, cada vez eres más exagerada cocinando —le dijo Malena, la madre de Aday.

—Ni que lo digas, mamá. Con esa paellera come toda una urbanización —le contestó Aday.

Pasamos una comida de lo más entretenida, en la que nuestra hija fue el centro de atención. Cada día estaba más simpática y espabilada, hacía con todo el mundo y siempre tenía una sonrisa en la cara.

Aday me había comentado que al día siguiente no vendría a comer, pues tenía una comida de negocios con la responsable de la empresa de transporte que había sido la encargada de trasladar la materia prima de la fábrica a la empresa. Me estuvo comentando lo que había ocurrido, y que esperaba que se pudiera solucionar, aunque fuera a través de los seguros de las diferentes empresas, incluida la suya.

Esa noche la niña de quedó dormida un poquito más tarde, ya la habíamos trasladado a su habitación y le estaba costando un poquito acostumbrarse al

cambio. Aunque, una vez que se quedaba dormida, ya no se despertaba hasta la mañana siguiente.

—Por fin se quedó dormida —le dije a Aday, que me esperaba en la cama, tan solo con el bóxer.

—Es normal, hasta que se acostumbre, nos esperan unos días así —me contestó, abriendo los brazos para que me recostara sobre su pecho.

Teníamos el interfono encendido, por si lloraba, poder enterarnos, pero así, también podíamos hablar con tranquilidad, sin el miedo a despertarla.

Nos fundimos en un beso. Desde que intimamos por primera vez a mi vuelta, no habíamos parado de amarnos ni una sola noche. Ese beso se fue tornando cada vez más rudo y pasional, dando paso a lo que sentíamos el uno por el otro. En un pis pas, estaba entre mis piernas, y ambos estábamos desnudos.

—Te deseo tanto, que no sé si voy a poder aguantar los preliminares —me dijo, con la voz ronca por el deseo.

—No hacen falta, hoy no —le dije.

Acto seguido, cogí su miembro entre mis manos, le puse el preservativo y lo situé a la entrada de mi vagina, levantando las caderas para darle mejor acceso.

Esa noche no follamos, esa noche nos hicimos el amor, de una manera igual de lenta que de placentera, en un baile tan sensual que me puso los vellos de punta. Alcanzamos el orgasmo casi al unísono, con un gemido ronco por su parte y un grito por la mía, que mi chico se encargó de acallarlo con su boca.

Nos quedamos dormidos abrazados, me sentía plena y feliz, y tan solo le pedía a la vida que me dejara seguir así, porque tenía miedo que esa felicidad se viera truncada de golpe.

—Me voy a la oficina, tengo mucho trabajo pendiente. No sé a qué hora llegaré, porque supongo que después de la comida, tendré que volver a la

oficina. De todos modos, yo te aviso con lo que sea —me dijo, dándome un beso en los labios.

—No te preocupes, amor. Hoy no me apetece salir, así que creo que me quedaré en el jardín, que está el tiempo muy bueno, y así le dará el solecito a Claudia —le contesté.

Lo vi marcharse, y con mi niña en brazos, la senté en su hamaquita y nos fuimos al jardín, donde yo me puse a leer un libro, hasta que me fijé en que Claudia se había quedado dormida con una sonrisa en la cara. Le hice una foto y se la envié al padre, pero no me contestó y supuse que estaría sumergido en el trabajo.

No me llamó en toda la mañana, y eso sí que me sorprendió, porque normalmente solía hacerlo a media mañana, cuando paraba para tomar un café, para preguntar cómo estaba la niña.

Eran más de las ocho de la tarde y no había llegado, así que decidí enviarle un mensaje de WhatsApp, por si iba a tardar o bañaba a la niña, puesto que le encantaba estar presente en ese momento.

Evelyn: *Hola amor, como no me has avisado, te llamo y no contestas, me he decidido a enviarte este mensaje. ¿Tardas mucho o voy bañando a la niña? Te queremos.*

Media hora más tarde y todavía no había contestado. Empezaba a preocuparme, por lo que llamé a la empresa, al número directo de Dani, pero no me contestó nadie. Lo intentaría en el móvil, a ver si tenía suerte.

—Hola Evelyn, ¿ocurre algo? —me preguntó, preocupado.

—Hola Dani. Te llamaba para saber si le quedaba mucho a Aday en la oficina, lo llamo y no me contesta. ¿Me lo puedes pasar? —le dije.

—Evelyn, Aday salió para la reunión a la hora de comer y ya no ha vuelto por las oficinas. Supongo que seguirá reunido. Yo estoy ya en casa, desde hace más de una hora. Pero no te preocupes, seguro que no tarda en llegar —me contestó, pero su tono no me gustó un pelo.

—No quiero parecer una paranoica, pero es que me extraña que no me haya cogido el teléfono —insistí.

No es que fuera una de estas parejas controladoras, ni mucho menos, pero es que algo me decía que era muy extraño todo, que estuviera alerta. Me despedí de Dani insistiendo en que, si sabía algo, me avisara.

Antón me tranquilizó, diciéndome que no era la primera vez que una negociación de ese tipo se alargaba durante muchas horas, que él mismo había estado una vez hasta altas horas de la madrugada.

Bañé a la niña y le di el biberón. Viendo que eran más de las diez de la noche y todavía no había aparecido, me di una ducha rápida, me puse mi pijama y me acosté a leer. No cené nada, no me apetecía. Tenía una sensación de lo más extraña.

No pegué un ojo, miraba el reloj cada poco tiempo, e insistía en llamadas y mensajes que se quedaban ahí, pero que nadie contestaba. No sé cuándo, el cansancio me venció y al abrir los ojos, lo vi entrar en la habitación, como un elefante en una cacharrería.

Venía completamente borracho, dando tumbos, y me entró una rabia por el cuerpo que no pude contener. Yo preocupada y él de fiesta, porque eso era lo que había estado haciendo, y no me lo quitaba de la cabeza, por lo que me levanté a enfrentarlo.

—Te parece bien que yo esté aquí preocupada y no te hayas dignado ni a enviarme un mensaje o contestar a una de mis llamadas. Espero que la fiesta se te haya dado bien —le dije, furiosa.

—No me des la chapa. Vengo de donde me ha dado la gana y si no te he contestado es porque no eres mi madre para tener que darte ninguna explicación —me dijo, y al quitarse la chaqueta que traía sobre uno de los hombros, lo vi, un chupetón en el cuello y una marca de labial en el cuello de la camisa, no me hizo falta preguntar nada más.

Capítulo 37



Aday

Cuando la vi aparecer por el restaurante no me lo podía creer. La persona a la que estaba esperando era Sandra, pero en su faceta personal utilizaba su nombre completo y el apellido de su madre, Alexandra Muriel, por lo que no la relacioné con ella en ningún momento.

—¿A qué no me esperabas a mí? —me dijo, en un tono de lo más divertido.

—Pues, ciertamente, no. Para mí siempre has sido Sandra Carrera, no Alexandra Muriel —le contesté, dándole un beso en la mejilla.

—Claro, pero he decidido rotar mis apellidos y utilizar mi nombre sin diminutivos, así he podido empezar de cero y conseguir este trabajo, en el que no me va nada mal.

Pasamos al interior del restaurante, donde nos pusimos al día. Parecía la comida de dos viejos amigos, no de negocios. Ya nos habíamos tomado varias botellas de vino con el marisco y la comida, y me dijo de ir a su casa, que era mi ático, para hablar de todo, tanto del tema de la empresa como del alquiler que quería pagarme por el ático.

—No me encuentro en condiciones de conducir, será mejor que pidamos un taxi —le dije, y ella accedió.

—Sí, será lo mejor si no queremos matarnos —me contestó, sonriente.

Había cambiado mucho, tanto físicamente como de manera de ser, aunque seguía estando espectacular. Su figura volvió a ser la de antes, me dijo que mucho ejercicio y una dieta habían sido los causantes de eso.

No sé por qué pensé en Evelyn, que en tres meses todavía no había vuelto a ser la que era, al menos no físicamente, y me planteé contarle lo que me había dicho Sandra, para ver si se animaba y lo conseguía ella también, pero luego me di cuenta de que podía herirla con mi comentario.

No sabía si era el efecto del vino que nos habíamos bebido o qué, pero me estaba sintiendo atraído sexualmente por mi ex. No le apartaba la mirada de sus largas piernas, ni de su trasero, ese que debía seguir duro como una piedra y, de repente, me sentí culpable por lo que estaba deseando.

Ella debió darse cuenta, porque en su cara se dibujó una sonrisa, de esas que te decían que no te lo iba a poner fácil…

—¿Dónde está tu hijo? —le pregunté, pues no había ni rastro del niño por ninguna parte.

—En casa de una amiga, esta noche se quedará allí a dormir, por si se alargaba la reunión —me contestó.

—Bueno, vayamos al grano que es muy tarde y Evelyn me estará esperando —intenté desviar el tema.

—Por eso, no te preocupes, ya está todo solucionado. Aquí tienes la documentación del seguro, en el que afirman que se harán cargo de todo, tan solo tienes que enviarles el importe de las pérdidas, eso sí, todo justificado. Lo empecé a tramitar ayer, cuando hablamos por teléfono —me dijo, la muy descarada.

—Entonces… ¿por qué me has hecho ir a esa comida y venir hasta aquí? —pregunté.

—Me apetecía pasar un buen día con un viejo amigo. Y no me vas a negar que no te lo has pasado bien, lejos de la oficina, de tu pareja y de pañales manchados. Porque yo lo necesitaba, desconectar de todo por un rato. Ahora,

si me disculpas, me voy a poner cómoda —dijo, y la vi coger el pasillo que llevaba a las habitaciones.

No sé ni porqué lo hice, pero la seguí, sin apartar la mirada de ese trasero que me llamaba a gritos. Me paré en el umbral de la puerta, y la vi como iba dejando caer toda su ropa al suelo, siendo consciente de que yo la estaba mirando.

Cuando se quedó tan solo con un tanga que parecía más bien un tirachinas, de lo pequeño que era, sacó un camisón de gasa negro, transparente. A estas alturas, mi miembro ya estaba duro como una piedra, y me olvidé de todo, de mi pareja, de mi hija y hasta de mí mismo.

La cogí por los hombros bruscamente, y la giré, dejándola pegada a la pared, donde de un tirón partí su tanga, saqué mi miembro y fui a penetrarla, pero ella me paró.

—Tranquilo, campeón, que hay que tomar precauciones, que no quiero verme con otro niño en camino —me dijo, cogiendo un preservativo de encima de la cómoda y poniéndomelo.

Lejos de cortarme el rollo, me puso más todavía, por lo que, enrosqué sus piernas en mi cintura y la follé contra la pared, duramente, mientras ella mordisqueaba mi cuello y jadeaba en mi oído. Sabía que eso me hacía enloquecer, y no dudó en hacerlo.

Me corrí a gritos, como hacía mucho tiempo que no lo hacía, pero pensando que era Evelyn la que estaba entre mis brazos. Cuando me di cuenta de que era Sandra, me retiré rápidamente, y me subí los pantalones a toda velocidad.

—Siempre seré yo la que te lleve a ese punto sin retorno, estás evitando lo inevitable, por mucho que te empeñes —me dijo, sonriente.

—No, me has engañado, yo no soy así, yo quiero a Evelyn y estoy enamorado de ella…

—Si es lo que quieres pensar, a mí me da lo mismo. Cuando quieras, aquí estaré esperando. Ahora, será mejor que te marches —me dijo, y era lo que

tenía pensado hacer, no me iba a quedar ahí ni de coña.

No sabía la hora que era, pero debía ser muy tarde. Ni siquiera sabía dónde estaba mi teléfono, pero, por suerte, tenía una parada de taxis justo enfrente del edificio en el que estaba el ático.

—Buenas noches, a la urbanización… —le di la dirección al taxista, que me miraba raro.

—Ahora mismo, señor. Le rogaría que, si a usted le entran ganas de vomitar, me lo indique, para echar el coche a un lado y que lo haga tranquilamente. No se preocupe, que pararé el taxímetro mientras que no estamos en carretera —me dijo, y solté una carcajada.

—No tiene que temer por nada, tan solo me he tomado algunas copas de vino, nada más. El dinero no es un problema para mí, tanto que le voy a pagar la carrera por adelantado, y puede quedarse con el cambio —le dije, sacando un billete de cincuenta euros de la cartera, cuando la carrera no subía de más de ocho o diez euros, que tampoco estábamos tan lejos.

Ni siquiera sé como atiné a meter la llave en la cerradura, mucho menos como subí las escaleras que llevaba hasta los dormitorios, pero al llegar al nuestro, me encontré con la mirada iracunda de Evelyn que no dudó en reprocharme mi comportamiento. O eso creo, porque tampoco es que la escuchara mucho, la verdad, pero le contesté de la peor manera, y me arrepentí al instante.

En un momento determinado, la vi como fijaba su mirada en mi cuello, y me acordé de lo que había hecho. El dolor que vi reflejado en sus ojos me atravesó el alma, mucho más cuando la vi salir de la habitación y encerrarse en la de la niña.

Capítulo 38



Evelyn

Me había engañado con otra, y eso sí que no lo iba a permitir, por mucho que lo amara, mi corazón y mi vida estaba por encima de todo, y la confianza que le tenía se había diluido como un terrón de azúcar en un vaso de agua.

Eran las cinco de la madrugada, por lo que, cogí una maleta, empaqueté cuatro cosas mías y bastantes más de la niña, a la que saqué de su cunita, la acosté en su cochecito, y salí de allí como alma que lleva el diablo.

No quería que nadie me viera, que intentaran convencerme de que estaba actuando mal o de que era algo que mi imaginación había inventado, porque Aday jamás haría algo así, porque estaba segura de que esos serían los argumentos.

Metí todo en el coche, y puse a la niña en su sillita de seguridad. Al ir sola, no la podría controlar del todo, pero era lo que había. Arranqué el coche y paré en la primera gasolinera que encontré, donde le di el biberón y la cambié mientras me llenaban el depósito. Aproveché también para enviarle un mensaje a mi tía, sabiendo que ella me apoyaría.

Evelyn: *No puedo seguir aquí más tiempo, necesito estar sola y pensar, por lo que me voy al pueblo con mi hija. No sé cuánto tardaré en volver, pero no te preocupes por mí, te iré llamando cada semana. Ahora mismo no te puedo contar nada más sin que se me empañen los ojos de lágrimas, y no quiero que eso suceda, pues voy en el coche con la niña y no quiero tener un*

tropiezo. No le digas a nadie mi paradero, y borra este mensaje, por favor. No olvides que te quiero.

En ese mismo momento la primera intención fue apagar el móvil, pero no lo hice por si necesitaba llamar a alguien durante el trayecto, lo que sí hice fue ponerlo en silencio, así, si sonaba, no lo escucharía.

Volví a poner a mi hija en su sillita y continué mi camino. Con suerte y si no encontraba ningún problema, a eso de las diez de la mañana habría llegado al pueblo. Como no llevaba mucha ropa para mí y necesitaba, además comprar pañales y demás cosas para la niña, paré en un centro comercial que había justo antes de llegar, y me hice con varias cosas. Si me hacía falta algo más, lo pediría por Internet, y listo. También me compré una tarjeta de prepago, que puse en mi terminal, de manera que nadie pudiera llamarme y sí poder hacer yo uso del teléfono en caso de necesidad.

No tenía ninguna llamada perdida de nadie, estaba segura de que mi tía esperaría a que yo la llamara y Aday estaría todavía durmiendo la mona, por lo que no se habría percatado de mi ausencia.

Diez y media y estaba abriendo la puerta de mi casa, esa de la que tantas veces quise huir y que se había terminado convirtiendo en un refugio para mí. Con la niña ya dentro y en el salón, fui quitando las sábanas que le habíamos puesto a los muebles para que no se estropearan, abrí las ventanas para que se fuera el olor a cerrado y me dispuse a guardar todo lo que traía. Hoy comería en el bar de Antonio, y por la tarde iría al supermercado para llenar la despensa y la nevera, esa que enchufé para que fuera cogiendo frío.

—Tía, te llamo para que sepas que ya hemos llegado —le dije, al contestar mi llamada.

—Dime que estás bien, por favor —me dijo mi tía, en el momento en el que supo que era yo la que estaba llamando.

—No lo estoy, pero lo estaré, principalmente porque tengo que ser fuerte por mi niña, que no se merece tener a una madre hundida.

—¿Qué ha pasado, Evelyn? Aday todavía no ha dado señales de vida, pero dudo que tarde mucho en venir por aquí.

—No creo, porque estará durmiendo todavía… —le conté lo que había pasado y vi como mi tía exclamaba algo, sorprendida.

—¿Estás completamente segura de lo que has visto? —me preguntó, sin saber si dudar o no.

—Totalmente segura. Tenía un chupetón en el cuello, bajo el lóbulo derecho de la oreja, y todo el cuello de la camisa manchado de labial rojo, uno que conozco muy bien, y no voy a consentir que juegue a dos bandas, porque no me lo merezco —le dije, envuelta en un mar de lágrimas.

—Por supuesto que no. Eres una mujer excepcional, Evelyn, y no dejes que nadie apague nunca tu luz —me dijo antes de colgar, prometiéndome que no le diría a nadie donde estaba y que me llamaría en cuanto que pudiera.

Le preparé el biberón a mi niña, y me puse a montar la pequeña cuna de viaje que había comprado para que pudiera dormir bien, porque, aunque podría hacerlo en su cochecito, no estaría tan cómoda como en la cunita.

Eran casi las tres de la tarde, y hacía un calor de infarto, por lo que cerré todas las ventanas y encendí el aire acondicionado, así, a la vuelta, la casa ya tendría la temperatura perfecta para estar bien.

Iba a comer allí en el bar, pero estaba lleno de gente, por lo que, al final, me pedí un menú y me lo llevaría para mi casa, donde estaría más tranquila. A la gente que me conocía y me preguntaba, le dije que estaba estresada de la ciudad y necesitaba pasar unos días en la tranquilidad del pueblo. A nadie le importaba lo que me pasaba, y estaban deseando escuchar cualquier chisme para andar cotilleando.

Puse la televisión y con mi niña en su hamaquita, que también la había cogido, puse la comida encima de la mesa de café mientras me sentaba en el salón.

Encendí el ordenador portátil para empezar a buscar un nuevo trabajo, ya que no pensaba continuar en el que tenía, por mucho que me doliera, sobre todo por el sueldo, que no era nada bajo y me ayudaría a seguir adelante. ¿El problema? Tener que verle la cara todos los días a Aday, recordando su traición.

Mi niña empezó a protestar, y por el olor, supe que se había hecho caca, y estaba incómoda, así que, la cogí en brazos, puse un salva superficie en el sofá y la limpié. Tenía la misma mirada que su padre, y su misma sonrisa, y eso hizo que mis lágrimas volvieran a rodar por mis mejillas.

—Eres lo mejor que me ha pasado en mi vida y al final, tal y como pasó al principio, estamos las dos solas. Nunca dudes de que me dejaré la piel para que no tengas ninguna carencia, ni afectiva ni material, y tampoco te prohibiré el trato con tu padre, pues no sería justo para ti, pero necesito tiempo para sanar —le dije a mi hija, como si pudiera entenderme.

La cogí en mis brazos, la abracé contra mí, y rompí a llorar, ella era la única que podría sanarme.

Capítulo 39



Aday

Me desperté con la boca seca y una sensación muy rara por el cuerpo, sin saber a qué era debido, hasta que lo recordé todo de golpe. Para empezar, me resultó muy curioso que, habiendo bebido los dos lo mismo, Sandra estuviera como una rosa y yo como una cuba.

Entré en el baño para darme una ducha y cuando me miré en el espejo, vi el chupetón que tenía en el cuello y, automáticamente recordé la mirada de dolor de Evelyn.

—Dios mío… ¿Qué he hecho? —le dije a mi reflejo.

Tenía que darle una explicación, pero no pensaba ocultarle nada. No me iba a justificar, porque no tenía justificación, pero sí que le iba a rogar su perdón, que me diera otra oportunidad, aunque conociéndola, no sabía si lo iba a conseguir.

Me vestí y bajé a la cocina, donde esperaba encontrarla, pero no fue así, al igual que tampoco estaba en el jardín ni en el salón. Mi última opción era el despacho, pero mi esperanza de desvaneció de inmediato, pues ahí no había nadie.

Algo en mi pecho dio un vuelco, y subí corriendo hasta la habitación de la niña, donde faltaban un montón de cosas, al igual que ropa de ella, que tampoco estaba.

Salí corriendo a casa de mi padre, con la esperanza de que se hubiera refugiado allí. Llamé con urgencia varias veces, hasta que me abrió mi padre, y en su cara vi el desconcierto.

—Papá, dile a Evelyn que salga, por favor. Necesito hablar con ella urgentemente —le dije, nada más abrir la puerta.

—Evelyn no está aquí, y me parece que es de tener muy poquísima vergüenza venir a buscarla después de lo que has hecho —me dijo Begoña, que salía de la cocina.

—¿Alguien me puede explicar que está sucediendo aquí? —dijo mi padre, alternando la mirada de uno al otro.

—Papá… yo… —no sabía cómo explicarle lo sucedido.

—Me negaba a creerlo, hasta que me he dado cuenta de lo que me indicó mi sobrina. Si no la querías, no tenías que haber hecho que se mudara contigo. Si no estabas enamorado de ella, no le hubieras cortado las alas como hiciste. Quizás, ahora, estaría feliz viviendo en Barcelona y tendría la oportunidad de conocer a un hombre que la viera realmente como es —me reprochó su tía, y con toda la razón del mundo.

—Yo la amo más que a mi vida, y no podré seguir viviendo sin ella a mi lado —dije, tan bajito que parecía que estaba susurrando, pero en realidad era que la pena que sentía no me dejaba hablar.

—¿Has engañado a Evelyn, Aday? —me preguntó mi padre, en un tono que evidenciaba su enfado.

—No lo he hecho a propósito, papá —le dije, pero Begoña no me dejó continuar.

—Claro que no, lo que sucedió es que tropezó y cayó justo con la polla en el interior de otra mujer. No me jodas, Aday, que no tengo el chichi para farolillos —me dijo, con una expresión que solía usar mi madre.

—Vamos a dejar la ironía a un lado, y sentémonos. Quiero que me cuentes todo lo sucedido, sin gritos, sin reproches, dejémosle que se explique —dijo

mi padre.

Pasamos al salón, donde le conté absolutamente todo. Mientras mi padre me escuchaba atentamente, Begoña hacía gestos con la cara, como que no estaba de acuerdo con las explicaciones que yo estaba dando, y la entendía, por supuesto que sí.

—No intento justificarme, porque lo que hice no tiene nombre. Esa mujer ha sido un cáncer en mi vida, y lo seguirá siendo mientras esté cerca de mí. Por todo ello, le voy a enviar ahora mismo un mensaje para decirle que tiene quince días para abandonar la casa, esa que pienso poner en venta, porque no quiero recordar lo sucedido entre esas cuatro paredes —dije, pero Begoña seguía sin creerme.

—Lo siento, pero no me creo que, después de tantos años con ella, no supieras cuál era su nombre completo, no le reconocieras la voz por teléfono y fueras a esa cita sin saber que se trataba de ella —dijo su tía, negando con la cabeza.

—Te lo juro por mi vida, Begoña. Estoy desesperado, necesito saber donde están mi mujer y mi hija, porque, aunque no estemos casados, así la siento. La llamo al móvil y me sale apagado o fuera de cobertura. Tengo que encontrarla y darle una explicación.

—Hijo, esa explicación me parece que llega un poquito tarde. Lo primero que deberías de haber hecho, sabiendo que no te encontrabas en condiciones, era irte para tu casa…

—No podía, papá. Era como si algo o alguien anulara mi voluntad. Como si ella fuera el centro de mi vida. No te puedes imaginar como la deseaba, papá, ni cuando era mi pareja la deseé de esa manera. Sé que esto te puede hacer daño, Begoña, pero no quiero seguir mintiendo, no puedo, tengo que sacarlo todo —dije, y rompí a llorar.

—Llegaremos al final de todo esto, Aday, no lo dudes. Ahora, lo primero es lo primero, envía ese mensaje y aparta a esa mujer definitivamente de tu vida —me dijo mi padre, e hice lo que me había dicho.

Aday: *Tienes quince días para abandonar mi casa. Ya tienes un trabajo, y no te quiero cerca de mí, ni de los míos.*

—Ya lo he enviado —les dije, a mi padre y a Begoña, que seguía sin creerme, cuando mi teléfono vibró encima de la mesa, era Sandra, que me estaba contestando.

Sandra: *Si piensas que me voy a marchar sin pelear, estás listo. Esta casa es tan mía como tuya, porque estábamos juntos cuando la compraste. Además, tu hijo necesita un lugar para vivir.*

Aday: *Ni esa casa es tuya ni ese niño es mío. Por tu culpa he perdido a la que, de verdad, es mi hija, y no se va a quedar así, te lo prometo.*

No me contestó, y supuse que se había dado por enterada, pero estaba muy lejos de la realidad. Una hora después, y mientras estaba todavía en casa de mi padre, vi como una pareja de policías llamaba a la puerta.

—Disculpen, agentes. ¿Puedo ayudarles en algo? —les pregunté, y ambos se miraron.

—Estamos buscando a Aday Vila. ¿Lo conoce? —me dijeron, y asentí con la cabeza.

—Soy yo. ¿Qué ocurre?

—Aday Vila, queda usted detenido por la agresión sexual a Alexandra Muriel —me dijeron, poniéndome unas esposas y llevándome al coche en el que habían llegado.

—Agentes, ¿a qué comisaría lo llevan? —preguntó mi padre, que me miraba con una mezcla de rabia y de pena.

—A la comisaría número cinco. Busquen un buen abogado, porque le va a hacer falta — dijo uno de ellos.

—Papá, avisa a Kiko y a Javier, por favor, ellos sabrán que hacer —le dije a mi padre, mientras me introducían en el coche.

Esa hija de puta me la había jugado, pero bien. En cuestión de minutos lo había perdido todo, desde mi familia hasta mi libertad. Esperaba que mis amigos supieran sacar la verdad a la luz.

Capítulo 40



Aday

Me metieron en una sala y me dejaron allí durante más de una hora, hasta que entró uno de los policías que me habían detenido en casa de mi padre.

—Bueno, qué, ¿vas a confesar o te tenemos que poner contra las cuerdas? —me dijo, con mucha chulería.

—No voy a confesar nada, porque no he hecho nada —dije con rabia.

—Si piensas que, por tener dinero, vas a salvar al pellejo, lo llevas claro. Aquí, el único que se salva es el inocente, y tú, no tienes pinta de que lo seas.

—No me parece justo que se me prejuzgue así, cuando no me conoce de nada.

—Las pruebas lo indican, no yo. Tenemos un preservativo con tu semen, y a una mujer con arañazos y con tu ADN en sus uñas —me dijo, muy seguro de sí mismo.

—Eso lo único que indica es que he tenido relaciones sexuales con ella, que no lo niego, pero siempre con su consentimiento. A lo mejor soy yo el que tendría que denunciarla, por darme sustancias ilegales que anularon mi voluntad sin mi consentimiento —le respondí, y soltó una carcajada.

—¿Pretenda que me crea que una mujer como esa necesita de esas argucias para acostarse con un hombre?

—Yo no pretendo nada, y con un hombre, no, pero para acostarse conmigo, sí que lo ha necesitado, o de lo contrario, no lo hubiera hecho.

En ese momento, aparecieron Kiko y Javier, que se enfadaron muchísimo porque me estaban interrogando sin la presencia de un abogado.

—No se le estaba interrogando, estábamos teniendo una conversación, nada más —dijo el policía, en el mismo tono chulesco con el que llevaba hablándome durante todo el interrogatorio.

—Claro, una conversación en la que pretendía que se declarara culpable. Si nos permite, tenemos el derecho y el deber de hablar con él, a solas. Así que, si no le importa, salga de la habitación —le dijo Javier, porque Kiko estaba dispuesto a cogerlo por las solapas y sacarlo de un empujón.

Esperamos a que saliera de allí y, cuando nos quedamos a solas, la mirada de mis amigos me lo dijeron todo.

—Lo tienes muy crudo, amigo. Así que, por tu bien, será mejor que nos cuentes todo, desde el principio hasta el final, a ver lo que podemos hacer por ti —me dijo Javier.

Empecé a contarles lo que había sucedido con el pedido de la materia prima, y fui relatando cada paso que di, desde que nos vimos en el restaurante, hasta que llegué a mi casa.

—Esa mujer está dispuesta a joderte vivo, Aday, y no sé por donde vamos a poder meterle mano al asunto —me dijo Kiko, pero vi un rayito de esperanza en la mirada de Javier.

—Vamos a ir al restaurante, y hablaremos con el portero. También nos has dicho que te fuiste en taxi y que lo cogiste en la parada que hay frente al edificio del ático, por lo que intentaré localizarlo a ver si recuerda el estado en el que te montaste —me dijo Javier.

—Me acosté con ella, sí, y todavía no logro entender por qué lo hice, pero no la agredí y, mucho menos la violé, os lo juro. Me conocéis de sobra y si estando mal con ella no le puse nunca los cuernos, ¿por qué lo iba a hacer

ahora cuando con Evelyn todo iba de maravilla? —les dije, esperando que me entendieran.

—Lo sabemos, e intentaremos llegar al final de todo. También ha insistido en que el niño es tuyo, ¿verdad? Pues vamos a pedir una prueba de paternidad, y así saldremos de dudas. Tenemos los mensajes que te envió como prueba, y trataremos de darle la vuelta. Eso que te dijo se puede considerar amenazas —me dijo Kiko, anotando todo en su cuaderno.

Estábamos terminando de hablar, cuando entró de nuevo el mismo policía, acompañado de otro más. Me dijeron que, mientras que investigaban todo, estaría en el calabozo, donde con seguridad, tendría que pasar la noche.

Mi madre había pedido verme, pero no se lo habían permitido. Hasta que no tuviera la vista con el juez, no podría recibir visitas. Me llevaba las manos a la cabeza, pensando en lo que podría haber sido y no fue. Si cuando la vi allí me hubiera marchado, si cuando mi chica me envió el primer mensaje lo hubiera contestado y hubiese corrido a su lado, ahora mismo estaría con ella y mi niña en mi casa, no que ahora no sabía ni donde se encontraban.

Tenía que salir de esta, lo iba a conseguir, e iba a ir a buscar a mis chicas, aunque tuviera que hacerlo por cielo y tierra. Mantendría la esperanza hasta el último momento, o me vendría abajo anímicamente y entonces estaría perdido.

Me preguntaba si su tía habría llamado a Evelyn para contarle todo lo que estaba sucediendo, si ella habría querido escucharla y si vendría a darme su apoyo.

Mi cabeza era una olla exprés en ese momento, pues mis pensamientos iban saltando de una idea a otra, haciendo que no pudiera dejar de pensar y provocándome un fuerte dolor de cabeza.

—Me duele la cabeza. ¿Me podría dar un analgésico, por favor? —le dije al policía que vino a traerme algo de comer.

—¿Te has pensado que estás en el Hilton? Anda, lo que tienes que hacer es comer algo y echarte a dormir, que lo que tienes se llama resaca —me dijo, y

entonces me di cuenta de una cosa, en ningún momento dije que había bebido.

—Necesito hablar con mi abogado, y a eso no se puede negar —le dije, viendo como empezaba a enfadarse, pues sabía que tenía razón.

Salió de allí, y a los diez minutos, bajó Javier, a quien veía menos preocupado que la primera vez que lo tuve delante de mí.

—Ese policía me acaba de decir que lo que tengo es resaca. Además, no tengo ni un solo arañazo, por lo que Sandra no podía tener ADN mío en las uñas —le dije, y Javier sonrió.

—Lo sabemos. El juez también está enterado, pero vamos a esperar a ver hasta donde llegan. Tanto él, como el otro policía tienen una relación algo complicada con Sandra, y han planificado todo con la ayuda de ella, por supuesto, para sacarte todo el dinero posible y, si se puede, dejarte fuera del mercado durante una temporadita —me dijo Javier.

—Pues no tardéis en actuar, por favor, que mi vida está en pausa y tengo que ir a buscar a Evelyn y a mi hija…

—Tengo otra cosa más que decirte. He pedido la prueba de paternidad del niño, y el juez la ha aceptado. Si se demuestra todo y ese niño es tuyo, tendrás que hacerte cargo de él. ¿Estás dispuesto? —me preguntó Javier, y no lo dudé.

—Si es mi hijo, por supuesto que me haré cargo, pero según todo indica, es hijo de un ginecólogo que estuvo liado con ella, cuando aún éramos pareja. Pero así saldremos de toda duda, y no me quedará esa cosa de que pudiera ser mi hijo y lo hubiera dejado abandonado —le contesté, mientras mi amigo asentía con la cabeza.

Capítulo 41



Evelyn

Me había quedado dormida en el sofá, con la niña a mi ladito en su hamaca, que también se había quedado dormidita con el fresquito del aire acondicionado, porque afuera hacía un calor de mil demonios.

Casi se me había olvidado las temperaturas que hacían en esta época del año en el pueblo, y no es que donde yo vivía ahora hiciera frío, ni mucho menos, pero abrir una ventana aquí, era como abrir la puerta del infierno, os lo prometo.

Tan a gusto estábamos las dos, que ni me había dado cuenta de que mi móvil estaba vibrando, y es que como ese número no lo tenía nadie, pues como que no le echaba mucha cuenta.

—Dígame —respondí, algo adormilada.

—Evelyn, mi amor. No te puedes imaginar lo que ha sucedido —me dijo mi tía, y pensé que le había ocurrido algo.

—¿Te ha pasado algo? ¿Estás bien? —pregunté, espabilándome de golpe.

—Yo sí, pero Aday…

—Mira tía Begoña, si me has llamado para hablarme de Aday, desde ya te digo que no quiero saber nada de él —la interrumpí.

—Evelyn, esto es serio. Esa mujer, Sandra, lo ha acusado de violación, y está en un calabozo. Hija, tienes que venir, mostrarle tu apoyo…

—Un carajo le voy a mostrar, será porque se lo merece. Mira, es un hijo de puta, pero no es un violador, aunque eso no implica que yo vaya a estar allí, a su ladito y cogiéndole la mano. Para mí murió en el mismo momento en el que se acostó con ella mientras vivía conmigo. Ahora, si me disculpas, tengo que darle el biberón a la niña —le dije, y colgué la llamada.

Lo sentía por él, pero tan solo era su culpa. Sabía como era y de la manera que manipulaba a la gente a su antojo. En estos momentos me preguntaba si era realmente verdad lo que dijo cuando nos la encontramos en el parque, o era su manera de meterse de nuevo en nuestras vidas. Sea como fuere, Aday había caído de nuevo en sus garras, y eso no se lo iba a perdonar.

Encendí de nuevo el portátil, y tenía un correo electrónico de una de las empresas a las que había enviado el currículo. Se trataba de una en la Costa del Sol, y me citaba para hacer una entrevista a través de videollamada dentro de una hora, que por supuesto, acepté.

Estaba sentada delante del ordenador, esperando a que me entrara esa videollamada, que no tardó ni dos minutos en llegar. Tras la pantalla, me encontré con una mujer de unos cincuenta años, muy elegante, pero con una sonrisa de esas que te infunden confianza.

—Buenas tardes, Evelyn, permíteme que te tutee, al igual que quiero que hagas conmigo. Mi nombre es Verónica, y soy la directora general —me dijo, sonriendo.

—Buenas tardes, Verónica, y encantada de conocerte. Para mí es un gran honor que hayas elegido mi currículo para entrevistarme —respondí, también sonriente.

—Verás, las condiciones del contrato son…

Verónica me explicó todas las condiciones del contrato, que eran bastante ventajosas. Me fue contando que las instalaciones contaban con una guardería en la planta baja, para los bebés de los empleados de cero a tres años, gratis, para que las familias pudieran conciliar. También me contó la ubicación, así

como que la empresa se encargaba de buscarme el alojamiento, por lo menos los primeros meses…

—¿Estás conforme? ¿Te interesa el puesto? —me preguntó, muy amablemente.

—Claro que me interesa, tan solo tendrías que darme un par de semanas, a lo sumo, tres, para poner todo en orden…

Le expliqué mi situación actual, y quedó en que, como el mes de agosto permanecían cerrados y estábamos a mediados de julio, prácticamente, no me tendría que incorporar hasta septiembre, dejándome el margen suficiente como para cerrar mi ciclo en la farmacéutica y empezar de cero en la Costa del Sol.

Me quedaría todavía unos días más en el pueblo, y luego volvería a Sevilla, donde recogería todas mis cosas y presentaría mi carta de renuncia en la empresa. Pero, para ello, tenía que coger fuerzas, unas que no tenía en estos momentos, y que me permitieran enfrentarme a Aday. También teníamos que llegar a un acuerdo para las visitas de la niña, si él quería, no sería yo la que le impidiera a mi hija crecer junto a su padre. Como pareja era un mojón, aunque como padre era excelente, eso no cabía duda.

Volví a poner mi tarjeta, y me encontré con infinidad de mensajes y llamadas de Aday, pero no leí ninguno, tenía que empezar de cero, así que, llamé a Javier para que ejerciera de intermediario.

—Hola Javier, te llamaba para concertar una cita para tratar el tema del régimen de visitas de Aday a la niña —le dije, y lo noté preocupado.

—Hola Evelyn. Siento decirte que ese tema tendrá que esperar. Ahora mismo estamos sumidos en el caos que Sandra ha formado, con acusaciones falsas, pruebas inventadas y demás. Ya te llamaré cuando todo se solucione —me dijo, y colgó la llamada.

Fue muy frío conmigo, entendía que era su amigo y tuviera que defenderlo en ese tema, pero no tenía derecho a tratarme así. Si hubiera sido un hombre de los que se visten por los pies, en estos momentos no estaría metido en este lío.

Aquí, la única que había sido engañada y de la peor forma era yo, que me habían utilizado cuando todavía sentía algo por su ex, porque, por mucho que me dijera que no, esa era la sensación que tenía, e iba a ser un tanto difícil que me sacaran de ahí.

Como no me conformé con lo que me dijo Javier, llamé a Dani, que era su mano derecha y algo más sabría.

—Evelyn, ¿estás bien? —me preguntó mi amigo, algo preocupado.

—Hola Dani. No te voy a mentir, no, no lo estoy, pero saldré de esta. Cuéntame, ¿qué ha pasado con Sandra y Aday? —Fui directa al grano.

—Lo manipuló, y estoy por decirte que incluso le echó algo en la bebida para que actuara de esa manera. Evelyn, Aday no siente por ella nada más que mucho asco, te lo aseguro. Está y estará siempre enamorado de ti. Se volvió loco cuando se dio cuenta de lo que había hecho, deberías darle otra oportunidad —me dijo, pero algo en mi interior me decía que no confiara.

—No puedo, Dani. Tengo tanto dolor en el alma, que no sé si seré capaz ni de mirarlo a la cara. Pero no solo te llamaba por eso, también para que me prepares el finiquito, he encontrado otro trabajo lejos de Sevilla, al que tengo que incorporarme en Septiembre…

—No lo hagas, Evelyn. No apartes a tu hija de su padre. Si no quieres seguir trabajando codo con codo con él, te hago el cambio y empiezas conmigo después de tu baja maternal, con el mismo sueldo y las mismas condiciones. No sería justo para ninguno de los dos —me dijo, y me paré a pensarlo.

—Te prometo que estoy hecha un lío —le dije.

—Tómate unos días lejos, vete a la playa, tal y como tenías pensado, o permanece en el pueblo, porque sé que es ahí donde estás, pero vuelve fuerte, y haz lo que tengas que hacer, pero no te vengues de él con tu hija, que tiene derecho a crecer con su padre — respondió antes de cortar la llamada.

Capítulo 42



Aday

Por fin habían terminado de recoger todas las pruebas y, una vez que se presentaron al juez, este determinó que se trataba de una treta para intentar perjudicarme. En la analítica que me hicieron, todavía quedaban restos de una nueva droga que dejaba al descubierto la parte más primitiva de la persona que la tomaba, y que explicaba mi forma de actuar de aquel día.

También se habían realizado las pruebas de paternidad correspondientes, y estábamos a la espera de los resultados. El niño, del que ni siquiera sabía el nombre, permanecía con esa amiga de Sandra que se había quedado cuidándolo aquel día. Otra muestra más de que todo fue premeditado.

—Quedas en libertad, amigo. Eso sí, como te vea a menos de diez kilómetros de la sinvergüenza esa, el que te mata soy yo —me dijo Kiko, dándome un abrazo.

—No la quiero delante de mi vista. Vamos, hay un holocausto, es la única mujer que queda en el mundo, y me vuelvo gay —le dije, sabiendo que eso desataría su locura.

—Si te haces homosexual, me convierto al poliamor. Disfrutar de ese cuerpecito serrano tiene que ser una locura, chaval —dijo, mirándome de forma lujuriosa, pero completamente en broma.

—Quita esa cara, coño, que parece que estás hambriento y él es el mejor de los manjares —le dijo Javier.

—Ni que lo digas. Últimamente, me tienes a pan y agua.

—Vale, vale, no necesito saber vuestras aventuras amorosas —les dije, zanjando el tema.

Mis amigos eran así, cuando cogían una retahíla, no había quién los parase, e iban a terminar sacando todos sus detalles sexuales, sin importarles quien estuviera delante.

Lo primero que hice fue encender mi teléfono y volver a llamar a Evelyn y, para mi sorpresa, esta vez, sí que me contestó a la llamada.

—Evelyn… mi amor… yo…

—Hola Aday. Veo que se ha podido aclarar todo y que ya estás libre…

—Necesito explicártelo todo, no era yo, te lo prometo. Me echó algo en la bebida. Tengo que verte, decírtelo a la cara, dame una oportunidad, por favor te lo pido —le supliqué, casi llorando.

—Ahora mismo no tengo fuerzas, Aday. Te iré mandando un video de la niña todos los días, cuando me encuentre con fuerzas, hablaremos y llegaremos a un acuerdo sobre el régimen de visitas de la niña, y demás. Estoy buscando una casita, en cuanto tenga algo, pasaré a recoger mis cosas, entiendo que las de la niña las compraste tú, y se deben de quedar en tu casa —me dijo, y os juro que me mató con esas palabras.

—No quiero que te vayas, te necesito a mi lado, por favor —supliqué.

—Yo tampoco quería que me cornearas y lo hiciste. Yo tampoco quería que me engañaras sobre tus sentimientos, y lo volviste a hacer. Pero bueno, no quiero hablar nada de eso, que me hace muchísimo daño. En cuanto me encuentre mejo, volveré a llamarte —me dijo y colgó la llamada.

Esa conversación se produjo ante la atenta mirada de mis amigos, que me observaban con una mezcla de pena y de “te lo dije” que me llegó al alma.

—Lo tienes jodido, amigo. Esperemos que sea capaz de perdonarte todo y de entender que anularon tu voluntad —me dijo Javier.

—Tendría que haberme marchado en cuanto la vi llegar, pero soy tan gilipollas, que no lo hice. Te juro que pensé que había cambiado, que cuando le ofrecí el ático…

—Cuando le ofreciste el ático ya estaba liada con el dueño de la empresa de transporte, por eso trabaja allí. Bueno, eso de que trabaja es un decir, va por la mañana, como la que va a la pasarela Cibeles, se sienta y atiende alguna que otra llamada. Si la encontraste allí, fue porque ella quiso que lo hicieras. No le hacía falta ni la casa ni el dinero que le diste, porque estaba cubierta, pero sabía que era la única manera de llegar hasta ti —me dijo Javier, que la había investigado a fondo.

—No se puede ser más hija de puta que ella. ¿Sabes qué? Ojalá y ese niño sea mi hijo, y así poder educarlo en los valores que su madre no tiene —contesté, enfadado.

—Al investigarla, hemos visto que, en la época en la que se quedó embarazada, no solo estaba contigo, sino también con el médico ese que dijiste, y con un empresario de la noche. Pero, sea como sea, ese niño necesita una familia que lo lleve por buen camino —dijo Kiko.

Tenía razón, porque con su madre, aunque de momento había quedado en libertad con cargos, al igual que los dos policías que habían estado liados con ella, que habían sido suspendidos de empleo y sueldo hasta que se aclarara todo. Según ellos, no tenían nada que ver con esas pruebas manipuladas, pero todo se aclararía en el juicio.

Llegué a casa y me estaban esperando, tanto mis padres, como Begoña, que ya estaba un poco más conforme con la versión de los hechos. Mi madre se fundió en un abrazo conmigo, mientras lloraba como una magdalena.

—Ay, hijo mío, cuanto miedo he pasado —me decía, mientras me abrazaba.

—Ya pasó, mamá. Todo era mentira, fue ella la que me drogó para hacer lo que le diera la gana conmigo —le dije, mirando a Begoña, que agachó la

cabeza, como avergonzada.

—Aday, yo quería pedirte disculpas por como te hablé el otro día —me dijo, pero sin levantar la cabeza.

—Actuaste como lo haría una madre con su hija, Begoña. No me tienes que pedir disculpas, te lo aseguro. Lo que sí puedes hacer por mí, es convencer a tu sobrina para que me escuche, para que me dé la oportunidad de explicarme —le pedí, con ojos suplicantes.

—Te aseguro que, si está en mi mano, lo haré. Dejaré todas mis fuerzas en que te escuche. No te puedo decir que volverá contigo, no al menos de momento, porque alberga tanto dolor en su interior, que ahora mismo la tiene cegada —me decía, tomando mis manos.

—Ahora, hijo, debes tener paciencia con ella. Déjala que sane ese dolor antes de poder sentarse delante de ti. Solo así podrás llegar hasta ella, eso sí, demuéstrale que, aunque no esté dispuesta a enfrentarse a ti, tú estarás ahí siempre para ella, brindándoles el amor que, tanto ella, como la niña, necesitan —me dijo mi padre.

Subí a mi habitación para darme una ducha y cambiarme de ropa, pero antes, no pude evitar entrar en la habitación de mi hija. Abrí el armario en el que estaba colgada su ropita, cogí una camiseta y la olí. No pude remediarlo, y me puse a llorar como si fuera un recién nacido. En ese instante, entró Begoña, que me vio tirado en el suelo abrazando la prenda.

—Las echo tanto de menos, Begoña, que no sé como voy a ser capaz de seguir adelante —le dije. Ella no pronunció palabra, tan solo me abrazó.

Capítulo 43



Aday

Habían pasado ya casi dos meses desde que todo sucedió, y hoy teníamos el juicio, puesto que yo interpuse una denuncia contra Sandra. Ahí también sabríamos el resultado de la prueba de paternidad, ya que la demanda era conjunta.

Ella llegó como siempre, con esa altivez que la caracterizaba y esa prepotencia, acompañada de Virginia y del bebé, que ya tenía casi ocho meses.

Ambas pasaron por mi lado, sus sonrisas destilaban tanta maldad que ponían los vellos de punta. Al llegar a la altura de su abogado, Virginia se mostró demasiado cariñosa con él, señal inequívoca de que estaban liados.

Durante todo este tiempo, Evelyn me había enviado videos de la niña, y dos veces por semana, me hacía una videollamada para que la pequeña no se olvidara ni de mí, ni de mi voz. Las echaba de menos como el primer día, y en cada ocasión que tenía, se lo verbalizaba. Estaba deseando que todo terminara y volvieran a casa para tenerlas cerca.

—Tenemos que entrar ya. ¿Estás preparado? —me preguntó Javier.

—Siempre, amigo. Quiero a esa mujer lo más lejos de mí posible, te lo aseguro —le contesté.

El juico transcurrió sin incidentes, a Sandra le impusieron una orden de alejamiento de mí y de los míos, y la condenaron a un año de cárcel, pero como no tenía antecedentes, no lo cumpliría. Eso sí, si cometía un solo error, entraría de cabeza.

Con respecto a la paternidad del niño, se demostró que no era mi hijo, por lo que mi conciencia quedaría tranquila de haber hecho todo lo posible por él. En esa misma sentencia, le daban cinco días para abandonar mi casa, por mucho que ella insistía en que la había comprado cuando estábamos juntos, yo pude demostrar que todo el dinero utilizado en su compra salió de mi bolsillo, así como la cantidad ingente de dinero que se gastaba diariamente, y también salía del mismo lugar.

Tenía claro que esa casa la pondría a la venta en cuanto que ella saliera de allí, y por eso ya había hablado con una inmobiliaria. No quería tener que poner un pie en esa propiedad y recordar todo lo que había sucedido allí, así como el dolor que causé a la persona que más quería.

—Yo me tengo que ir, pero me da exactamente igual, pues no lo necesito para nada. Eso sí, yo perdí mi vida, y tú has perdido la tuya, no del modo en el que me hubiera gustado, que era con tus huesos en la cárcel, pero al menos, me queda la tranquilidad que ni ella, ni tu hija, estarán cerca de ti —me dijo, con rabia, con asco en su manera de dirigirse a mí, y me desquicié, no lo pude evitar.

—Sois dos víboras que pagareis todo el daño que habéis hecho en la vida, te lo prometo. Y tú —dije dirigiéndome a Virginia —, eres la peor de las dos. No has sido capaz de sentir ni un poquito de empatía por tu propia hija, a la que le estás infligiendo el mayor de los sufrimientos.

—Esa niñata no tiene más que lo que se merece. Por su culpa, he tenido que vivir separada del amor de mi vida. Si ella no hubiera venido al mundo, todavía seguiríamos juntos. Es justo que, ahora, le toque a ella vivir y sufrir lo mismo que yo —me espetó, y menos mal que me paró mi padre.

—No merece la pena, Aday —me dijo mi padre, pero ella no paró.

—Aquí el único que no merece la pena eres tú. Hermanita, como siempre, recogiendo las migajas que yo voy dejando. Primero fue con mi hija, cuando

tú no podías tener tus propios hijos, y ahora mi exmarido, que seguro que me ve a mí cuando está haciendo el amor contigo. Porque, tengo claro que conmigo follaba en plan salvaje, pero tú… tú no estás hecha nada más que para cuidar a los demás, como si fueras una monjita —le dijo, soltando una carcajada.

Begoña, lejos de amilanarse, se puso a pocos centímetros de ella, la miró con desprecio y le soltó cuatro verdades bien dichas.

—Eres tan pobre que solo tienes dinero, un dinero que, además, ni siquiera es tuyo. Pero ¿sabes qué? La que disfruta de sus besos y sus abrazos, soy yo. La que se ríe con sus ocurrencias, soy yo. Y la que tiene el cariño de todos a los que tú no has sabido amar, soy yo. Ojalá y no aparecieras nunca más por nuestras vidas —le dijo.

Salimos del juzgado y me llevé la sorpresa de mi vida, pues allí estaban Evelyn y mi hija, esperando y sin atreverse a entrar. La niña, en cuanto me vio, le salió una sonrisa, levantando sus bracitos para que la cogiera, y ni siquiera me lo pensé.

—Dime que habéis venido para quedaros, por favor —le dije, con una mirada suplicante.

—Sí, ya se me ha terminado la baja maternal y me incorporo la semana que viene. Ya tengo casa, alquilada por supuesto, y cerca de todos, para que puedan quedarse con la niña mientras yo trabajo —me contestó.

Cogí a mi niña en brazos y me fundí en un abrazo con las dos, mientras mis lágrimas rodaban por las mejillas, sin poder evitarlo.

En ese preciso instante, salían las dos con el niño, y su cara decía mucho. Sandra no se podía acercar a nosotros, pero Virginia no dudó en hacerlo, diciendo las palabras más hirientes que salieron de su podrida alma.

—Eres igual que tu tía. Pero, claro, no se podía esperar otra cosa. Quedándote con las migajas de cariño que un hombre adultero te da. Te voy a decir una cosita para que no te equivoques. Esa que está ahí, con tan solo chasquear los dedos, tiene a ese hombre entre sus piernas, haciéndola gritar de

placer y, como muestra, te voy a enviar una cosa —le dijo, mientras Evelyn la miraba con dolor.

¿Cómo una madre podía hacerle tanto daño a su propia hija? ¿Tanta maldad albergaba en su cuerpo? ¿Tan negro era su corazón como para actuar de esa manera?

—Desaparece de mi vista, Virginia. Ahora que soy madre, sé que tú nunca fuiste la mía, porque una madre es la que se desvela por las noches en cuanto escucha a su hijo moverse, la que acompaña en los mejores y en los peores momentos. En definitiva, la que está ahí para ti, siempre. Y tú, nunca has estado. Ahora, si me disculpas, mi hija tiene que comer —le dijo, dándole la espalda.

Su móvil vibró, y supe que la otra le había enviado algo a Evelyn. Esperaba que no fuera lo que me estaba imaginando, porque entonces, con la denuncia que le iba a poner, iba a entrar en la cárcel por la puerta grande.

Al ver la cara que ponía la madre de mi hija, vi que no me había equivocado. Le quité el teléfono de la mano, y pude comprobar que era un video de esa noche, en el que se nos veía a los dos follando como animales, y me arrepentí de no haberme ido a casa en el momento en que la vi, porque me iba a costar que Evelyn pudiera eliminar esa imagen de su retina.

Capítulo 44



Evelyn

Hacía ya dos meses de mi vuelta y a pesar de que la relación entre Aday y yo era cordial, no pasaba de ahí. Al final, me mantuve en mi puesto de trabajo, no me cambié al despacho de Dani, y no habíamos tenido ningún problema desde entonces.

Yo alquilé una pequeña casita de una sola planta en la misma urbanización. Tenía dos dormitorios, baño, aseo, cocina y salón. Un pequeño jardín trasero completaba toda la propiedad. Para nosotras dos estaba de lujo, porque, además, las estancias eran amplias, y no tenía el miedo de las escaleras, ya que Claudia había empezado a andar con el andador y gateaba a la velocidad de la luz.

Aday pasaba todas las tardes con nosotras, unas veces en mi casa, otras en la de nuestros padres, dependiendo de quién estuviera cuidando a la niña y donde.

Hoy era mi cumpleaños, e iríamos a comer a casa de Antón y mi tía, donde nos esperarían todos mis amigos. No era muy de celebrarlo, porque eso me indicaba que me estaba haciendo mayor, pero Begoña insistía cada año en que eso era motivo de celebración, no de pena.

—¿Evelyn Camacho? —me preguntó un repartidor, y asentí con la cabeza —Esto es para usted, firme aquí, si es tan amable.

Lo primero que recibí fue una pulsera de cuarzo rosado, cuyo significado no sabía, pero que no tardé en buscar en Internet, encontrándome que era considerado una muestra de amor verdadero. Al leer la nota, no pude evitar emocionarme.

"Desde el momento en el que pude posar mis labios sobre los tuyos, supe que eras el amor de mi vida. Creo que ya ha pasado el tiempo suficiente para que me des la oportunidad de explicarme. Para mí, es una tortura no poder besarte cada instante que compartimos juntos, y pienso que hoy es el día idóneo, ya que empiezas un nuevo año de vida. Feliz cumpleaños, mi amor".

Ni diez minutos habían pasado, cuando llegó otro repartidor con un paquete y otra nota. En este caso era un colgante de oro blanco con la figura de un hombre y una mujer, que tenían cogida de la mano a una niña.

"Con este colgante quiero que recuerdes que siempre hemos sido una familia, la nuestra, la que no deberíamos de permitir que estuviera separada. Os quiero más que a mi vida. Felicidades, amor mío".

Así estuve durante toda la mañana, recibiendo paquetes y notitas, hasta que llegó uno que me dio de lleno en el corazón. Era un ramo de rosas amarillas, que se utilizaba para pedir perdón. Traía tres docenas, y desprendían un olor que daba gloria.

"Haré lo que me pidas si me das otra oportunidad. No puedo vivir sin ti, lo quiero todo contigo, con vosotras. Empezaremos de cero en otro lugar si es lo que necesitas. A tu lado, a vuestro lado, no necesito nada más".

En ese instante se abrió la puerta de su despacho, y lo vi. Parado en la puerta, con los brazos abiertos y las lágrimas rodando por sus mejillas, y ya no pude mantener ni un segundo más la coraza que había levantado alrededor de mi corazón.

—Perdóname, Evelyn, te prometo que no era yo el que estaba allí en ese momento —me dijo, y me lancé a sus brazos.

—Quiero que me cuentes todo, sin dejarte ni un solo detalle, por mucho que pienses que me va a doler —le dije, y es que, para empezar de cero, no debería haber ni secretos ni mentiras entre nosotros, esa era la base para

volver a tener la confianza que teníamos antes de que ocurriera todo lo que pasó.

Entramos en su despacho, pues aún teníamos tiempo antes de ir a casa de Antón y de mi tía, y estuvimos durante más de una hora hablando. No me ocultó nada, aunque tengo que decir que hubo cosas que me molestaron muchísimo, pero tenía que verlo en el contexto de que él no estaba en sus cinco sentidos.

—Te juro que, después, en frío y en mis cabales, analicé mucho de mis pensamientos y me daba asco de mí mismo —me dijo, casi llorando.

—No te voy a negar que muchos me han dolido, como ese de que ella había conseguido recuperar su figura tras el parto y yo no. Sabías que, en esos momentos, mi mayor complejo era ese, que mi vientre no había vuelto a ser el de antes y mi cuerpo ya no era el mismo —le dije, sin pensarlo dos veces, no quería que se quedara enquistado.

—Lo sé, y no me lo perdonaré en la vida. Eras, eres y serás siempre preciosa, por mucho que estuviera obnubilado ese día —me respondió.

—Y soy consciente de ello, pero eso no significa que no me duela como lo ha hecho.

—Dame otra oportunidad, Evelyn, por favor. Te prometo que no te volveré a fallar en la vida —me suplicó.

Realmente, era una tontería que estuviéramos los dos sufriendo cuando seguíamos sintiendo lo mismo el uno por el otro. No me lo iba a pensar, mi niña estaba loca con su padre y yo también lo echaba de menos, no iba a ser hipócrita.

—Tan solo te voy a decir una cosa, no más mentiras, no más engaños y, por supuesto, no más cuernos. Si me entero que has hecho algo de esas tres cosas, no solo terminaré con nuestra relación, sino que me marcharé al extranjero y no me verás más. Verás a tu hija el tiempo que te corresponda, y se acabó. Creo que he sido lo suficientemente clara al respecto —le dije, mientras veía en su cara la ilusión y en sus labios una sonrisa.

—Ven aquí y dame un beso, que llevo deseando dártelo desde el día que te plantaste en la puerta del juzgado —me dijo, jalando de mi brazo para acercarme a él.

Volver a sentir sus labios en mi boca fue como entrar en el paraíso. Lo que empezó siendo algo dulce, se transformó en algo salvaje y primitivo, en el que nuestras lenguas luchaban por ver quién tenía el poder de las dos y demostrar más en ese beso.

Salimos de la oficina, me tuvo que ayudar a llevarlo todo al coche, y quedamos en vernos en la puerta de casa de su padre, para darles a todos la noticia juntos.

Encontré aparcamiento a la primera, pero me extrañó que Aday no hubiera llegado todavía, pues salió justo detrás de mí. Estaba parada en la puerta, cuando vi salir a Antón corriendo, sin darse cuenta de que yo estaba allí.

—Es Aday, ha tenido un accidente —me dijo, y no lo pensé, me subí con él en el coche y partimos los dos rumbo al hospital al que lo llevaban, tan solo le pedía al cielo que no fuera nada grave, no ahora que habíamos decidido empezar de cero.

Capítulo 45



Aday

No sé de donde salió, el caso es que, cuando me di cuenta, estaba tirado en la cuneta con el coche volcado. No os puedo decir cuantas vueltas de campana dio el coche, porque, en un momento determinado, perdí el sentido. Escuché como llegaban los bomberos y la ambulancia, incluso os puedo decir como me sacaron del coche, ese que tuvieron que abrir como una lata de sardinas, pues no había manera de sacarme de allí.

Cerré los ojos un instante, o al menos eso pensaba yo, pues cuando los abrí de nuevo, estaba en la sala de un hospital, con un montón de máquinas conectadas y un brazo escayolado.

—¿Dónde estoy? —pregunté, porque sabía que era un hospital, pero no su nombre. Evelyn y mi familia tendrían que estar preocupados, y no quería más malentendidos entre nosotros.

—Estás en el hospital San Martín, ¿recuerdas algo de tu accidente? —me preguntó una enfermera.

—Lo recuerdo todo, pero… por favor, avisad a mi familia, que debe estar preocupada. Ya es de noche y habíamos quedado para comer —le dije.

—Habíais quedado para comer hace tres días, porque son las dos de la madrugada. Ahora mismo avisamos a tu mujer y a tu padre, que son los que han dejado su teléfono para que les avisemos —me dijo la enfermera.

¿Tres días? ¿Había estado inconsciente durante todo ese tiempo? Me llevé la mano a la cabeza, pero la tenía bien, o al menos, no había vendaje ni nada que me indicara que los daños eran mayores.

A nada de tiempo, aunque para mí en estos momentos el tiempo era algo relativo, porque minutos me parecían horas y los días me resultaban como segundos, llegó un doctor que me hizo una tonelada de preguntas, para comprobar que en mi caja de cambios todo iba a la perfección.

—Señor Vila, por lo que veo, está todo perfecto. Ahora vendrá una enfermera para quitarle la monitorización y le subiremos a planta. Su familia ya está al corriente de que ha despertado, y está en camino. Mientras tanto, será mejor que descanse un poco —me dijo el médico, de manera muy amable.

—Gracias doctor —le dije, antes de que saliera de allí.

Me quitaron todas las máquinas a las que estaba conectado, y dos celadores me subieron a la habitación. Tenía unos ventanales enormes, desde donde podía ver la giralda, por lo que estábamos cerca de la Catedral, eso seguro. No había oído hablar de este hospital en mi vida, pero si estaba aquí era porque me correspondía, o eso quería pensar.

—Mi amor, dime que estás bien —me dijo Sandra, entrando por la puerta como un huracán.

—Lárgate de aquí ahora mismo. Tienes una orden de alejamiento que no dudaré en denunciar si no te largas —le dije, enfadado. ¿Quién coño la había avisado?

—Ya has oído a mi hijo. Te dije que no te quería ver, que lo que me estabas contando era mentira, y acaba de quedar demostrado. Aquí la única mujer y madre de su hija es Evelyn, así que, aprovecha que estás en el hospital y que te revisen la azotea, que se te ha debido caer una antena —le dijo mi padre, y supe, entonces, que otra vez la había liado.

—Dime que Evelyn viene de camino o me quito todo esto y me voy a buscarla —le dije a mi padre, dispuesto a arrancarme el gotero del brazo.

—Ni te vas a arrancar nada y te vas a ir a ninguna parte. Estaba aparcando cuando tu padre ha visto al bicho este entrar en el hospital. Por cierto, la policía ya viene en camino, he sido yo la que he denunciado que ha roto la orden de alejamiento —escuché a Evelyn hablar, y una tranquilidad me inundó de momento.

—¿Tú quién coño eres para avisar a nadie? Él es mi pareja, el padre de mi hijo, y por tu culpa está lejos de mí. Ojalá os hubierais muerto la dos en el parto, de nada sirvió todo lo que te eché aquel día en el café —dijo, y nos miramos los dos, pues eso era una acusación muy grave.

Justo entraba la policía en ese momento, y nos contó, mientras que se la llevaban detenida a Sandra, que Virginia ya había pasado a disposición judicial por intento de homicidio. Era ella la que conducía ese coche que me embistió, y la que le había facilitado a Sandra el medicamento que vertió en el café de Evelyn aquel día en la cafetería, y que le podía haber costado la vida, tanto a ella, como a mi hija.

Salían de allí con ella esposada, cuando Evelyn les hizo una pregunta a los agentes, una que me demostraba el gran corazón que sentía. Justo entonces, entraron Kiko y Javier, que también habían sido avisados por mi padre.

—¿Qué va a pasar ahora con su hijo?

—No tiene familiar directo ni nadie que asuma su custodia, por lo que pasará a un centro de acogida de menores hasta que encuentren una familia —dijo uno de los policías.

—¿Podemos quedarnos nosotros con él? —preguntó Kiko, ante la atenta mirada de los agentes.

—Si ellos no pueden, nos lo quedamos nosotros. Ese niño no puede ir a un centro, ese niño necesita amor a raudales, y aquí, en nuestra familia, se lo podemos dar —respondió Evelyn, dejando constancia de que, para ella, los niños no eran los culpables de nada.

—Vengan conmigo, por favor —les dijo uno de los agentes a Kiko y Javier, que no dudaron en seguirlo.

—Ahora mismo volvemos, y esperemos que seamos tres —dijo Javier, guiñando un ojo.

—Gracias, mi amor. Gracias por no creer ni una sola palabra de lo que ha dicho esa mujer, que debe de estar loca, porque no tiene otra explicación —le dije.

—Está loca, pero no por lo que tú te imaginas. Está desquiciada porque está metida en la coca hasta las cejas, al igual que Virginia. Ambas iban en el coche que te embistió, pero no eras tú su objetivo, sino la niña y yo —me dijo Evelyn, dejándome con la boca abierta.

—¿Estás segura?

—Completamente. Es lo que ha declarado Virginia a la policía cuando la han atendido en otro hospital. Su coche también ha quedado destrozado, pero ellas pudieron salir sin ayuda. Es más, Sandra ni siquiera tiene ni un rasguño —me contestó, y supe que no mentía, no tendría sentido.

Poco más de media hora después, entraron los dos, Kiko y Javier, empujando un carrito de bebé que había visto tiempos mejores, con un niño precioso, aunque completamente sucio y mal vestido.

Tanto Evelyn como yo, nos llevamos las manos a la cabeza. ¿No se ocupaba de su hijo que lo tenía en ese estado? ¿Desde cuándo no lavaban o alimentaban bien a ese niño? Nuestra hija tenía el doble de cuerpo que él, aun siendo más pequeña de edad y haber nacido prematura.

—No digáis nada, porque lo que hemos visto no tiene nombre. Este niño ha estado viviendo prácticamente en la indigencia. Ni una mísera cunita tenía para dormir, lo hacía ahí, en el coche. Su ropa era heredada, y ni siquiera lo bañaban todos los días —me dijo Kiko, visiblemente enfadado.

Capítulo 46



Evelyn

Ya había pasado lo peor, que fueron esos casi tres días en los que Aday no despertaba. Cuando nos mostraron las imágenes de cómo había quedado el coche, casi nos caemos de espalda. Estaba completamente destrozado.

Tan solo de pensar que la niña hubiera podido ir en la parte trasera, me ponía los pelos como escarpias. Mucho más cuando nos entregaron las declaraciones de Virginia, en las que aseguraba que su intención no era hacerle daño a Aday, sino a la pequeña y a mí.

Recordaría el día de mi cumpleaños por los restos de mi vida, porque fue el más feliz, por nuestra reconciliación, y el más triste, por el accidente sufrido por Aday, o más bien, provocado por Virginia y en el que casi perdemos a mi chico.

—Evelyn, ¿me puedes poner el cojín de la pierna bien, por favor? —me pidió Aday.

—Ahora mismo. ¿Estás cómodo así? —le pregunté.

—Gracias, mi amor.

Aday había recibido el alta el día anterior, y ya estábamos en casa. El fin de semana anterior, entre todos hicimos la mudanza de la casa en la que yo estaba de alquiler a la que había comprado mi chico, que sería en la que viviríamos.

Un mes había pasado desde el accidente, y ya le habían retirado la escayola de la pierna a Aday. La del brazo tendría que llevarla durante dos semanas más, pues la lesión había sido mucho más complicada. Aun así, tendría que seguir yendo en silla de ruedas, ya que necesitaba rehabilitación y no apoyar la pierna durante un tiempo. Al tener el brazo todavía impedido, no podía usar muletas, así que tenía que aguantar un poquito más.

Estábamos cerca de las Navidades, y nos reunimos todos para decidir qué era lo que íbamos a hacer. Nuestra primera intención era hacer un viaje a Laponia, pero al ser la niña tan pequeña, llegamos al acuerdo de hacerlo cuando fuera un poquito más mayor, para que pudiera recordarlo.

—Nos podemos ir a una casita en el campo, y pasar todas las fiestas allí —dijo mi tía, y consideramos que era una idea fantástica.

—Yo voy buscando por Internet, porque nosotros nos vamos con ustedes —nos dijo Kiko, y Dani y Carla también asintieron.

Carla estaba ya de seis meses, y traía una niña, a la que pondrían de nombre Ivanna, como la madre de ella, que falleció siendo mi amiga una niña.

Estábamos merendando y organizando todo, cuando Javier recibió una llamada que no tuvo más remedio que atender, pues llamaban del departamento gubernamental encargado de la revisión de la tutela y custodia del pequeño Unai, que así es como se llama el hijo de Sandra. Vimos como su rostro iba cambiando a medida que iba escuchando lo que su interlocutor le iba contando.

—Está bien, en media hora estaremos ahí. Gracias por avisar —dijo antes de cortar la llamada.

—¿Ocurre algo? —preguntó Kiko, preocupado al ver a su chico con la cara blanca.

—Sí que ocurre. Es Sandra… se ha suicidado en la cárcel, y ha dejado una carta para nosotros. Tenemos que ir a Protección de menores, allí nos estarán esperando —dijo Javier, con una mezcla entre triste y preocupado.

—Id vosotros, dejad al niño aquí, nosotros nos ocupamos de él —les dije, y ellos asintieron.

Salieron de la casa y nos dejaron al pequeño que, en cuanto que vio que sus padres se marchaban, lloró desconsolado.

—Ya, mi niño, ahora mismo viene papi. ¿Quieres jugar con Claudia un ratito en el parque? —le dije, cogiéndolo en brazos, pues seguía en el carrito sentado.

Unai tenía ya trece meses, y mi niña diez, pero casi era más grande Claudia que él. Se notaba que en sus primeros meses de vida no había tenido los cuidados necesarios que todos los bebés necesitaban, tanto de higiene como de alimentación.

Se sentó en el parquecito, y se pusieron a jugar con unos cubitos que a mi hija le encantaban y que ponía uno encima de otro para, cuando tenía unos cuantos, darle un manotazo y hacer que cayera, provocando la carcajada del pequeño, que tenía hasta las lágrimas saltadas de la risa.

Una hora más tarde, entraron por la puerta Kiko y Javier. Venían con los ojos rojos de llorar, y supusimos que había tenido que ser de lo más emotivo.

—Tenemos la adopción definitiva de Unai. Sandra dejó su deseo por escrito en esa carta que venía a nuestro nombre —dijo Kiko.

—Tomad, leedla, porque, después de todo, era digna de lástima —nos dijo Javier, entregándonos un sobre.

"Kiko y Javier, gracias por darle a mi hijo todo lo que yo no supe darle por culpa de mis adicciones. Sé que, con vosotros, a Unai no le va a faltar de nada, y por eso creo que seréis los mejores padres para él.

Antes de escribir esta carta, me he puesto en contacto con mis abogados, que han ido a buscar al padre biológico del niño, que no ha dudado en firmar la renuncia. No quiere saber nada de él, y es lo mejor para todos.

Os voy a pedir un solo favor, no le habléis mal de mí, que no tenga el recuerdo de una madre ausente, que no se preocupó de su hijo. Decidle, cuando crezca, que siempre lo quise, a pesar de la manera en la que me comporté con él.

No fui yo, fueron mis adicciones las que me hicieron actuar de ese modo. Cuando tenía dinero, en lo primero que pensaba era en comprarle todo lo que necesitaba, pero luego, me entraba el mono, y no podía evitar gastarme cada céntimo que tenía en drogas, pensando que así, cuando tuviera más dinero, podría ocuparme de él. Pero ese momento nunca llegaba, porque si tenía para meterme tres veces, no lo hacía una, lo hacía las tres, y siempre estaba esa necesidad.

Dadle todo ese amor que yo no fui capaz de darle. También, pedidles disculpas a Aday y a Evelyn, pues me porté con ellos de la peor manera, llegando incluso a seguir las directrices de Virginia, que tan solo quería ver muerta a su hija y a su nieta.

No me hubiera perdonado nunca que eso ocurriera, por eso, ese día, no dudé en dar un volantazo al coche que conducía Virginia, para que los daños fueran menores. Afortunadamente, ni la niña ni ella iban en su interior.

Ahora sí que me puedo morir tranquila, porque eso es lo que pienso hacer. El mundo no me echará de menos, ni siquiera mi hijo lo hará, porque no he sido una buena madre para él. Bueno, en realidad, no he sido buena para nadie, pero no quería irme con la conciencia cargada.

Espero ser capaz de conseguir el perdón de todos y poder descansar en paz.

Me despido con el mayor de los agradecimientos para vosotros, y un beso enorme, sobre todo para mi niño, ya que me iré de aquí sin poderlo hacer de verdad.

Alexandra Muriel."

Todos, sin excepción, lloramos leyendo esa carta. Había demostrado que no era tan mala persona como pensábamos, solo no estaba bien psicológicamente, y eso la hacía ser una persona influenciable que, junto con sus adicciones, no la hacían pensar nada más que en ella.

Capítulo 47



Aday

Había llegado el día de Nochebuena, y nos encontrábamos todos en esa especie de cortijo que habían alquilado Kiko y Javier, y al que se negaron que le pagáramos ni un solo euro del importe del alquiler.

Venía con el servicio incluido, por lo que no nos tuvimos que preocupar de preparar nada, tan solo tuvimos que decir lo que nos apetecía para cenar. Eso sí, les dijimos que ese día se sentaran con nosotros a cenar, aunque no lo conseguimos.

Al parecer, esos días se pagaban muy bien, y preferían trabajar ahí durante las dos últimas semanas de diciembre y tener luego enero entero cubierto. La mayoría de ellos eran familia, así que no se echarían de menos en las fiestas.

Me llamó la atención una pareja, bastante joven, pues no tendrían más de veinte y pocos años. Ella lloraba a menudo, a pesar de que intentaba disimularlo, y él la consolaba como podía.

—¿Te ocurre algo? —le pregunté a la chica, que negó con la cabeza.

—No se preocupe, no me pasa nada —me dijo, intentando forzar una sonrisa.

—No me engañes, prefiero que me digas que no es de mi incumbencia a que me mientas. Pero, si puedo ayudarte en algo, no dudes en decírmelo, por

favor —le dije, y vi como su chico parecía que quería decirme algo, pero no terminaba de arrancar.

—Si que nos pasa, señor Vila —me dijo, triste y preocupado.

—Pues cuéntamelo, así veo si te puedo ayudar —le respondí.

—No, por favor, me moriría de vergüenza. No quiero limosna de nadie, tan solo trabajar y salir del hoyo en el que estamos metidos —dijo ella, que ya sí lloraba sin disimulo.

—Tenemos un niño pequeño y estamos a punto de perder nuestra casa, en la que vivimos, por no poder pagar el alquiler. Pensábamos que, si trabajábamos aquí y dejábamos al niño con unos amigos, conseguiríamos el dinero para salir adelante, pero no nos llega, por muchos números que hacemos —me dijo, preocupado.

—Vale. ¿Ese es el problema? ¿Os importaría cambiar de lugar de residencia? No me refiero a que cambiéis de ciudad, sino de barrio, de casa —les pregunté.

—Para nada, lo único que queremos es algo accesible, que podamos pagar y en el que estar los tres juntos —me dijo ella, mientras que él la tenía abrazada por los hombros.

—Perfecto entonces. ¿Qué edad tiene vuestro hijo? —pregunté, pues quería contarles todo a la vez, no por episodios.

—Nuestro hijo tiene cuatro años, y está de lo más triste por pasar las Navidades lejos de nosotros —me contestó su padre, mostrándose muy orgulloso de él.

—Para nosotros también es un sacrificio. Entre otras cosas, porque no le podremos dar ningún regalito de Papá Noel, y los Reyes… para esa fecha iremos a ningún niño sin juguete, para ver si nos pueden dar algo. Es un niño muy bueno, para nada exigente, que se conforma con cualquier cosa, aunque no esté puesta en su carta a los Reyes Magos —me contaba ella, que se llamaba Selena, su chico era Mateo.

—Está bien, ya tengo todo claro. Mateo, ¿qué sabes hacer? Quiero decir, eres solo camarero o te dedicas a otra cosa —le pregunté.

—Soy licenciado en Química, pero no he encontrado nada de lo mío. Fuimos padres muy jóvenes, y alternaba mi trabajo en una cafetería con mis estudios, para que a mi hijo no le faltara de nada. Cuando terminé la carrera hace unos meses, me dediqué a enviar currículos a todas partes, pero no he recibido ninguna respuesta —me dijo él, y empecé a encajar las piezas.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas? —le pregunté a Selena.

—Yo no pude terminar de estudiar la carrera, pero sí que hice un curso de secretariado. Al igual que Mateo, tampoco he tenido suerte, y cojo todo lo que me sale, desde limpieza de casas hasta camarera o dependienta, que también he hecho una sustitución en alguna tienda —me dijo Selena.

—Vale, os cuento. Para empezar, vais a decirle a esos amigos que os traigan al niño, nosotros no ocuparemos de él mientras estéis trabajando y esta noche, a la hora de la cena, os quiero a los tres en nuestra mesa. Y no preocuparos por el dinero, que, si ellos no os pagan, lo haremos nosotros.

—Eso no puede ser, sin eso, no podremos ponerle al niño nada por Reyes…

—Déjame terminar, mujer… —le dije, riendo.

—Perdón, perdón —dijo ella, bastante apurada.

—Con respecto a la casa, os iréis a vivir a un ático que tengo en la calle Sierpes y que está cerrado. De momento, no os pondré ningún alquiler, hasta que hayáis levantado un poco la cabeza. Pongamos que… ¿un año? ¿Creéis que en un año podréis pagar un alquiler de trescientos cincuenta euros?

—¿Dónde está el truco? Porque nadie da duros a cuatro pesetas, ni siquiera la familia, que nosotros podemos dar fe de ello —dijo Mateo.

—El truco está en que trabajéis duro. Tú, entraras como auxiliar de laboratorio en mi empresa farmacéutica, en la rama de cosmética que estamos elaborando. Y tu chica, será la nueva secretaria de mi mano derecha, al que te

presentaré luego, que todavía no ha llegado. El salario y el horario os lo diré ahora mismo, y firmaremos un precontrato, para que os quedéis tranquilos, firmando el contrato definitivo el día dos, cuando todos volvamos a Sevilla —les dije, y vi como ambos empezaban a llorar de alegría.

—Eres nuestro milagro en Navidad —me dijo Selena, llorando mientras me abrazaba.

—Tan solo soy una persona a la que le gusta ver feliz a la gente que está a mi alrededor. Otra cosa, quiero ahora mismo la carta de los Reyes Magos que ha escrito vuestro hijo, y la de Papá Noel, todavía esta con más urgencia —le dije, y me miraron con los ojos abiertos.

—No podemos permitirlo, de verdad…

—Bueno, pues entonces le compraré lo que me dé la gana, y quizás no sea lo que le gusta o me gaste el doble de lo que sería si la tuviera —les dije, sabiendo que eso era el empujoncito que les faltaba.

—Dame un minuto, que voy a buscarla a nuestro cuarto — dijo Mateo, y salió corriendo.

Una vez que la tuve en mi poder, llamé a la juguetería en la que le compraba los regalos tanto a Unai como a Claudia, y hablé con el dueño. Le pasé la lista que había pedido el niño, y le pedí que me enviara a la mayor urgencia posible todos los regalos de lo primero que le pedí, al cortijo. Lo segundo que le pedí, le dije que lo enviara a la dirección del ático durante el día cuatro, que sería cuando estuvieran ellos allí instalados.

Con todo eso arreglado, nos sentamos junto a Kiko y Javier, que se encargaron de redactar el contrato definitivo, sin que hiciera falta el precontrato, pues estaban de acuerdo con todas las condiciones y tenía la documentación necesaria encima.

Estaba dispuesto a que fueran unas Navidades mágicas para todos.

Capítulo 48



Aday

Esa noche, Evelyn estaba espectacular. Se había vestido con un vestido en color vino de manga francesa y escote en V que le quedaba como un guante. Había recogido su pelo en una coleta alta y maquillado sus ojos con máscara de pestañas. Brillo labial era lo que completaba su atuendo.

Los niños se quedaban los dos en un cuarto con una niñera que ponía el cortijo, para que no tuvieran que estar despiertos toda la noche ni que nosotros estuviéramos pendientes de ellos.

El hijo de Selena y Mateo resultó ser un niño de lo más dulce y educado, que se sentó a la mesa junto a sus padres, para luego marcharse con ellos a su habitación, pues no quisieron que se quedara con nuestros hijos, ya que querían ver su carita al despertar y ver los regalos.

El dueño de la juguetería cumplió con su palabra, y a las dos horas ya tenía en el cortijo todo lo que le había pedido, y que se llevaron sus padres para ponérselo en su habitación y que así lo viera nada más despertar. Me dieron las gracias de mil maneras cuando vieron que había cumplido todos y cada uno de los deseos de su hijo, y eso que todavía no sabían que para Reyes también lo había hecho.

—Estás preciosa, mi amor —le dije, desde mi silla de ruedas, pues todavía seguía allí, aunque ya me habían quitado también la escayola del brazo.

—Tú también estás guapísimo. Tienes ese brillo en la mirada del que ha hecho algo por los demás, y eso me encanta —me dijo ella, a la que le había contado todo lo sucedido con Selena y Mateo, y que no dudó en felicitarme por lo que había hecho.

La cena transcurrió entre risas y ocurrencias de Kiko y Javier, que decían que la niña de Dani iba a ser su nuera, porque con Claudia no podían contar, pues se estaban criando como si fueran primos y eso sería un pecado. Y lo decían ellos que eran gais y vivían juntos sin casarse.

Tenía una sorpresa para todos, pues no se lo había contado a nadie. En determinado momento, cuando todos estábamos ya con nuestra copa de champán en la mano y dispuestos a brindar, metí mi mano en el bolsillo y saqué una cajita.

—Yo quiero decirle algo a mi chica —dije, escondiendo la cajita debajo de mi pierna.

—¿A mí? —me preguntó ella, algo nerviosa.

—Evelyn, hemos pasado por mucho durante todo este año, tanto cosas buenas como malas, pero las malas prefiero dejarlas a un lado. Me has demostrado que eres una luchadora, una guerrera, y una mujer de las que ya quedan pocas. Te quiero con toda mi alma, como nunca pensé que querría a nadie. Me has dado el mayor de los tesoros, a mi niña, y espero que no sea el único, pues contigo quiero familia numerosa…

Veía como la cara de Evelyn iba cambiando de la emoción a la sorpresa, y eso me hizo mucha gracia. Metí mi mano debajo de la pierna para sacar la cajita, y seguí hablando.

—Mi amor, perdona que no me arrodille, pero mi pierna todavía no me lo permite… ¿Quieres hacerme el honor de convertirte en mi mujer y compartir conmigo todo lo que nos queda de vida? —le pregunté.

—Sí, sí, sí y mil veces sí —me dijo, con lágrimas en los ojos.

Nos fundimos en un beso, pues la senté en mi regazo cuando se acercó para que le pusiera el anillo en el dedo.

Esa noche celebramos la noticia en la intimidad de nuestra habitación. No fue tal y como me hubiera gustado, pues mi pierna todavía no me permitía moverme con libertad, pero con solo ver su cara disfrutando del placer que le estaba dando, me merecía cualquier esfuerzo y dolor.

Cuando ella notó que me estaba costando trabajo moverme, me dio la vuelta y me dejó sentado en la cama, mientras ella se sentaba a horcajadas encima de mí. Con su mano, cogió mi miembro, y se lo introdujo en su vagina, dándome el mayor de los placeres.

—No continues así, porque no respondo —le dije.

—Ya lo haremos de otra manera cuando puedas. Ahora, lo principal es que ambos disfrutemos de nuestros cuerpos, de nuestro amor — contestó ella, que seguía moviendo sus caderas arriba y abajo.

Ambos alcanzamos el orgasmo a la vez, y tuvimos que acallar nuestros gemidos el uno en la boca del otro, para que no se enteraran en todo el cortijo, aunque ninguno era tonto y sabían que lo íbamos a celebrar en la intimidad.

Nos dormimos abrazados, como el primer día que pasamos la noche juntos, y supe lo que era la felicidad con solo verla dormir. Sentir su respiración pausada en mi pecho, mientras su cabeza reposaba encima de mí. Me dio tal tranquilidad que no pude más que dejarme llevar por ella y me quedé profundamente dormido.

A la mañana siguiente, los regalos fueron los protagonistas, sobre todo a los niños, que se reían abriendo los paquetes. En realidad, ninguno les hacía caso a los juguetes, más bien les llamaban la atención los colores de los papeles que los envolvían.

Lo que sí les gustó a los dos fue un pequeño piano de juguete con colores llamativos y una alfombra en la que aparecían algunos animales que, al tocarlos, sonaban su forma de comunicarse. Cuando Claudia le daba a la vaca y sonaba el típico “muuu”, Unai soltaba una carcajada, haciendo que todos riéramos con ellos.

Para nosotros también hubo de todo, desde perfumes hasta alguna que otra joya para las chicas, y relojes para nosotros, que era lo que había encargado

mi madre para todos, no se comió mucho la cabeza.

—Esto es solo un detalle, lo grande, en mi casa, lo traen los Reyes Magos —dijo mi madre, muy seria.

—Pues si esto es un detalle, no me quiero ni imaginar lo que comprarás en ese día —contestó Begoña, con una sonrisa.

Íbamos a sentarnos a desayunar, cuando entraron Selena y Mateo, junto con su pequeño hijo, que vino corriendo hasta mí, para abrazarme.

—Quiero darte las gracias por pedirle a Papá Noel todo esto para mí —me dijo el pequeño, sonriendo plenamente.

—Te prometo que, en los cuatro años que tiene, es la primera vez que lo veo sonreír de esta manera, y no tendré vida para agradecértelo —me dijo su padre, visiblemente emocionado.

—A mí no me tienes que agradecer nada. Con esa sonrisa y esas palabras, estoy más que pagado. Espero que, a partir de ahora, sea igual de feliz durante toda la vida —le contesté, y recibí un abrazo por su parte.

Habían hablado entre ellos y me dijeron que, si no me importaba darles las llaves del ático, del que también habíamos firmado un contrato del alquiler, preferían no trabajar el resto de los días e ir haciendo la mudanza. Para que no tuvieran problemas con el anterior casero, me encargué de pagarle la deuda que tenían, que tampoco era excesiva, lo que si lo era fue el precio que estaban pagando por vivir en ese cuchitril. Por la mitad, vivirían en el ático más cómodamente.

Capítulo 49



Evelyn

Había llegado el día de nuestra boda, y me encontraba muerta de los nervios. Al final, nos decidimos por casarnos en la Capilla de los Marineros, delante de la Esperanza de Triana, a la que tantas veces le pedí para que me ayudara a salir adelante.

Era primavera, y justo hoy, empezaba la feria de abril, por lo que, después del banquete, estaba segura de que terminaríamos en una de las casetas, bebiendo rebujito y bailando sevillanas.

La elección de mi vestido había sido un poquito complicada, pues no había nada con lo que me sintiera cómoda. Estuve bastante agobiada por eso, porque traje que me probaba, traje con el que me veía como disfrazada, hasta que lo encontré.

Era un vestido de corte sirena, pero con un toque flamenco, pues en la parte de abajo tenía una serie de volantes que formaban una cola, y que se podían quitar para hacerlo más cómodo. Sin mangas y con el escote en V, tanto en la parte delantera como en la espalda, solo que ahí era más pronunciado. Era color champán, porque no me veía con uno plenamente blanco.

En el pelo, llevaba un recogido bajo, informal, con algunos mechones sueltos, y unas peinetas de plata vieja adornándolo.

La persona que me llevaría al altar sería Antón, la pareja de mi tía Begoña y padre de Aday. No encontré nadie mejor que él para hacerlo, y aceptó encantado. A mi chico lo acompañaría su madre. Queríamos que fueran Claudia y Unai los que llevaran los anillos, pero descartamos la idea en el mismo momento en el que los vimos lanzar el cojín por los aires, lanzándoselos de uno al otro.

—¿Estás lista? —me preguntó Antón en cuanto entró en mi habitación para recogerme.

—Lo que está es preciosa —dijo mi tía, con lágrimas en los ojos.

Esa noche dormí en su casa, al igual que mi niña, de la que se iba a encargar mi tía hasta que terminara la ceremonia. Allí me vestí y arreglé, mientras mi chico lo haría en casa de su madre. Estaba lista para salir, cuando mi teléfono vibró con un mensaje, que no dudé en leer antes de irme.

Aday: *Te espero en la iglesia para que pasemos juntos el resto de nuestra vida. No olvides que te amo, no me hagas esperar mucho.*

Evelyn: *¿No sabes que lo bueno se hace esperar?*

Aday: *Eso no es siempre cierto, porque tú llegaste a mi vida en el momento perfecto.*

—Como no dejes el móvil, al final tendrá que venir el cura aquí para casaros —dijo mi tía, viendo que era Aday el que me escribía.

—Toma, guárdamelo en tu bolso y luego me lo das, porque quiero hacerme mil fotos con todos —le respondí.

Nuestra boda no sería una de esas multitudinarias, ni mucho menos, porque éramos unas cuarenta personas, no más. Entre ellas estaban algunos de nuestros compañeros de trabajo, con los que teníamos más relación, nuestros amigos y familiares, nadie más.

Al salir a la calle, lo vi, y me quedé completamente sorprendida. Allí, esperándome, había un coche de caballos completamente adornado para la

boda, con un cochero vestido de lo más elegante, que me abrió la puerta para que subiera.

—No podías ir en cualquier medio de transporte a tu boda —me dijo Antón, que era el que se había encargado de contratarlo.

—Mi niña, con ese vestido, no podía ser de otro modo que en coche de caballos —me dijo, esta vez, mi tía.

—Mil gracias, de verdad, no sé como te has enterado de esto —le dije, pues era una de las cosas que siempre había soñado para mi boda, pero que nunca le había contado a nadie.

—Ay, cariño, lo que tu tía no conozca de ti, no lo conoce nadie — contestó Antón.

Los tres soltamos una carcajada que nos salió prácticamente a la vez. Llegar a Triana en ese coche de caballos, con todo lo que había vivido en ese barrio, para mí fue como llegar al cielo. En la puerta de la capilla estaban esperando todos. Kiko, cuando me vio llegar así, y con ese tipo de vestido, se quedó con la boca abierta.

—Evelyn… ¡Estás espectacular! —me dijo Javier, porque Kiko no podía dejar de abrir la boca.

—Gracias, Javier, tú también estás guapísimo, y el peque, parece sacado de un catálogo —le dije, sin poder parar de sonreír.

Entramos en la iglesia, y al ver a Aday junto a Malena en el altar, esperándome, las lágrimas salieron solas. Mi chico me miró asombrado, y mi futura suegra lo hizo con una mirada de amor que no se podía ocultar. Ninguno sabía de mi vestido, nada más que Carla, que fue la que me acompañó a elegirlo.

—Me has dejado sin palabras, mi amor —me dijo Aday, tomándome de las manos.

—Espero que sea así siempre, no solo hoy —le respondí.

La ceremonia fue preciosa, no muy larga, porque no queríamos aburrir a los invitados. Cuando llegó el momento de entregarnos los anillos, ambos nos dijimos unas palabras.

—Evelyn, con esta alianza quiero simbolizar mi amor por ti, ese "te quiero" que sea eterno, que perdure aún después de nuestra partida de este mundo. Eres, junto a nuestra hija, lo más bonito que la vida me ha podido regalar, te amo —me dijo, y puso el anillo en mi dedo.

—Aday, con esta alianza quiero demostrar que lo nuestro no tendrá fecha de caducidad, que lucharemos juntos contra todos los obstáculos que la vida nos presente, remando en la misma dirección. Eres, junto a la pequeña Claudia, la persona más importante de mi vida y quiero que sigamos juntos hasta que seamos dos viejitos. Te amo con toda mi alma —le dije yo, poniéndole su anillo.

Sellamos nuestro amor con un beso, que empezó siendo dulce, pero que se fue intensificando por momentos, hasta que decidimos parar o aquello no tendría fin.

Después de la ceremonia, fuimos a nuestro restaurante de cabecera, que estaba a pocos minutos de allí. Mientras los invitados fueron andando, nosotros lo hicimos en el coche de caballos que Antón nos había contratado.

El vino blanco y el marisco no faltaron durante toda la tarde. No quisimos que fuera en mesa, sino tipo aperitivos, donde había unas cuantas mesas para quienes quisieran descansar, y muchas mesas altas con taburetes donde comer y beber.

Iniciamos el baile con una canción que nos representaba, y cantada por la cantante Tamara, pero la buena, eh, no la copia de Aliexpress.

"Si nos dejan
Nos vamos a querer toda la vida
Si nos dejan
Nos vamos a vivir a un mundo nuevo
Y, ahí, juntitos los dos, cerquita de Dios
Será lo que soñamos

Si nos dejan, te llevo de la mano, corazón
Y ahí nos vamos".

Terminamos el baile con un beso, que dejó claro el amor que nos sentíamos, y ese que esperaba que nos durara para siempre. Nuestros amigos no paraban de aplaudir y cuando se nos acercaron para felicitarnos, todos decían lo mismo: que éramos la viva imagen de la felicidad.

Epílogo



Evelyn

Veinte años después…

—Mamá, ¿qué te parece este vestido? —me dijo mi hija Claudia, saliendo de su habitación.

—Estás preciosa, hija. Te sienta como un guante y no se nota los veinte años que tiene —le dije, riendo.

Se estaba probando todos mis vestidos de fiesta hasta elegir uno que llevaría para su graduación. Había terminado Farmacia, pues quería trabajar en los laboratorios de la empresa familiar. Se propuso terminarla antes de tiempo, y lo logró, haciendo dos cursos en uno. Era muy aplicada e inteligente, y terminaba con honores, dando el discurso que cerraría la promoción.

Era inseparable de Unai, hasta el punto de que, la Navidad pasada, nos sorprendieron a todos anunciándonos que estaban saliendo juntos, como pareja.

—Y este decía que serían como primos… Primos hemos sido nosotros, que no nos hemos dado cuenta de la manera en la que se miraban —le dijo Aday a Javier por el comentario que soltó Kiko aquel día, provocando una carcajada en todos.

Aday y yo seguíamos siendo tan felices como el primer día. No os voy a decir que no hubiéramos tenido discusiones ni pasado momentos malos, porque no sería cierto. Pero, con mucho amor y paciencia, habíamos superado todos y cada uno de ellos.

Tuvimos dos hijos más, ambos varones, que llevaban como nombres Enzo y Ulises, eran gemelos y dos trastos de cuidado. Ahora tenían dieciséis años, y ambos competían por el amor de la hija menor de Carla y Dani, que se llamaba Davinia, y que tenía un año menos que ellos. Porque sí, nuestros amigos tuvieron dos hijas, la mayor, que tenía veinte años y estaba estudiando Económicas en Londres, pues quería hacer la carrera internacional, y la pequeña, de la que ya os he hablado y que iba al mismo instituto que nuestros gemelos.

Mi tía y Antón terminaron casándose un año después de nosotros, y seguían viviendo en la misma casa, justo a nuestro lado. Hacían una pareja perfecta, y se mostraban de lo más felices y compenetrados.

Malena conoció a un hombre maravilloso en sus clases de baile, que no era aquel que cenó aquella noche con nosotros, y que resultó ser un caradura de cuidado, al que tan solo le interesaba el dinero que tenía mi suegra. Mario, por el contrario, era una persona de lo más interesante. Era ingeniero, y viudo, con dos hijos mayores que tenían su vida hecha desde hacía mucho tiempo.

Kiko y Javier seguían sin casarse, pero vivían de lo más tranquilos, junto a Unai y a Marina, una niña que adoptaron hacía doce años, y que vino a completar su familia con una alegría y una dulzura que contagiaba tan solo con mirarla.

Mi niño Unai, ese que se había convertido en mi futuro yerno, había terminado de estudiar Gestión y Dirección de empresa, y se estaba preparando para llevar la empresa familiar, porque eso era lo que nos considerábamos, una familia, con personas que compartíamos la misma sangre y otras que no.

Los que también se habían convertido en parte de nuestra familia fueron Selena y Mateo, junto al pequeño Martín, que ya no era tan pequeño, pues tenía ya veinticuatro años. Ellos se casaron en cuanto se estabilizaron económicamente, y nuestro regalo de bodas fue ese ático en el que vivían, y que habían convertido en su hogar. Fueron padres de otro niño, al que

pusieron por nombre Aday, como mi marido, que fue su padrino de bautizo. Martín estudió Derecho, y formaba parte del equipo jurídico de la empresa. Se acababa de independizar, tenía una novia preciosa que se llamaba Annita, era alemana, y dejó todo por venir a su lado.

—¿Cuándo creció tanto nuestra niña? —me preguntó Aday, cuando la vio entrar de nuevo en su habitación.

—En el momento en el que pestañeamos, amor. Pero ¿sabes qué? Que verla así de feliz, completamente realizada y hecha toda una mujer, me deja de lo más tranquila, porque esto significa que no lo hemos hecho tan mal —le dije a mi marido.

—Pues sí, eso es cierto — contestó él, con una sonrisa mezcla de melancolía e ilusión.

Llegó ese día en el que mi hija se graduaba, y allí estábamos todos para felicitarla. Unai la miraba enamorado, muy orgulloso de ella, y nosotros los mirábamos a los dos con el amor de haberlos visto crecer juntos, tanto como personas como de manera literal.

Mi hija llevaba ese vestido color vino que yo usé un día en Nochebuena, esa que pasamos en el cortijo, pero que a ella le quedaba mucho mejor que a mí. Cuando la vimos coger aquel micro y empezar su discurso, mi marido y yo nos miramos, emocionados, por esas palabras que nos estaba dedicando.

—En primer lugar, quiero dar las gracias a mis padres, a mis tíos y a mis abuelos. Sin ellos, no me hubiera convertido en la persona que soy hoy en día. Ellos me enseñaron a no rendirme, a que, con tesón y constancia, todo se consigue, y por eso estoy ahora aquí. En segundo lugar, felicitar a mis compañeros… —uno a uno se fue acordando de todos los que habían sido importantes para ella, hasta llegar a su chico, al que le agradeció su paciencia en las horas de estudio.

Fueron llamando a todos para imponerles la beca y darles el diploma, y me sentí mayor, a pesar de que tan solo tenía cuarenta y siete años, porque ya no era mi niña, era una mujer hecha y derecha, con la cabeza muy bien amueblada y sus sentimientos muy definidos.

—No llores, mi amor, que todavía nos quedan otros dos a los que traer hasta aquí — dijo mi marido, con mucha guasa.

—¡Eres idiota! —exclamé, riendo.

—Pero vamos, que, si quieres, podemos intentar tener otro. Hoy en día, la menopausia no llega hasta bien pasados los cincuenta, y tú todavía no has llegado —seguía con la broma.

—¿Te imaginabas que llegaríamos hasta aquí cuando empezamos la primera vez? —le pregunté a mi marido.

—Sabía que, junto a ti, todos nuestros sueños se harían realidad. A pesar de que, cuando Virginia me habló de ti aquel fatídico día, sentí que el mundo se me venía abajo, sintiendo algo que no puedo describir.

—No digas mentiras, claro que sabías lo que sentías. Me veías como una impostora que tan solo quería quedarse con tu dinero —le dije, riendo.

—Pues, sí, aunque una impostora de lo más bonita, todo hay que decirlo —me contestó, con una sonrisa.

—Ya te lo dije una vez, y te lo voy a repetir. Jefe… ¡No soy una impostora!

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: Jenny Del
IG: @jennydelautora
Twitter: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/JennyDel